

MARAVILLOSAS PALABRAS DE VIDA

Autor: Morris Venden (2004)

jesusyyo.com

MARAVILLOSAS PALABRAS DE VIDA	1
Capítulo 1: Vino Nuevo, Odres Viejos	3
Capítulo 2: Arrancarse el Ojo	27
Capítulo 3: Ocho demonios inmundos.....	49
Capítulo 4: El Sembrador, la Semilla y el Suelo	68
Capítulo 5: El trigo y la cizaña	85
Capítulo 6: No Puedes Ser Perdonado a Menos Que Perdones.....	114
Capítulo 7: La Luz que Ciega.....	128
Capítulo 8: Jesús, el Buen Samaritano.....	145
Capítulo 9: Los Hijos Pródigos	157
Capítulo 10: El Rico y Lázaro	165
Capítulo 11: La Escala Salarial Celestial	191
Capítulo 12: La Última Confrontación de Jesús.....	201
Capítulo 13: Las Diez Doncellas	233

CAPÍTULO 1: VINO NUEVO, ODRÉS VIEJOS

Hace como cien años, me fui a estudiar al Colegio La Sierra para ser ministro, vaquero o baterista de jazz. Solo ofrecían una de esas tres opciones, así que elegí esa. Mi padre me dijo: “Me cuesta 25 dólares al mes tenerte en casa, así que te los voy a mandar y tú trabajarás para cubrir el resto.” Asistir a La Sierra costaba mil dólares al año en ese entonces. Alguien me dijo el otro día que ahora cuesta alrededor de 18.000 dólares. ¡Ay!

Bueno, hice todo lo posible por salir adelante, incluso intentando ceñirme al cargo mínimo mensual de comida para los varones, que era de 20 dólares. Un mes logré mantenerme dentro del mínimo de las chicas: 16 dólares. Me dijeron: “Más vale que bajes al comedor y tomes algo para compensar la diferencia.” Así que fui y regresé a mi habitación con cuatro garrafrones de un galón de sidra—sidra nueva. Se volvió muy popular en mi pasillo, especialmente después de unos días, cuando empezamos a notar la diferencia entre la sidra nueva y la sidra vieja.

Jesús contó una historia sobre vino nuevo y odres viejos. He querido escribir sobre esta historia por mucho tiempo, pero siempre lo he postergado.

Nunca me he sentido preparado. Todavía no me siento preparado. Pero pensé que tal vez debía intentarlo—quizás aprenda algo en el proceso.

La historia se encuentra en Lucas 5:36-39:

«También les dijo una parábola: Nadie corta un pedazo de un vestido nuevo y lo pone en un vestido viejo; pues si lo hace, no solamente rompe el nuevo, sino que el remiendo sacado del nuevo no armoniza con el viejo. Y nadie echa vino nuevo en odres viejos; de hacerlo así, el vino nuevo romperá los odres, se derramará, y los odres se perderán. Más bien, el vino nuevo debe echarse en odres nuevos. Y nadie que haya bebido del añejo quiere luego el nuevo, porque dice: 'El añejo es mejor.'»

¿Qué está diciendo Jesús aquí? Propongo que hay grandes tesoros escondidos en esta parábola que necesitamos descubrir. Y necesitamos al Espíritu Santo para guiarnos.

Tres de los cuatro evangelistas incluyeron esta parábola en sus libros. Cada uno le aporta una dimensión

diferente. Uno de los puntos principales que Mateo y Marcos mencionan—pero que Lucas no—es que si colocas un parche nuevo en una prenda vieja, el desgarró se hace peor. Esto sugiere que la prenda vieja ya tenía un desgarró—un defecto, un problema. Otro punto es que si pones vino nuevo en odres viejos, el vino rompe los odres, y tanto el vino como los odres se pierden (ver Mateo 9:16-17; Marcos 2:21-22). Y en Lucas 5, el pasaje que leímos, el vino nuevo no concuerda con el viejo. El vino nuevo debe ponerse en odres nuevos para que ambos se conserven. Luego, Lucas añade esta frase: que hay personas que dicen que el vino viejo es mejor. “No nos des el nuevo.”

¿Qué representa el vino en esta parábola?

Keith Miller escribió un libro hace varios años titulado *El sabor del vino nuevo*. Se volvió un éxito de ventas. También escribió otro libro titulado *El segundo toque*. Ese libro impactó profundamente a H. M. S. Richards; él predicaba sobre él en los campamentos. Keith Miller trataba de revelar con honestidad su experiencia personal como un cristiano mediocre que luego descubrió el vino nuevo. El vino nuevo es el mensaje de Jesús, el evangelio en todos sus aspectos. Este vino nuevo, el evangelio, se centra en la Cruz, lo cual sugiere la sangre de Jesús: “una

fuentes llenas de sangre brotada de las venas de Emanuel, y los pecadores sumergidos en esa corriente, pierden toda mancha de culpa.”

Así que el vino nuevo—subrayémoslo desde el principio—es el evangelio. Permítanme recordarles que es el evangelio completo, no solo la mitad del evangelio ni una parte del evangelio. Y se centra en Jesús, en la Cruz, y en Su sangre, que es capaz de liberarnos no solo de la culpa del pecado sino también del poder del pecado. Ese es el vino nuevo.

¿Y qué hay de los odres viejos? Regresemos a la introducción de esta parábola (que es una derivación de lo que Juan el Bautista había dicho al presentar a Jesús; ver Juan 3:29):

Le dijeron a Jesús: “Los discípulos de Juan ayunan y oran frecuentemente, lo mismo que los discípulos de los fariseos; pero los tuyos siguen comiendo y bebiendo.” Jesús les respondió: “¿Acaso pueden hacer ayunar a los invitados a una boda mientras el novio está con ellos? Pero vendrán días cuando el novio les será quitado; en esos días ayunarán” (Lucas 5:33-35).

Entonces, ¿cuál es el contexto? Estas personas estaban cuestionando a Jesús como profeta. Y tal vez una de las cosas que cuestionaban era que Él estaba feliz.

¿Crees que Jesús era feliz? ¿O siempre estaba triste? Si Jesús siempre estaba triste, ¿por qué los niños se acercaban a Él? Hasta donde sé, Jesús era feliz. Y Juan el Bautista también lo era.

¿Sabes qué dijo al presentar a Jesús? Cuando la gente le preguntó si era el Cristo o el profeta, él respondió: "Yo no soy el Cristo. He sido enviado delante de Él." Y luego dijo: "El que tiene la novia es el novio. El amigo del novio, que lo acompaña y lo oye, se alegra mucho al escuchar la voz del novio. Esta alegría es mía, y ya es completa" (Juan 3:29).

Así que Juan el Bautista, considerado un predicador duro y confrontativo que reprendía el pecado, también era un hombre alegre. Y Jesús demostró que se puede tener santidad con alegría. April Ousler, en su libro sobre las parábolas de Jesús, dice que el hecho de que Jesús fuera alegre fue una de las cosas que más molestó a los fariseos y a los líderes sombríos de esa época.

¿Qué más ocurrió justo antes de que Jesús hablara del vino y los odres? Bueno, justo antes, un paralítico había

sido bajado por el techo en Capernaum, y se fue caminando alegre. Jesús ya había sanado a muchos.

Entonces cometió el “error” de llamar a Mateo desde su puesto de cobrador de impuestos para que lo siguiera. Hasta ese momento, Jesús ya había elegido a cuatro discípulos: Andrés, Pedro, Jacobo y Juan. Luego vino el quinto, Mateo. Fue un gran “error.” En el instante en que Jesús le dijo: “Sígueme,” Mateo dejó su mesa de recaudación y lo siguió.

Tan feliz estaba que hizo una fiesta. ¡Un banquete!

¿Y quiénes estaban allí? Jesús y sus primeros cuatro discípulos. ¿Quién más? Escribas y fariseos, y aquellos que ya formaban parte del círculo de espías que buscaban atraparlo. Básicamente dijeron: “Elías y Juan el Bautista no iban a fiestas. Tus discípulos no ayunan. ¿Es esta la manera de ser santos?” Entonces Jesús usó la imagen del novio y mostró, a pesar de sus objeciones, que es posible ser santo y alegre al mismo tiempo.

Quizás por eso disfrutamos tener celebraciones musicales. Aparentemente, los ángeles también disfrutan cantarle alabanzas.

Este es el contexto.

DEMASIADO ORGULLOSOS PARA ACEPTAR EL REGALO

Esta parábola llamó mi atención por primera vez en 1988, cuando Debbie Anfonson-Vance escribió un artículo para la Review and Herald durante ese año del centenario de la trascendental sesión de la Conferencia General de 1888. La idea principal de su artículo—que se volvió un clásico, al menos para mí—es que nuestro problema es que somos demasiado orgullosos para aceptar el regalo. Aceptar un regalo, para gente orgullosa, es como tratar de poner vino nuevo en odres viejos. No podemos estirarnos lo suficiente. Tenemos dificultades para aceptar regalos. Nos cuesta aceptar el hecho de que la salvación es totalmente un regalo.

Para empezar, nos cuesta aceptar que el perdón de nuestros pecados es totalmente un regalo (que no tenemos que hacer nada en términos de penitencia ni tratar de compensar nuestros pecados, que podemos aceptar Su perdón totalmente como un regalo). Y luego, nos cuesta aceptar que Su poder es totalmente un regalo. Seguimos aferrándonos a esa vieja idea de que uno tiene que hacer algo por sí mismo. “Dios ayuda a quienes se ayudan a sí mismos.” Esfuérzate, y Dios te ayudará con lo

que no puedas hacer. “¡Cooperación!” Seguimos proclamando eso a viva voz. “Cooperación”... No, la única cooperación que Dios quiere de nosotros es que lo dejemos actuar.

Entonces, tenemos problemas para aceptar todos los regalos que Dios ofrece.

Y pensamos que somos buenos de todos modos. No vemos la importancia de renunciar a nosotros mismos y convertirnos en nuevos odres o nuevos recipientes o nuevos vestidos para que el vino y los odres y la tela y los remiendos sean compatibles. No nos damos cuenta de que estamos perdidos entre las noventa y nueve ovejas. No nos damos cuenta de que somos el hermano del hijo pródigo. No nos damos cuenta de que llegamos crónicamente tarde a nuestros trabajos de tiempo completo en la viña aunque trabajamos las doce horas, o casi. No nos damos cuenta de que necesitamos el regalo de la salvación tanto como la oveja perdida, tanto como el hijo pródigo, y tanto como el obrero de doce horas o el de una hora. Este era el mensaje del artículo de Debbie. Hizo que algunos de nosotros nos detuviéramos a reflexionar.

Cuando comencé a buscar ayuda para entender esta parábola, descubrí que los grandes predicadores han dicho

muy poco sobre ella. Parece ser casi ignorada. Charles Spurgeon no dijo nada sobre ella. Tengo cincuenta y cinco voluminosos tomos de Spurgeon, así que dije: "Vamos, Spurge, ¿por qué no trataste este tema?" Luego fui a los comentarios bíblicos que nuestra iglesia publicó hace varios años. Básicamente hay una sola página: Tomo 5, página 1088.

¿Y qué dice allí? Que cuando Jesús buscaba seguidores, cuando buscaba discípulos, se sacudió el polvo de los pies en Jerusalén. Intentó con el templo primero. No funcionó. Así que fue a la orilla del mar, la orilla maloliente, donde podía encontrar nuevos odres para Su vino nuevo. En otras palabras, es muy difícil presentar el evangelio a personas endurecidas en la religión tradicional.

¿Han cambiado mucho los tiempos? Bill Hybels se dio cuenta de que no. Cuando se propuso iniciar una iglesia, decidió que no comenzaría con odres viejos. No empezaría con vestidos viejos. Comenzaría de cero—fresco.

Hybels tocaba puertas y preguntaba: "¿Usted va a la iglesia?"

"Sí."

“Estupendo, gracias. Que tenga un buen día.” Y pasaba a la siguiente puerta.

“¿Va usted a la iglesia?”

“No.”

“¿Le importaría decirme por qué?”

Hybels llevaba un registro de los porqués. Después de cientos de visitas, recopiló las respuestas y descubrió las razones por las que la gente no va a la iglesia. “La iglesia siempre pide dinero.” “Hay una trampa en el vestíbulo; te van a atrapar.” “La iglesia no es relevante para nuestras necesidades.” “La iglesia es desorganizada en sus programas.”

Y así comenzó una pequeña iglesia—un pequeño grupo de personas a las afueras de Chicago—con base en tratar de abordar las objeciones de esas personas que decían que no iban a la iglesia. El punto básico es que empezó desde cero. Y la gente comenzó a venir y a escuchar. Trataba de hablar de sus necesidades. Planeaba los programas con un año de antelación, incluyendo qué iban a vestir las personas del programa. Estaba todo planificado al segundo—un desafío a los medios de comunicación, si se quiere. No iba a permitir que los

medios eclipsaran las buenas nuevas de salvación con presentaciones descuidadas o sin preparación.

Ha habido muchos enfoques modernos a las necesidades de nuestro país basados en esta misma idea. Ve a un condado oscuro. Ve a un lugar donde no han oído. ¿Por qué debería alguien escuchar el evangelio dos veces antes de que todos lo hayan oído al menos una vez? Encuentra nuevos odres.

Encuentra nuevos vestidos. Encuentra discípulos malolientes junto al lago que no sean demasiado orgullosos para aceptar el regalo, que no crean que son buenos y que acepten la salvación ofrecida.

Bueno, seguí investigando un poco más y descubrí que debemos recordar que lo que se llamaba vino nuevo no era vino nuevo. Era vino viejo—viejo en el sentido de que ya se había escuchado antes y que ya era verdad. Es la misma historia que escuchamos hace veinticinco años. Es una historia antigua. Pero parece nueva. Parece nueva cuando la comparas con la religión tradicional, cuando la comparas con formas y ceremonias y rutina. El enfoque de relación parece nuevo cuando la gente está enganchada al enfoque del comportamiento en la religión y atrapada en las ceremonias, tratando de salvarse por su propio mérito

y sus propias obras. Es como vino nuevo en odres viejos. Lo interesante es que en el simbolismo, el vino nuevo revienta los odres viejos.

Se deforman. El vino se pierde, derramado. Y eso da miedo. Estúdialo, vecino. Míralo con atención.

LA HISTORIA DE STEVEN

Nunca olvidaré una historia que leí sobre Steven. Vivía en St. Louis.

Sus veintiún años habían sido duros con él. Sus brazos estaban marcados por las agujas, y sus muñecas por la navaja. Su orgullo era su puño, y su debilidad era su novia.

La respuesta inicial de Steven al amor fue hermosa. A medida que la historia de Jesús se le revelaba, su rostro endurecido se suavizaba y sus ojos oscuros brillaban. Quería cambiar. Pero su novia no lo permitía. Oh, ella escuchaba con amabilidad y era muy dulce. Pero su corazón estaba atrapado por la oscuridad. Cualquier cambio que Steven hiciera era rápidamente sofocado, ya que ella lo manipulaba para que volviera a sus antiguos hábitos. Ella era lo último que lo separaba del reino. Quienes le daban testimonio le rogaron que la dejara. Estaba tratando de poner vino nuevo en un odre viejo.

Luchó durante días, tratando de decidir qué hacer. Finalmente, llegó a una conclusión: no podía dejarla. La última vez que quienes trabajaban con Steven lo vieron, lloraba inconsolablemente.

Sostuvieron en sus brazos al rudo, fuerte y macho Steven y lloraron con él. La profecía de Jesús se cumplió. Cuando Su vino nuevo se pone en un odre viejo, se pierde.

¿Tienes tú algún odre que necesita ser desechado? Mira bien dentro de tu armario. Esos odres vienen en todos los tamaños. Tal vez el tuyo sea un viejo hábito: comida, ropa, sexo, chismes, malas palabras, o tal vez, como Steven, una relación antigua. Ninguna amistad o romance vale más que tu alma. El arrepentimiento implica cambio, y el cambio es necesario porque no puedes poner vida nueva en un estilo de vida viejo.

Estas cosas de las que Jesús hablaba son cosas serias. Mientras leía este relato de alguien que aparentemente quería el camino nuevo, pensé en lo imposible que es entender el reino de los cielos hasta que uno haya nacido de nuevo. Jesús lo dijo: A menos que nazcas de nuevo, no puedes ver el reino de Dios (ver Juan 3:3-8). Usualmente pensamos que “el reino de Dios” significa el cielo. Bueno, sí.

Pero la palabra “ver” también implica comprender el reino de los cielos.

Así que el vino nuevo, el evangelio, no llegará muy profundo ni muy lejos hasta que ocurra el nuevo nacimiento. Permíteme sugerir que el nuevo nacimiento es una de las mayores necesidades en la iglesia hoy.

El vino nuevo puede aplicarse en términos del individuo, de una audiencia de un solo alma—Nicodemo o Steven. El vino nuevo y los odres viejos también pueden aplicarse a la familia.

¿Qué pasa cuando el vino nuevo se vierte en una familia que ha sido mediocre en cuanto a Dios, la fe y las cosas espirituales? Algo empieza a estirarse. Algo empieza a romperse. Entonces tienes a un miembro de la familia bebiendo el vino nuevo del evangelio, y otro miembro, como la novia de Steven, luchando, resistiéndose, y yendo en la dirección contraria. Hoy hay familias que han experimentado divorcios porque ha llegado el tiempo de sacudimiento, y dos personas tibias toman caminos opuestos: una se vuelve fría y la otra caliente. De hecho, esta división de familias a causa del sacudimiento va en aumento, y antes de que termine, habrá tenido un gran impacto dentro de la iglesia. Si hay unidad en tu hogar

respecto al vino nuevo, entonces da gracias al Señor y alaba Su nombre.

También puedes ver el vino nuevo en los odres viejos en términos de la iglesia. Observa qué sucede cuando el gran mensaje del evangelio se presenta en una iglesia empapada de tradición o víctima de la forma y la ceremonia, o acostumbrada a la psicología popular y los temas de actualidad, intentando manejar el “yo auténtico” de cada quien. ¡Cuidado! Algo empieza a estirarse. A veces algo se rompe. Y como se nos dijo hace años, si realmente te metes en el evangelio, tendrás cicatrices de batalla. Sí, recordemos que Jesús no se refería al mundo. No se refería a los paganos—ni a los romanos ni a los griegos. Se refería a la iglesia, al pueblo escogido, cuando habló de los odres que se rompen.

¿Qué hay de la denominación? ¿Qué ocurre cuando el vino nuevo entra en una denominación? No es mala idea investigarlo o incluso mirar la historia. De hecho, me gustaría revisar la historia ahora por un momento—historias clínicas de vino nuevo y odres viejos. Comencemos con Moisés y el Éxodo. Podríamos ir mucho más atrás que eso. Podríamos remontarnos a Caín y Abel.

Pero observemos algunos de los grandes movimientos en los cuales las personas fueron víctimas de una religión de “hágalo usted mismo”, de confiar en sus propios recursos. Una y otra vez, Dios trató de enseñarles lecciones de fe y dependencia de Él.

Moisés tenía vino nuevo, y los odres viejos fueron estirados y rotos una y otra vez. Y pacientemente, Dios atravesó el proceso de tratar con esa gente año tras año, década tras década, siglo tras siglo. Su paciencia fue asombrosa al intentar enseñarles a ser nuevos odres capaces de contener el vino nuevo.

Llegamos al tiempo de Jesús. Su mensaje básico fue demasiado para los odres viejos. No pudieron soportarlo. Al final, los odres se rompieron. Jesús tuvo que alejarse de esa gente y decir: “Vuestra casa os es dejada desierta” (Mateo 23:38).

Por supuesto, la diferencia entre lo viejo y lo nuevo también se demuestra entre sus propios seguidores. Veamos la gran Reforma. ¿Qué pasó allí? Lutero sacudió un sistema gigantesco de ceremonias, rituales, penitencia y méritos. Su mensaje sacudió los cimientos del sistema. Era vino nuevo, y todo empezó a estallar en diferentes direcciones. Y algunos seguidores de Lutero y millones de

mártires demostraron que cuando el vino nuevo y los odres viejos se encuentran, los odres revientan y el vino se pierde. El vino fue derramado como también lo fue la sangre de miles de mártires.

VINO NUEVO EN NUESTRO TIEMPO

Llegando a nuestros días: dentro de la historia de nuestra propia iglesia tenemos algunos ejemplos clásicos del encuentro entre el vino nuevo y los odres viejos. En 1888, la iglesia resistió a Jones y Waggoner y a algunas otras voces. La iglesia se rebeló. Algunos de nuestros historiadores adventistas no parecen estar de acuerdo con esto. Pero durante ese período, la iglesia entró en el desierto a vagar con el pueblo de antaño. Aquellos que presentaban el vino nuevo se fueron. El vino fue derramado. El vino fue desperdiciado, y así ha continuado hasta el día de hoy.

En 1958, setenta años más tarde, algunos de nosotros nos interesamos por este “vino nuevo” y empezamos a intentar enseñarlo y predicarlo. Parecía que habíamos estado en cautiverio y que setenta años era suficiente. Comenzamos a consultar con algunos de los odres viejos y de los vestidos viejos. Recuerdo que uno de nuestros líderes mundiales me dijo, después de que le expliqué mi

comprensión del evangelio y de la justificación por la fe: "Eso es correcto. Es la verdad, pero no lo prediques. Te meterás en problemas."

Uno de mis compañeros de clase en la universidad había salido del espiritismo. En un tiempo, tenía su propio demonio personal en casa, y él y su esposa se comunicaban con los espíritus regularmente. Una noche asistió a una serie de reuniones que mi padre dirigía en Fresno. Era la primera reunión a la que asistía, y justo ese día se trataba el tema de "La marca de la bestia." Se sorprendió. Acorraló a mi padre después de la reunión y le dijo: "Quiero saber más sobre esto." Mi padre se dio cuenta de que era nuevo y trató de hablarle con cuidado. Pero este joven le dijo: "No tiene que andar con rodeos conmigo. Dígamelo directamente." Así que mi padre se lo dijo, y fue bautizado.

Fue a La Sierra y estudió para ser ministro. Era un estudiante más grande, pero muy capaz. Nuestro profesor principal, el Dr. Heppenstahl, nos dijo un día que él era el más brillante de la clase. Dijo que nunca había visto a alguien que captara los puntos y comprendiera el mensaje con tanta rapidez y profundidad. Muchas gracias, Dr. Heppenstahl; jeso nos alegró el día!

Más adelante, este joven comenzó su ministerio. Visitaba a personas que eran víctimas de los vestidos viejos y los odres viejos, personas con vidas desmoronadas, en problemas. Y les preguntaba: “¿Cuánto hace que no lees la Biblia?”

“Bueno, solía hacerlo, pero ya no.”

“¿Alguna vez leíste el libro El Deseado de Todas las Gentes?”

“Bueno, no, no lo he hecho.”

“¿Y qué hay de El Camino a Cristo? ¿Lo has mirado?”

“No, no lo he leído.”

Y este joven, que era el más brillante de todos, se desanimó rápidamente y abandonó el ministerio, porque dijo: “Estas personas no son reales. No son serias con Dios. No voy a perder mi tiempo hablando con personas así. Son farsantes.”

Odres viejos. Vestidos viejos. Repitiendo rutinas. Miembros de segunda, tercera, cuarta generación, víctimas de la religiosidad. Tenemos cicatrices de batalla en la iglesia. Glacier View fue una de ellas. Alguien había desafiado algunas de nuestras enseñanzas. Resultó ser un experto en presentar el evangelio de la justificación.

Algunos de nosotros aprendimos mucho sobre justificación gracias a él. El problema era que él solo tenía la mitad del evangelio. Pero esa mitad la tenía, y la presentó. La iglesia trató de abordar el asunto. Pero en el proceso, los odres se rompieron. El vino fue derramado, y su voz ya no se oyó más dentro de nuestra iglesia. Esto ha pasado una y otra vez.

Entonces, ¿qué significa esta parábola para nosotros hoy?

Primero, a modo de conclusión, me gustaría recordarte lo que esta parábola no significa, en cuanto a algunas aplicaciones que ciertas personas le han dado. Esta parábola no significa que debemos salir y emborracharnos con los borrachos. Jesús salió y comió con publicanos y pecadores, pero no salió a embriagarse con ellos. No salió a ser como ellos. Salió a convivir con ellos, a mostrarles el amor del cielo y a tratar de ganarlos. Es muy diferente.

Esta parábola no significa que debemos salir y tirar todas nuestras creencias, doctrinas, reglas, normas y regulaciones al viento diciendo que solo nos interesa el vino nuevo.

Para nada. Esta parábola no autoriza la existencia de varios tipos de adventistas, por ejemplo.

Quiero recordarte que solo hay dos tipos de adventistas. Solo hay dos tipos de bautistas, solo hay dos tipos de metodistas, solo hay dos tipos de personas en el mundo: los que conocen a Jesús y los que no. Eso es todo. Y el único adventista que será salvo, y el único bautista que será salvo, y el único metodista que será salvo, es el que conoce a Jesús. No tenemos diferentes niveles ni diferentes tipos de odres y vestidos, todos los cuales serán salvos.

Solo hay un evangelio, y solo hay una experiencia con Jesús. (Es muy interesante notar que la experiencia con Jesús hace que la gente sea bastante parecida en todo el mundo, en términos de cómo viven y cómo actúan.)

Esta parábola no significa que podamos desechar los veintisiete puntos doctrinales en favor del vino nuevo. De ninguna manera.

Hay quienes hoy entre nosotros abogan por eso. “Oh, eliminemos esos viejos y oxidados veintisiete puntos doctrinales.”

Lo que sí estamos necesitando desde hace mucho es ver el vino nuevo en cada doctrina; ver cómo el vino nuevo, el evangelio completo, encaja en cada doctrina—no desechar esas doctrinas, como algunos quieren que hagamos.

El otro día alguien notó que estoy preocupado por el futuro de esta iglesia—y lo estoy. ¿Cómo no habría de estarlo, si algunos están llevando a esta iglesia por el camino de su propia destrucción?

Sí, estoy preocupado. Algunos de nosotros estamos orando fervientemente para que Dios intervenga en la conducción de esta iglesia.

Y tú preguntas: “¿Quiénes son? Danos nombres.” No me interesa decirte quiénes son. Pero te diré qué son y qué hacen. Personas que hacen chistes sobre el tiempo del fin podrían llevar a esta iglesia a la muerte. Personas que hablan más contra la iglesia que sobre Jesús podrían llevar esta iglesia a la muerte. Personas que son líderes en nuestra iglesia y que son flojos respecto al sábado podrían llevar esta iglesia a la muerte. Personas que son líderes y que fácilmente toman el nombre del Señor en vano podrían llevar esta iglesia a la muerte. Personas que quieren un testimonio sin doctrina, que no sea más que “amar a todos”, podrían llevar esta iglesia a la muerte. Personas que son laxas con los escritos inspirados—el mayor don dado a nuestra iglesia en estos últimos cien años—podrían llevar esta iglesia a la muerte. Personas que se burlan del

vegetarianismo—que fue idea de Dios desde el principio—podrían llevar esta iglesia a la muerte.

Personas que piensan que el vestido y el adorno no son temas importantes podrían llevar esta iglesia a la muerte. Personas cuyas normas y estilo de vida están influenciadas por la multitud podrían llevar esta iglesia a la muerte.

“Oh,” dirás, “¿no estás siendo demasiado minucioso?” No, porque estas son señales. Son señales de que esas personas no están siendo serias con Dios. Si yo puedo tomar fácilmente el nombre del Señor en vano en mi lenguaje coloquial, no estoy siendo serio con Dios o no estoy pensando. He olvidado el tercer mandamiento: “No tomarás el nombre de Jehová tu Dios en vano” (Éxodo 20:7).

Así que, no estamos hablando de un montón de puntos legalistas y minuciosos.

Lo que decimos es que líderes de iglesia que no están convertidos y que demuestran una vida no convertida podrían llevar esta iglesia a la muerte. Por favor, ora, ora para que Dios nos ayude como familias, como iglesia local, como denominación, a ser nuevos odres y nuevos vestidos,

de modo que, a medida que el vino nuevo siga fluyendo de las venas de Emanuel, no sea desperdiciado.

CAPÍTULO 2: ARRANCARSE EL OJO

Si estás considerando sacarte un ojo, cortarte una mano o cortarte un pie, será mejor que dejes que lo haga otra persona.

Alguien más podría saber cómo hacerlo correctamente.

Jesús usa un lenguaje muy fuerte en Mateo 5:29, 30. Voy a llamar a este pasaje una parábola, aunque no suele clasificarse como tal. Esta “parábola”, con su lenguaje fuerte, aparece tres veces en los Evangelios: dos veces en Mateo y una en Marcos. Es el consejo de Jesús para aquellos que están empezando a tomarse en serio su relación con Dios, que quieren ser más que simples miembros de iglesia de segunda, tercera o cuarta generación. Se trata de aquellos que están interesados en tomarse en serio la vida eterna, que no se conforman con una experiencia religiosa formal y rutinaria.

Jesús dijo:

“Si tu ojo derecho te hace pecar, sácatelo y tíralo. Más te vale perder una parte de tu cuerpo que todo él sea arrojado al infierno. Y si tu mano derecha te hace pecar,

córtatela y tírala. Más te vale perder una parte de tu cuerpo que todo él vaya al infierno” (Mateo 5:29-30).

Jesús habló con bastante libertad sobre el infierno, y nosotros también podemos hacerlo al considerar las opciones disponibles para nosotros. El tema en este pasaje es la vida eterna. Y Jesús, evidentemente, va más allá de unos pocos años en este planeta Tierra.

Este pasaje a menudo se pasa por alto. Suena algo sangriento. Suena algo duro. ¿Qué quiso decir exactamente Jesús? Bueno, para encontrar algunas respuestas, revisé el comentario bíblico que nuestra iglesia publicó hace varios años. Me encontré con una frase vieja que ha estado circulando por mucho tiempo. Encontré desunión en el tratamiento que hace el comentario de este pasaje. Permíteme mostrarte. Aquí está la conocida frase, para quienes estamos saturados con la religión centrada en la conducta:

“El que se niega a ver, oír, saborear, oler o tocar aquello que sugiere pecado ha avanzado mucho en evitar pensamientos pecaminosos”.

Así que, algunos de nuestros jóvenes, después de pasar por nuestro sistema educativo, desarrollaron una religión que se llama: “No toques, no gustes, no manejes”.

“Con el acto de sacarse un ojo o cortarse la mano, Cristo habla figuradamente de la acción resuelta que debe tomar la voluntad para guardarse del mal.”

Yo intenté eso... hasta que descubrí que no funciona. “Guarda las avenidas del alma, controla tus pensamientos”, ¿cierto?

Esto me recuerda la historia del faquir hindú que daba una receta para obtener una olla de oro. Había que poner todos los ingredientes y revolver sobre fuego. Luego venía la última instrucción:

“Y no pienses en el mono de cola roja, o arruinarás la olla de oro.”

¡Claro! Hizo mucho dinero con su receta, y nadie consiguió el oro tampoco. Porque, obviamente, cuando tratas de no pensar en el mono de cola roja... piensas en el mono de cola roja. ¿“El que se niega a ver, oír, saborear, oler o tocar lo que sugiere pecado ha avanzado mucho en evitar pensamientos pecaminosos”?

Este es el mono de cola roja del conductismo.

Bueno, el autor de ese pasaje en el comentario cometió el error de incluir una cita inspirada que, desde mi punto de vista, dice lo contrario:

Cristo vivió una vida sin pecado porque “no había en Él nada que respondiera a las insinuaciones de Satanás.”³

¿Ves la diferencia? Cristo vivió sin pecado porque “no había en Él nada que respondiera”. No tenía que tomar acciones resueltas de la voluntad contra el mal porque el mal no le resultaba atractivo. Ese es precisamente el objetivo de Dios para nosotros. Pero aún así implica sacarse el ojo y cortarse la mano. Notaremos que también implica cortarse el pie.

Al mirar esta parábola, es importante revisar el contexto en que aparece en los tres lugares donde se menciona. La primera vez, en Mateo 5, está en medio de una sección sobre la lujuria. Dice que la forma de controlar la lujuria es sacarse el ojo. Ha habido personas, quizás mal informadas, que fueron tan sinceras en su deseo de vivir correctamente que literalmente se sacaron los ojos. Trataban de controlar sus pensamientos pecaminosos. Y descubrieron, para su consternación, que va mucho más allá que eso. Algunos, en su ignorancia, se cortaron las manos o intentaron evitar el mundo del pecado con medidas literales similares. Pero Jesús está hablando de algo mucho más profundo.

La segunda vez que aparece esta parábola es en Mateo 18:8-9, donde Jesús habla sobre ofender a otros. En la versión Reina-Valera, el versículo 8 comienza con la palabra “por tanto”, lo que significa que lo que sigue está relacionado con lo anterior. Al mirar el versículo 7, notarás que trata de no hacer tropezar a los pequeños, de no ofender a otras personas o a quienes son jóvenes en la fe, tal vez:

“Si tu mano o tu pie te hace pecar, córtalo y échalo de ti. Más te vale entrar en la vida manco o cojo, que teniendo dos manos o dos pies ser echado en el fuego eterno. Y si tu ojo te hace pecar, sácatelo y échalo de ti. Más te vale entrar en la vida con un solo ojo, que teniendo dos ojos ser echado al infierno de fuego.”

NO OFENDER A OTROS

Entonces Jesús continúa el tema introducido en el contexto: “Mirad que no menospreciéis a uno de estos pequeños” (versículo 10).

Así que aquí tenemos un llamado a vivir de tal manera que no hagamos tropezar a otros: tal vez a los niños de seis años, o tal vez a los nuevos en la fe también. El apóstol Pablo enfatizó esto (ver Romanos 14:21). Así que, el contexto aquí es: no ofendas a los demás. Será mejor que

te saques un ojo y te cortes la mano o el pie antes que hacer tropezar o desanimar a otros.

¿Cómo voy a lograr eso? ¿Qué significa sacarse el ojo y cortarse la mano?

El tercer pasaje, que se encuentra en Marcos 9:42-47, retoma el mismo contexto: el de ofender a otros. Es un pasaje un poco más largo, e incluye también el pie:

“Si alguien hace pecar a uno de estos pequeños que creen en mí, más le valdría que le ataran una gran piedra de molino al cuello y lo arrojaran al mar. Si tu mano te hace pecar, córtatela. Más te vale entrar en la vida manco que teniendo las dos manos ir al infierno, donde el fuego nunca se apaga. Y si tu pie te hace pecar, córtatelo. Más te vale entrar en la vida cojo que teniendo dos pies ser echado al infierno. Y si tu ojo te hace pecar, sácatelo. Más te vale entrar en el reino de Dios con un solo ojo que teniendo dos ojos ser echado al infierno.”

Bueno, ahí lo tienes: el lenguaje fuerte de Jesús. ¿Qué está queriendo decir?

Estamos familiarizados con este tipo de enfoque cuando se trata de salud y vida en este planeta. Estamos familiarizados con someterse a una cirugía mayor para

preservar la vida un poco más. Lo hacemos porque es bueno para nosotros, aunque implique amputación o mutilación y terminar lisiado. Conocemos este enfoque para preservar la vida.

Yo lo viví en casa cuando descubrimos que mamá tenía cáncer. Llegó el día en que decidimos acudir al cirujano. Todavía puedo sentir el nudo en el estómago cuando los doctores salieron de la cirugía con la noticia de que el caso de mamá era grave y que procederían con una cirugía radical mayor. El patólogo le dio una posibilidad en quinientas. Fui al baño del centro médico de Loma Linda y empecé a golpear la pared y a orar a Dios por mi madre. Bueno, cuarenta años después murió de otra cosa a los noventa y uno. Esos cuarenta años fueron buenos para nosotros, aunque tuvo que vivirlos “lisiada”. Recuerdo cómo me sentí cuando me dijo un día que a veces se miraba en el espejo y decía: “Bueno, Jesús, si tú estuviste dispuesto a pasar lo que pasaste por mí, supongo que yo puedo soportar esto sin quejarme.”

Así que algunos hemos pasado por esto. Lo hemos visto. Lo hacemos por la vida aquí en la Tierra, que dura unos setenta años, porque nos tomamos la vida en serio. ¿Qué valor tiene la vida? Los que enfrentan la pena capital

apelan por su vida. Van a otra corte, aunque vivan en la cárcel con una vida limitada, coja y lisiada. En algún punto del escenario tenemos que enfrentar el asunto de la elección entre la vida y la muerte. ¿Estamos dispuestos a considerar la vida eterna con el mismo nivel de seriedad? ¿O eso se desvanece en la distancia, en lugar de ser una realidad del aquí y ahora? Tal vez por eso deberíamos pedirle a Dios que nos ayude a pensar en serio sobre el ahora.

Bueno, hay quienes dicen: “Si Jesús no está hablando de sacarse físicamente el ojo o cortarse una parte del cuerpo—si en cambio esto es una parábola—entonces, ¿de qué trata esta parábola?” Es una parábola sobre el sacrificio. Es una parábola sobre la entrega. Por favor, noten que esto tiene que ver con renunciar a nosotros mismos.

Mientras leía un libro llamado El discurso maestro de Jesucristo, que es un comentario sobre las Bienaventuranzas, encontré una declaración que realmente captó mi atención:

“El propósito de Dios no es meramente librarnos del sufrimiento que inevitablemente resulta del pecado, sino salvarnos del pecado mismo... Para que podamos alcanzar

este alto ideal, debe sacrificarse todo lo que haga tropezar al alma. Es por medio de la voluntad que el pecado mantiene su dominio sobre nosotros. La entrega de la voluntad está representada por el acto de arrancarse el ojo o cortarse la mano. A menudo nos parece que entregar la voluntad a Dios es como aceptar vivir la vida lisiados o mutilados.”

Pero Cristo dice que es mejor que el yo quede mutilado, herido, lisiado, si de ese modo podemos entrar a la vida. Aquello que consideramos un desastre puede ser la puerta hacia el mayor beneficio.

Este pasaje explica el significado espiritual de entregar nuestra vida a Dios. Se le llama “la entrega de la voluntad”, representada por arrancarse el ojo o cortarse la mano.

Bueno, ¿qué es la voluntad? A veces decimos cosas como: “Él tiene...” “ella tiene...” o “este pequeñito tiene una voluntad muy fuerte.” Yo estaba confundido con esto. Leí un libro llamado El Camino a Cristo hace años, y me describía a mí mismo. Me sorprendió que me conociera tan bien. Dice:

“Deseas entregarte a Él, pero eres débil en poder moral, estás esclavizado por la duda y gobernado por los hábitos de tu vida de pecado. Tus promesas y resoluciones

son como cuerdas de arena. No puedes dominar tus pensamientos, tus impulsos, tus afectos. El conocimiento de tus promesas rotas y votos incumplidos debilita tu confianza en tu propia sinceridad, y hace que sientas que Dios no puede aceptarte.”⁵

Gracias. ¿Cómo sabía el autor tanto sobre mí?

Pero, dice este libro, “no tienes por qué desesperarte. Lo que necesitas entender es la verdadera fuerza de la voluntad”.

“Ah,” dije yo. “Ese es mi problema. No tengo suficiente fuerza de voluntad.” Así que comencé a desarrollar una voluntad más fuerte.

¿Has estado alguna vez ahí? ¿Has intentado eso? Lo hacemos con las dietas, ¿no es cierto? Tengo un libro que me mira desde arriba de la heladera. Se llama Cómo comer más y pesar menos. ¡Vaya, eso suena bien! Nos entusiasmos. Pero voy a decirlo al revés: no funciona.

VOLUNTAD, NO FUERZA DE VOLUNTAD

Entonces, ¿qué queremos decir con “voluntad”? Yo pensaba que era fuerza de voluntad.

Pero descubrí que El Camino a Cristo no está hablando de fuerza de voluntad, en absoluto. Está hablando de la voluntad.

¿Quieres decir que hay una diferencia?

Sí. Mi voluntad es mi poder de elección. Mi fuerza de voluntad es el poder para hacer lo que elijo. A la fuerza de voluntad la llamamos “determinación”, “tenacidad”, “empuje”. Las personas de Dakota del Sur la tienen. Tienen el poder de hacer lo que eligen. La voluntad es el poder de elegir; la fuerza de voluntad es el poder para actuar. Yo estaba confundiendo la fuerza de voluntad con la voluntad. Y, para mi sorpresa, el autor la definió en la siguiente frase:

“Lo que necesitas entender es la verdadera fuerza de la voluntad. Esta es el poder dominante en la naturaleza del hombre, el poder de decidir o de elegir.”

Así que releí el pasaje, sustituyendo las palabras “poder de elección” cada vez que aparecía la palabra “voluntad”. Notá cómo se lee, y cómo este texto estaba muy adelantado a su tiempo:

“El poder de elección Dios lo ha dado a los hombres. Es suyo para ejercerlo.” ¿Hacia qué?

“No puedes cambiar tu corazón. No puedes, por ti mismo, darle a Dios tus afectos. Pero puedes elegir servirle.”

En otras palabras, puedes elegir convertirte en su siervo. Un siervo es controlado por su amo.

“Puedes entregarle tu poder de elección.”

¿Quieres decir que debo entregarle mi poder de elección? Sí.

“Entonces Él obrará en ti para que quieras y hagas según su voluntad.” ¿Quieres decir que Dios elegirá y hará en mi vida, si yo elijo entregar mi voluntad—mi poder de elección—a Él?

Sí.

¿Es esto bíblico? Sí. Filipenses 2:13 dice:

“Porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad.”

Pero sigamos con El Camino a Cristo:

“Así toda tu naturaleza será puesta bajo el dominio del Espíritu de Cristo; tus afectos se centrarán en Él, tus pensamientos estarán en armonía con Él... Por el ejercicio correcto del poder de elección puede realizarse un cambio

total en tu vida. Al entregar tu poder de elección a Cristo, te alías con el poder que está por encima de todos los principados y potestades. Tendrás fuerza de lo alto para mantenerte firme.

“Y así, por la entrega constante”—esto no es un acto de una sola vez. Es una postura constante—“por la entrega constante a Dios, podrás vivir una vida nueva, la vida de fe.”⁶

Esto fue un gran impacto. Elimina el enfoque tradicional de usar tu voluntad y tu fuerza de voluntad para hacer lo correcto y evitar lo incorrecto. Ese enfoque tradicional es la teología del comportamiento, y ha llevado a muchas personas a apartarse de la fe. Pero en esta parábola Jesús está hablando de la teología de la relación, de la relación del siervo con el Amo, estando bajo el control del Amo. Excepto que, en este caso, no se trata de una esclavitud humillante, como estamos acostumbrados en nuestro mundo. Es una esclavitud voluntaria, en la cual invitamos a Dios a tomar el control de nuestra vida, tal como invitaríamos a un cirujano a tomar control de nuestro cuerpo. Y si estamos dispuestos a llegar tan lejos por unos pocos años aquí en la Tierra, ¿por qué no dar el siguiente paso hacia la eternidad?

A algunas personas esto les preocupa. Dicen que temen que Dios les quite su personalidad o su individualidad. No, no lo hace.

El testarudo holandés seguirá siendo un testarudo holandés—pero en lugar de ser testarudo para sí mismo, lo será para Dios y Su causa. Eso es lo que el apóstol Pablo llegó a ser, como sabes. No, no—Dios es quien nos hizo como somos. ¿No podemos confiar en Él, entonces, con nuestra personalidad e individualidad? ¡Sí! Él sabe cómo funcionamos, y no nos invita a sacarnos los ojos ni a cortarnos las manos o los pies literalmente. Nos invita a dejar que Él lo haga—a rendirle nuestra voluntad.

Supongo que fue hace unos veinte años cuando me encontré en la sala de geriatría, o al menos eso parecía. Es un lugar extraño para un joven. Me estaban haciendo una operación de cataratas en uno de mis ojos. Pensaba que uno tenía que tener canas y artritis para eso. Pero ahí estaba yo, entre ancianos, y el doctor me arrancó el ojo. Me alegra que lo hiciera el doctor. Me alegro mucho de no haberlo intentado yo mismo. Él me sacó esa parte del ojo—el cristalino que estaba nublado. Y descubrí, algunos años más tarde, cuando me hicieron el otro ojo, que se inserta una pequeña lente intraocular plegable a través de una

incisión de menos de 3 mm y se despliega en el lugar del cristalino natural. No lo podía creer.

Mi médico estaba tan nervioso—estaba muerto de miedo de hacerme la operación porque me conocía, y se pone nervioso con las personas que conoce. Me dijo: “Si hago algo mal, en primer lugar, querría morir, y en segundo lugar, necesitaría morir.” Me hizo tanta gracia su nerviosismo que pensé que durante la cirugía podría decirle: “¡Bú!” y divertirme un poco. Pero decidí que era mejor no hacerlo. Me alegra tener un médico que se toma su trabajo tan en serio.

Desde esas dos operaciones, todo ha mejorado mucho. Fueron buenas para mí. Pero primero tuve que ir al médico, y tuve que rendirme a él y dejar que él lo hiciera. Y lo hizo bien. Tú también lo has hecho, y tienes parientes que lo han hecho. Comprendes este proceso. Entonces, ¡vamos, vecino! ¿Por qué no aplicar esto con Dios?

Esta decisión tiene que ver con la eternidad—con tantos años de vida como granos de arena hay en la playa y más. ¿Por qué no tomarnos a Dios en serio?

Entonces, se me invita a rendir mi voluntad. “¡Me rindo!”, digo. Suena fácil, ¿verdad? No lo es tanto. Si se

tratara solo de palabras, algunos de nosotros lo habríamos hecho hace mucho tiempo. Entonces, ¿cómo se hace?

La misma autora que cité antes también dijo:

“Nadie puede vaciarse a sí mismo del yo. Solo podemos consentir que Cristo haga la obra.”

Ahora estamos llegando al meollo del asunto, a lo esencial, a lo básico. Todo lo que podemos hacer es consentir que Él lo haga.

Entonces, si digo: “Está bien, consiento”, ¿ya está hecho? No, porque ahora estamos entrando en lo básico de la teología de la relación. Elijo entrar en una relación cercana con el Médico celestial, y esa es la manera en que consiento que Él haga la obra. Si consiento en tomar, por ejemplo, la primera hora del día a solas con Dios, Él va a sacarme el ojo. Él va a hacer cirugía en mi pie y en mi mano. En otras palabras, Él me llevará a rendir mi voluntad. La rendición está simbolizada por la cruz.

“Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí” (Gálatas 2:20).

No podemos crucificarnos a nosotros mismos, ni podemos hacernos cirugía ocular nosotros mismos. Él nos lleva allí.

Alguien más tiene que crucificarnos. La crucifixión, el arrancarse el ojo, el cortarse el pie—incluso el yugo—son todos símbolos de lo mismo: la rendición del yo, algo que no podemos hacer por nosotros mismos. Lo más cercano que podemos hacer es consentir en tener una relación significativa con Él cada día. Entonces Él lo hará.

Así que, si elijo pasar tiempo de calidad a solas con Jesús cada día, Él tomará mi voluntad. Y si temo que eso me deje mutilado y cojo, probablemente no lo haré. Y puede ser que esa sea la razón por la que muchos de nosotros no lo hacemos.

NO ES SALVACIÓN POR GRACIA

Después de pastorear una iglesia durante ocho años, me pregunté si alguna vez tendría el valor de pedirle a la congregación que fuera sincera conmigo y me dijera, mediante una encuesta o sondeo, si mi ministerio había hecho alguna diferencia. Tal vez era una curiosidad ociosa, no lo sé. Me preguntaba si habrían captado que nuestra meta durante esos ocho años había sido ayudar a las personas a entrar en una relación diaria con Jesús. Eso es todo. Tú dices: “¿Pensé que el mensaje principal era que somos salvos por gracia?” No, no existe tal cosa como

salvación por gracia. Siempre es **salvación por gracia mediante la fe.

Y la fe es donde nosotros entramos en escena. Vivir por fe comienza cuando, día a día, comenzamos a pasar esa preciosa hora en comunión significativa con Dios. Esa es la meta: consentir en pasar tanto tiempo con Dios como el que usamos para comer nuestras comidas. Y si lo hacemos, la entrega de la voluntad ocurrirá. Es un hecho.

Él nos llevará allí, y, en el proceso, transformará completamente nuestras vidas, nos apartará de nuestros pecados y nos dará poder para testificar y alcanzar a otros.

¿Estaremos mutilados y cojos? Tal vez. Pero si lo estamos, será bueno para nosotros.

Su nombre era Jacob. Lo recuerdas. Tenía un problema.

Era un mentiroso encubierto, si no un mentiroso total. Y después de dejar de ser un mentiroso total, siguió siendo uno encubierto. Durante veinte años fue un cuidadoso estratega, planificador y manipulador. Sabía cómo hacer que las cosas sucedieran. ¿Quién necesita a Dios cuando se puede manipular?

Entonces vino la gran crisis de su vida, junto al arroyo de Jaboc. Se metió en una pelea con Jesús, y luchó casi toda la noche. Luego, al amanecer, se dio cuenta. Al romper el alba, comprendió que llevaba veinte años haciendo eso. Pensaba que había estado luchando sus propias batallas, cuando en realidad había estado luchando contra Jesús durante veinte años. Sí, ese es el problema. La manera en que luchamos contra Jesús es luchando nuestras propias batallas. Y siempre perdemos, de una forma u otra, aunque pensemos que ganamos.

Esa fue la crisis que produjo el gran cambio en la vida de Jacob. Después de esa noche, nunca volvió a tener los mismos problemas. Regresó del arroyo de Jaboc a la mañana siguiente, y alguien en el campamento dijo: "¿Quién es ese que viene?"

Otro respondió: "Jacob".

"No. ¡Ese no es Jacob! Este hombre viene cojeando."

"Sí, es Jacob. Cojea porque ha estado con el Señor."

"¡Ah!", dirás. "Las personas no cojean cuando han estado con el Señor."

¡A veces sí!

Pablo lo hizo. Otros lo hicieron. Pero fue bueno para ellos, porque, como escribió Pablo en 2 Corintios 12:10:

“Por amor a Cristo me gozo en las debilidades, en insultos, en necesidades, en persecuciones, en angustias; porque cuando soy débil, entonces soy fuerte.”

Algunos de ustedes están cojeando porque han estado con el Señor, y pueden apreciar historias como la de Fanny Crosby y canciones como: “Él lavó mis ojos con lágrimas”—¿para qué?—“para que pudiera ver”, y “el corazón roto que tenía fue bueno para mí”.

La pregunta es:

¿Estoy interesado en tomarme a Dios en serio—tan en serio como me tomo a los médicos—y confiar en Él al menos tanto como confío en los médicos?

¿Puedo hacer eso?

¿Puedo confiar en Él?

Mientras buscaba material sobre este tema, me encontré con esta cita muy conocida:

“Un solo pecado acariciado es suficiente para degradar el carácter y llevar a otros al error.”

Eso activó mi definición teológica-relacional de pecado acariciado. Solía pensar que el pecado acariciado era algo que me gustaba hacer y que estaba mal. No, no, no.

El pecado acariciado es elegir mantenerse lejos de Jesús día a día, y reemplazar esa relación con otra cosa—including cosas como trabajar febrilmente para la iglesia.

Si no tengo tiempo para consentir que Dios haga Su obra en mi vida cada día, eso es pecado acariciado.

Esa es la definición relacional del pecado acariciado.

Así es como funciona en términos prácticos:

Aparece un asunto en mi vida y pienso: “¡Me gusta esto!” Y temo que si me acerco a Dios, Él va a “arrancarme el ojo” y arruinar mi estilo de vida. Así que me mantengo alejado de Dios y me aferro al pecado.

Una vez recibí una carta de alguien que había estado escuchando algunas de mis cintas. Esta persona dijo:

“Arruinaste mi diversión.”

Yo respondí:

“¡Alabado sea el Señor!”

La gente dice que una de las grandes razones por las que dudan en tomar en serio su relación con Dios, en

desarrollar una vida devocional y hacer de esto su máxima prioridad, es porque temen que Dios los cambie. Tienen miedo de que Dios arruine su estilo de vida, los mute y los deje cojos. Pero olvidamos que Dios sabe lo que está haciendo, y que podemos confiar en Él.

De eso trata esta extraña analogía:

Arrancarse el ojo o cortarse el pie es obra de Dios.

Pero recordemos:

Él es un cirujano gentil, y podemos confiar en Él.

CAPÍTULO 3: OCHO DEMONIOS INMUNDOS

Jesús contó una parábola interesante que se encuentra en Mateo 12:43-45. Es la parábola de ocho demonios, o de ocho espíritus inmundos. Él dijo:

“Cuando el espíritu maligno [o ‘espíritu inmundo’, RV] sale de una persona, va por lugares áridos buscando descanso y no lo encuentra. Entonces dice: ‘Volveré a la casa de donde salí.’ Cuando llega, la encuentra desocupada, barrida y adornada. Entonces va y trae consigo otros siete espíritus más malvados que él, y entrando, habitan allí; y el estado final de aquella persona resulta peor que el primero. Así sucederá también con esta generación perversa.”

A primera vista, no parece haber mucho amor en esta parábola, solo una advertencia. Pero me gustaría ayudarnos a ver que Jesús nos advirtió porque nos ama, y que incluso sus reprensiones más severas venían con lágrimas en su voz. Intentemos ver un corazón lleno de amor en esta parábola tan directa.

Observa que podemos entender esta parábola como una referencia a toda una generación o raza de personas que han decepcionado a Dios. También podemos aplicarla a una denominación o religión organizada en general, o incluso a una iglesia local específica. Puede también hablarle a nuestra familia o a nosotros como individuos. Así que prestemos atención y observémosla detenidamente.

Primero notamos que, según la Reina-Valera, se trata de un “espíritu inmundo”. No sé cuántos demonios “limpios” hay allá afuera, pero este era uno inmundo. Es interesante notar que la versión Reina-Valera usa también el término “un demonio inmundo” en otra historia. Dice:

“Estaba en la sinagoga un hombre que tenía un espíritu de un demonio inmundo, y clamó a gran voz” (Lucas 4:33).

Era un demonio inmundo, allí en Capernaúm, quien interrumpió el servicio a través de este hombre poseído. Bueno, me gustaría ver un demonio limpio. Creo que preferiría un demonio limpio antes que uno inmundo. Sin embargo, quizás haya demonios “limpios” cuyo propósito principal en la vida es lograr que las personas limpien su conducta a punta de voluntad propia. Que limpien su vida para preservar su reputación. Que limpien su conducta para tratar de ganarse el cielo. Puede que haya toda una

comisión de demonios limpios dedicados a eso. No son los que hacen que la gente termine revolcándose en su propio vómito en la calle. Son los que promueven la “limpieza” aparte de Dios, lo que podría hacerlos tan demoníacos como los que llevan a la gente al fango. Porque uno puede irse al infierno de forma respetable; no siempre hay que terminar en el suelo.

La parábola dice que el espíritu inmundo sale de una persona.

Aquí nos encontramos con una gran pregunta: ¿Salió de esta persona por elección propia, por orden o bajo coacción? Si revisas los comentarios bíblicos, verás que hay posturas opuestas.

Mi primera impresión al leer el texto simplemente desde la Escritura fue que el diablo nunca se va voluntariamente. Esto tiene que estar hablando de una vida verdaderamente convertida, y de un demonio que sale bajo presión de un poder superior, como el Espíritu Santo. Y también recordé lo que había descubierto antes sobre nuestra relación con Dios: que debemos depender de Él en todo momento o el enemigo nos atrapará. Entonces, ¿cómo es posible que aquí el diablo se vaya por su propia voluntad?

Sin embargo, no hay conflicto evidente en esta parábola. No hay lucha aparente, ni arrepentimiento, ni quebrantamiento de espíritu, como los pecadores que vienen a Cristo llorando y conscientes de su condición miserable. Quizás esta parábola esté hablando de un caso en el que el espíritu inmundo se alegra de irse por elección propia. Tal vez tenga objetivos más grandes al irse voluntariamente.

Tal vez quiera fomentar la impresión de que una persona puede llevar una vida limpia sin la presencia interna de Dios por un tiempo. Pero sin duda regresará—eso es lo que Jesús estaba diciendo. En el mismo capítulo, Jesús dijo: “Si Satanás expulsa a Satanás, está dividido contra sí mismo. ¿Cómo, entonces, podrá mantenerse en pie su reino?” (verso 26). Así que Jesús está indicando que Satanás no va a expulsar a Satanás. Pero puede que Satanás se retire por su cuenta, por sus propios motivos.

Quiero proponer que es posible que Satanás aparente expulsar a Satanás. Y esto se vuelve muy delicado, porque cuando parece que Satanás expulsó a Satanás, lo malinterpretamos como una manifestación genuina del poder de Dios. Aquí es donde Satanás es muy sutil. Aunque sigue siendo cierto que Satanás nunca expulsará a Satanás,

tal vez decida irse por su cuenta por un tiempo y por una razón.

Esta parábola también podría estar describiéndonos a nosotros cuando nos reunimos en una iglesia o grupo a orar y pedir la presencia del Espíritu Santo, lo cual pone nerviosos a los espíritus malignos, incluso podría hacer que se alejen por un tiempo, hasta “mañana”. Podría ser que experimentamos esta presencia poderosa y salimos del santuario con un corazón del cual el enemigo ha salido, solo para ser víctimas de siete demonios más durante el resto de la semana. Sea como sea, es una consideración solemne. Jesús aparentemente contó esta parábola para que pudiéramos ver la diferencia entre convicción y conversión.

El Espíritu Santo tiene funciones esenciales en nuestras vidas:

Primero, convicte al mundo de pecado (ver Juan 16:8). Pero eso no es suficiente. Todos pueden ser convictos de pecado.

Segundo, convierte al pecador. Solo aquellos que se arrodillan al pie de la cruz y aceptan la amable invitación del Espíritu Santo son convertidos, o nacen de nuevo (ver Juan 3:3-8).

Posiblemente, esta parábola se refiere a personas que han sido convictas de pecado y luego comienzan a intentar expulsar el pecado por sí mismas, solo para encontrarse con un vacío. Quizás habla de personas que han cambiado su comportamiento pero no su corazón. Es posible tener una vida cambiada por muchas razones—especialmente si uno tiene mucha fuerza de voluntad—sin tener un corazón transformado. Está hablando de una persona que está reformada pero no renovada ni vivificada, una persona que es víctima de la religiosidad pero no de la espiritualidad. En cualquier caso, cualquiera sea la experiencia en cuanto a la salida del espíritu inmundo, aparentemente termina en un callejón sin salida.

NO HAY DESCANSO PARA EL ESPÍRITU

Luego, en la historia, el espíritu inmundo sale buscando descanso en lugares secos y no encuentra ninguno. ¿Qué son los lugares secos? La pista principal que percibí está en la profecía de Apocalipsis 17:15, donde los pueblos, muchedumbres, naciones y lenguas están representados por aguas. Entonces, un lugar seco y desolado significaría la ausencia de personas.

Aquí tenemos al espíritu maligno saliendo en busca de descanso, y los espíritus malignos no encuentran descanso

en los lugares secos. De hecho, los espíritus malignos no encuentran descanso en absoluto. Son extremadamente inquietos, como quizás sepas. ¿Puedes imaginarte lo que sentirán los espíritus malignos durante el milenio, cuando no haya personas? Todos los impíos estarán muertos sobre la tierra, y todos los justos estarán en el cielo. La tierra quedará desierta.

Habrà muchos lugares secos. Y Satanás y sus ángeles estarán aquí en discordia entre ellos. Si yo estuviera en su lugar, creo que me suicidaría durante la primera semana. Pero ni siquiera pueden hacer eso.

Los espíritus malignos son siempre inquietos. Y tratan de encontrar sentido a su existencia y de superar su inquietud mediante actividad febril y causando dolor, problemas, angustia y tristeza a las personas. A veces nosotros experimentamos ese mismo tipo de inquietud. Sentimos el toque del Espíritu Santo en forma de convicción y de pensamientos sobre la vida eterna, y nos ponemos nerviosos. Nos inquietamos. Así que lo compensamos con actividad constante, estando siempre ocupados o siempre haciendo algo para no tener que pensar. Aparentemente, el enemigo está muy familiarizado con esto.

Entonces, el espíritu inmundo busca descanso y no lo encuentra. Luego dice: "Volveré a la casa de donde salí." Y aquí hay otra pista de que pudo haber salido voluntariamente: "Volveré a la casa de donde salí." No se mudó definitivamente. Solo hizo un viaje a Arizona, a los lugares secos, y piensa volver... volver a 'mi casa'. Así que regresa. Y lo primero que notamos es que no hay oposición, no hay resistencia. No hay nadie allí para impedirle su regreso. De hecho, toca la puerta y no hay respuesta. Debería haberla. Debería haber alguien. Como aquella niña que dijo: "Cuando el diablo viene y golpea la puerta de mi corazón, le pido a Jesús que vaya a la puerta. Él abre la puerta, y el diablo dice: 'Disculpen, creo que me equivoqué de dirección.'" O como dijo alguien: "El diablo toca la puerta. Jesús va a la puerta y le dice: 'Venden ya no vive aquí. Se mudó.'"

Sí. Sin embargo, en esta parábola, no hay nada de eso. No hay respuesta. Así que él empuja la puerta. No hay resistencia. Grita: "¿Hay alguien en casa?"

Y todo lo que oye es un eco. Vacío. Barrido y adornado.

Hay algo triste en una casa vacía.

Durante mi último año como pastor de tiempo completo antes de jubilarme, tenía que viajar de ida y vuelta entre Arkansas, donde vivía mi esposa, y el sur de California, donde aún estaba pastoreando. Volvía desde Arkansas a una casa vacía. Era bastante silenciosa. Una casa vacía, por más decorada que esté, sigue siendo desolada. Hay sombras fantasmas en las ventanas, y el piso cruje. Cada pisada resuena ominosamente, y a lo lejos se oye el portazo de una puerta. Además, una casa vacía nunca permanece vacía. Los roedores se adueñan de los cuartos abandonados, las ratas corren por los armarios, y las arañas tejen sus telarañas. Odio cuando siento esas telarañas en el cuello.

De la misma manera, la casa de la vida, cuando queda vacía, invita a inquilinos indeseables. Los antiguos hábitos malignos vuelven a atacarla. Finalmente, vencidos por la desilusión ante nuestro fracaso por reformarnos, entregamos la casa al abandono y a la desesperación. Una casa vacía—eso es lo que encuentra el espíritu inmundo al regresar. Jesús dijo: “Encuentra la casa desocupada, barrida y adornada.” Quizás se acerca a la puerta para revisar los postes, para ver si hay sangre allí, porque si hay sangre—como en la Pascua antigua—entonces sabe que su tiempo

se ha terminado. Pero no hay sangre. La casa está barrida y adornada.

¿Qué significa barrer? Barrer es quitar lo suelto. Barrer el polvo, la suciedad y esas cosas. Tomamos nuestras escobas morales e intentamos barrer nuestros pecados—los pecados “suelto” de una vida descuidada. Nuestra limpieza moral puede parecer efectiva por un tiempo. Tal vez ya no bebamos, ni fumemos, ni apostemos, pero ¿qué hay de los otros pecados, como el orgullo, la envidia, la grosería y el egoísmo? Barrer el polvo moral no es suficiente.

La versión Reina-Valera dice que la casa estaba “barrida y adornada.” ¿Qué es eso? ¿Qué significa “adornada”? Las personas que están vacías por dentro suelen dejarse llevar por adornos religiosos y decoran su vacío con imágenes: tal vez imágenes de Jesús, un crucifijo, flores bonitas, o decoraciones relacionadas con las experiencias de otros, personas que nos gusta leer—cualquier cosa que tape el vacío. Quizás el adorno toma la forma de hacer servicio en la iglesia, o de dar a los pobres y necesitados, o de oraciones largas. O puede ser el adorno del entusiasmo, o de la emoción: ir a la iglesia cada semana para que nos “activen” emocionalmente. Los adornos

vienen en todos los sabores y formas. Así, el enemigo encuentra la casa barrida y adornada, porque cuanto menos hay por dentro, más se decora por fuera.

Entonces, este espíritu inmundo piensa que lo que ha encontrado es demasiado bueno para un solo espíritu. Así que sale y trae con él otros siete espíritus más malvados que él.

Y regresan. Dice que trae siete espíritus más malvados que él mismo. ¿Significa esto que hay espíritus más malvados que otros? Aparentemente, sí. Tal vez esto sea en contraste con esos “demonios limpios”. En cualquier caso, estamos hablando aquí del extremo de la maldad. Aquí se nos recuerda a María de Magdala, quien fue víctima de siete demonios, según la Escritura. También se nos recuerda a los homosexuales del otro lado del Mar de Galilea, en el cementerio de los gadarenos. Uno podría preguntar: “¿Se mencionan los homosexuales?” Aparentemente sí. No me di cuenta hasta que lo leí en el libro *El Deseado de Todas las Gentes*. Mateo 8 dice que estos dos hombres que habitaban en las tumbas estaban involucrados en las formas más despreciables de degradación. También dice que estaban poseídos por

legiones—legiones—de espíritus malignos. No solo uno, ni siete, sino legiones.

Lo emocionante es que Jesús puede controlar legiones de espíritus malignos con una sola palabra. Es importante que en cualquier discusión no nos enfoquemos totalmente en los espíritus malignos. Necesitamos magnificar el nombre de Jesús y agradecer que en Su presencia no tenemos nada que temer.

Porque los espíritus malignos tiemblan en Su presencia.

PEOR QUE ANTES

La parábola dice que estos espíritus malignos entran y habitan en la casa vacía. Este es el mismo lenguaje que la Biblia usa cuando nos invita a permitir que Cristo habite en nuestros corazones por la fe. Este es el punto central de la vida cristiana—que, en lugar de que el enemigo habite en nosotros, sea Jesús quien habite dentro, para que podamos comprender con todos los santos cuál es la altura, la profundidad, la anchura y la longitud del amor de Dios. En este caso, sin embargo, los demonios entran y habitan allí. Y Jesús dijo que el estado final de esa persona es peor que el primero.

Entonces, si miramos esta parábola desde un punto de vista puramente humano, concluiríamos que el hombre habría estado mejor si el espíritu inmundo nunca se hubiese ido, o si nunca hubiese sido expulsado, porque después fue habitado por ocho espíritus malignos. Tal vez sería mejor que una iglesia o congregación nunca escuchara el mensaje de la justicia por la fe, porque si no hacen nada al respecto, el estado final de esa iglesia podría ser peor que el primero. Tal vez sería mejor que una denominación nunca escuchara el mensaje del verdadero evangelio, porque eso pone una gran responsabilidad sobre la iglesia organizada, y a menos que el mensaje sea obedecido, el estado final de esa iglesia podría ser peor que el primero. Tal vez sería mejor que una familia o un individuo nunca escuchara el evangelio, humanamente hablando, porque eso provoca inquietud en las familias e individuos. El estado final de cualquiera que escuche el evangelio será peor que antes de haberlo recibido, a menos que lo aborde correctamente.

Y no estamos hablando aquí de unos pocos años. Estamos hablando de la eternidad. La vida eterna está en juego. A menos que yo comprenda el mensaje de esta historia y encuentre el secreto de la vida eterna, habría sido mejor que nunca hubiera nacido.

El último estado de la persona que alguna vez tuvo una fe genuina y se apartó de ella es peor que el primero, y generalmente es un ejemplo de la mayor degradación y depravación. He recopilado algunos casos de esto durante mis cuarenta años de tratar de ser pastor. Hay algunos naufragios tristes en las arenas de la vida—personas que recibieron el mensaje y se alejaron de él y no hicieron nada al respecto; personas que disfrutaban de los servicios del sábado y no hacían nada durante la semana; que escuchaban las Buenas Nuevas y se alejaban de la vida de fe. Esto puede pasar con congregaciones enteras. Es una idea solemne, muy solemne. Probablemente el caso más trágico de alguien que se apartó de la cercanía con Dios es Satanás mismo, Lucifer, hijo de la mañana. ¿Y quién podría igualar la depravación y degeneración que ha ocurrido en su vida?

Otro ejemplo es Judas, uno de los seguidores más cercanos de Jesús, quien terminó alejándose y permitiendo que los espíritus inmundos regresaran y lo llevaran a traicionar a su propio Creador. Habría sido mejor para Judas nunca haber nacido.

Ahora llegamos a uno de los puntos principales de esta historia. Está contenido en el contexto de la parábola.

Notamos que Jesús estaba tratando de indicar que hay otra manera de echar al diablo fuera, ya sea expulsándolo o dejando que se vaya por su propia voluntad. Es algo que hoy también consideramos al tratar con la medicina, la educación de los hijos o la psicología. La mala salud debe ser vencida por la entrada del poder vital de la naturaleza. Entiendo que la mayoría de nosotros, si no todos, estamos expuestos a “gérmenes” cancerígenos todo el tiempo. Pero por lo general, esos gérmenes no se multiplican hasta que nuestra vitalidad está debilitada. Si la mala salud no es vencida por la vitalidad natural, su expulsión no es permanente y debe temerse una recaída. Hoy en día, la medicina no solo se ocupa del proceso de curación, sino también del establecimiento y mantenimiento de la salud.

No hace mucho conocí a un médico que ya tenía edad para jubilarse, pero que me dijo que recién estaba comenzando su verdadera práctica.

—“¿Cómo es eso?”—le pregunté, sorprendido.

Él dijo:

—“He estado estafando a la gente durante cuarenta años.”

—“¿De veras?”

—“Sí, dándoles lo que querían—recetas para tratar sus síntomas” —me explicó. “Pero ahora estoy metido en la medicina preventiva, y no puedo esperar a llegar al consultorio cada mañana.”

De manera similar, los métodos modernos de crianza de los hijos recomiendan que los padres dejen de lado el estilo de disciplina tipo ‘¡no hagas eso!’ y lo sustituyan con una nueva y adecuada actividad de interés. Así que, en lugar de decirle a mi hijo: “No hagas eso en sábado”, le digo: “Hagamos esto en lugar de eso”.

La psicología moderna reitera esta misma verdad. ¿Qué se debe hacer con un recuerdo oscuro o un rencor profundo? Debe ser expulsado. El demonio debe ser exorcizado. Enterrar un recuerdo oscuro, dejar que permanezca como un inquilino maligno en mi subconsciente, es permitir que se propague. La expulsión de su presencia no es suficiente. Esa conquista es meramente preliminar. La obsesión, la amargura o el remordimiento deben ser reasociados, dicen. Deben ser absorbidos por un propósito legítimo y más apasionante. Deben ser vinculados a una nueva y sólida actitud ante la vida. La casa debe ser ocupada por su inquilino legítimo.

Aunque muchas voces proclaman esta verdad, sin embargo, la religión ha sido lenta en escucharla y obedecerla. Estamos tan dispuestos a expulsar a los demonios, pero somos tan reacios a darle la bienvenida a Jesús. Sin embargo, cuando Él viene a gobernar, los demonios huyen por sí solos—lo que significa, en resumen, que nunca eliminamos el mal por la fuerza, Jesús lo expulsa cuando entra. Por eso la relación diaria con Dios es tan importante. Jesús expulsa al mal cuando entra. Y cuando el enemigo regresa tras buscar descanso y no encontrarlo, se encuentra con una casa habitada, y bien habitada. No hay lugar para él. Tiene que seguir su camino.

Cuando Jesús entra, el diablo se queda afuera.

Leí un par de frases en *El Deseado de Todas las Gentes* que creo que son muy significativas:

“Siempre que los hombres rechazan la invitación del Salvador, se están entregando a Satanás.”

—“Oh,” dirás, “¡yo no estoy bajo el control de demonios! Llevo una vida moral, buena.”

Pero ese no es el punto. Si no tengo tiempo para Jesús día tras día, estoy permitiendo que Satanás controle mi dirección, y él me está haciendo descender. Lo sepa o no,

estoy cayendo. Y tarde o temprano descubriré que no solo está controlando mi dirección, sino que me está controlando a mí.

La otra frase muestra el lado positivo, el más hermoso—esta buena noticia:

“Los que consientan en entrar en relación de pacto con el Dios del cielo, no quedan entregados al poder de Satanás ni a la flaqueza de su propia naturaleza.”³

¡Qué diferencia! Ser controlado por Dios o ser controlado por el enemigo.

Leí la oración que Spurgeon hizo después de predicar un sermón sobre esta parábola. Probablemente fue la parte más significativa de su intento por abordar la parábola. He leído bastante a Spurgeon, y tengo la impresión de que el Espíritu Santo debió de haberlo tomado de una manera especial en el momento de esa oración. Suena con el estilo del inglés antiguo, pero veamos si puedes captar su impacto:

“Mi Señor Jesús, si estás pasando por aquí, viajando en la grandeza de tu poder, ven y muestra tu fuerza proclamada. Detente, oh celestial Sansón, y vence al león en el viñedo. Si has teñido tus vestiduras con la sangre de

tu cruz, ven y tiñélas otra vez con la sangre de mis pecados. Si has pisado el lagar de la ira de Jehová y aplastado a tus enemigos, aquí hay otro de esa banda maldita, ven y sácalo y aplástalo. Aquí hay un Agag en mi corazón, ven y córtalo en pedazos. Aquí hay un dragón en mi espíritu, rompe, oh rompe su cabeza y líbrame de mi viejo estado de pecado. Líbrame de mi fiero enemigo, y a ti sea la alabanza por los siglos de los siglos. Amén.”

Al leer eso, pensé en dos personas: Nicodemo y José de Arimatea. No se identificaron con Jesús hasta el final. Fueron víctimas de una sociedad y una generación que lo entendieron todo mal. Esperaron y esperaron. Pero Dios no se rinde. Al final, salieron a la luz y se identificaron con fuerza con la iglesia primitiva.

Proporcionaron un entierro digno para el Señor Jesús y alentaron a sus seguidores.

Tú y yo podemos ser de aquellos que, como José y Nicodemo, dan un paso al frente y aceptan la invitación de Jesús, para asegurarnos de que, al acercarnos al fin del tiempo, nuestros corazones estén habitados por el Dios del cielo, por el Espíritu Santo, y por Jesús, que nos ama.

CAPÍTULO 4: EL SEMBRADOR, LA SEMILLA Y EL SUELO

¿Alguna vez plantaste un jardín? Probablemente la mayoría de nosotros recordamos haber trabajado en la tierra, plantando semillas de rábano con un poco de ayuda de mamá o papá. (¿Por qué siempre eran rábanos?) Nos íbamos a dormir y luego salíamos corriendo a la mañana siguiente para ver cómo venían los rábanos, ¿verdad? ¿Recordás qué fue lo primero que salió? ¡No fueron rábanos, fueron yuyos!

Sé lo que hice apenas aparecieron los primeros brotes de rábano—y tal vez no fui la única persona que alguna vez hizo eso. Los arranqué para ver si había algún rábano. Recuerdo haber arrancado uno por día para ver cómo venían—y eso no ayudaba en lo más mínimo. Si no salían después de algunos días, iba a cavar para ver dónde estaban. ¡Incluso he hecho eso con semillas de césped!

Se puede aprender mucho en el jardín. Jesús usó parábolas del jardín en más de una ocasión. De hecho, parecía ser una de sus fuentes favoritas de ilustraciones sobre el reino de los cielos.

Veamos una de sus parábolas principales:

Mientras una gran multitud se reunía y gente venía a Jesús de pueblo en pueblo, él contó esta parábola:

“Un sembrador salió a sembrar su semilla. Mientras esparcía la semilla, parte cayó junto al camino; fue pisoteada, y las aves del cielo se la comieron. Otra parte cayó sobre roca, y cuando brotó, las plantas se secaron porque no tenían humedad. Otra parte cayó entre espinos, que crecieron con ella y ahogaron las plantas. Pero otra parte cayó en buena tierra. Brotó y produjo una cosecha, cien veces más de lo que se sembró.”

Al decir esto, exclamó: “El que tenga oídos para oír, que oiga.”

Sus discípulos le preguntaron qué significaba esta parábola. (Lucas 8:4-9)

Cuando Jesús dice: “El que tenga oídos para oír, que oiga”, entonces el mensaje debe ser bastante importante. Así que intentemos oír lo que Él estaba diciendo en esta parábola sobre el sembrador, la semilla y el suelo.

LOS SÍMBOLOS

El Sembrador. ¿A quién representa el sembrador? El sembrador es Jesús—se refería a sí mismo. Él vino de la

ciudad que tiene muros de jaspe y doce fundamentos a un país hostil.

En los días de Cristo, los agricultores no vivían en el campo. Eran campesinos de aldea. No era seguro quedarse en el campo. Las ciudades tenían murallas para protección. Hoy podés ir a partes del mundo donde aún quedan restos de esas ciudades. Tenían murallas para protegerse de ladrones, bandidos y asesinos. El hombre desafortunado que fue golpeado por ladrones en el camino de Jericó y fue ayudado por el buen samaritano era un ejemplo de cómo eran las cosas en los días de Jesús. Los agricultores vivían en la ciudad, dentro de las murallas seguras, y salían al campo durante el día para sembrar su semilla.

Jesús dejó una ciudad amistosa, una ciudad celestial, donde era adorado por los ángeles y todo el universo creado se postraba ante Él.

Vino a un país hostil, fuera de las murallas de seguridad—a un lugar de ladrones, bandidos y asesinos. Asumió todos los riesgos necesarios para plantar la semilla. Este es el tipo de persona que era el sembrador.

¿Te gusta pensar en Jesús como un agricultor? No es el Granjero Juan ni el Granjero Pérez; es el Granjero Jesús.

¿Cómo suena eso? No es irreverente llamarlo el Granjero Jesús, porque en su vida aquí en la tierra, Él dignificó el trabajo físico duro. Él es quien trabajó durante dieciocho años en el taller de carpintería en Nazaret, cepillando madera y cortando tablones.

Me alegra que Jesús no haya vivido en un palacio, ¿a vos no? Me alegra que Jesús haya sido una persona pobre que conocía el significado del trabajo duro.

Al ser este tipo de persona, pudo alcanzar a todos. Y así salió a sembrar.

La Semilla. ¿Qué es la semilla? Jesús explica la parábola, así que sabés—si leíste el resto de Lucas 8—que la semilla es la Palabra de Dios. Nada más, nada menos. La Palabra de Dios tiene poder para producir vida, crecimiento y fruto en el alma.

Y todavía puede hacerlo hoy. A veces intentamos acercarnos a la gente con filosofía y psicología y todo tipo de cosas. A veces pensamos que nuestros niños necesitan entretenimiento o trucos para mantener su atención. Debemos recordar el poder que hay en la Palabra de Dios, que “vive y permanece para siempre.” Cuando nos unimos a Jesús en sembrar la semilla del evangelio, debemos

recordar que es la Palabra de Dios la semilla. Ahí está el poder.

El Suelo. Pero, ¿qué hay del suelo? Jesús mencionó cuatro tipos de suelo. Casi suena a predestinación, ¿no?

¿Naciste como el camino endurecido, o como tierra rocosa, o como suelo con espinos? ¿O naciste con buen suelo? ¿Pensás que podés identificar qué tipo de suelo hay en tu propio corazón? ¿Y si descubríis que el suelo de tu corazón no es bueno? ¿Podés hacer algo al respecto? Mantené estas preguntas en mente mientras pensamos en los cuatro tipos de suelo que Jesús mencionó en esta parábola.

I Camino

El camino—o “junto al camino”, como lo traduce la versión Reina-Valera—es tierra que está apisonada y endurecida por el tránsito constante. Si no es propiamente el camino, al menos está justo al lado. Es la tierra junto al sendero, casi tan dura como el mismo camino.

Ahí es donde yacen las bolsas de papel marrón, las botellas rotas y los envoltorios de M&M. Está llena de desechos. No es un lugar atractivo, y ciertamente no es un buen lugar para sembrar.

Podría representar a las personas cuyo camino entre su casa y la iglesia está bien marcado, pero que han permitido que los escombros del pecado acariciado, los hábitos y el descuido llenen su vida.

La tierra del camino no está sujeta a cambio—de hecho, resiste el cambio. Los oyentes del camino creen que lo que fue suficientemente bueno para el padre y la madre es suficientemente bueno para ellos. Su religión es convencional y consiste en seguir las formas. Si hay una grieta en el desorden donde pueda caer la semilla y brotar, entonces vienen las aves y la comen—y hay muchas aves hambrientas en el reino de este mundo.

Así que la semilla que cae junto al camino no tiene muchas posibilidades. Si apenas logramos meter a Jesús en las grietas, eso es todo lo que Él puede esperar. No hay esperanza de cosecha ni de fruto para su gloria. Las perspectivas no son buenas para el corazón con suelo endurecido.

La Tierra Rocosa

Veamos el segundo tipo de suelo, la tierra rocosa. Uno pensaría que la semilla que cae allí tampoco tiene muchas chances. Pero incluso entre las rocas suele haber algo de polvo, y es sorprendente lo que puede brotar después de

una lluvia—pequeños brotes verdes en lo que parece roca desnuda. Pueden durar medio día, o tal vez un día y medio. Pero no duran mucho, porque no hay suficiente tierra para que echen raíz. El sol los quema, o la siguiente lluvia los arrastra, y desaparecen.

La tierra rocosa podría representar el tipo de experiencia religiosa que está hoy y desaparece mañana—el tipo de persona que puede pasar por un avivamiento y una apostasía en la misma semana. Esto podría representar la religión emocional, dependiente del canto adecuado, la nostalgia correcta, las historias conmovedoras. Pero pronto después del éxtasis emocional, todo vuelve a como estaba.

Este suelo representa a las personas que responden solo con sus emociones. Tal experiencia no es profunda ni duradera—es solo el impulso del momento, apenas una reacción del día. Es una especie de religión de “sube y baja” que estimula el sistema nervioso pero no cambia el corazón. Puede haber una aparente conversión bajo la emoción del momento. Pero tan pronto como se elimina el estímulo, la vida espiritual se apaga—a veces de la noche a la mañana. Las perspectivas no son buenas para el corazón con suelo rocoso.

El Suelo con Espinos

Parte de la semilla cayó entre espinos. Los espinos y las malezas están por todas partes, ¿verdad? No requieren cultivo. Pueden surgir espontáneamente. Cuando nuestra familia vivía en Nebraska hace unos años, teníamos un terreno de siete acres cubierto de cardos morados. Las malezas parecían multiplicarse mil veces cada primavera y verano—¡y sin necesidad de trabajar! Si hubiéramos querido cultivar cardos morados, podríamos habernos acostado en la hamaca y dejar que ocurriera.

Pues bien, parte de la semilla cayó entre espinos, y aunque la tierra debajo podría haber sido buena, había demasiados espinos. Muchos de nosotros, quizás, nos identificamos con este suelo. Tal vez discutamos si somos camino o suelo rocoso, pero el suelo con espinos no deja dudas. Es fácil ver los espinos en nuestras vidas, las cosas que ahogan la buena semilla.

¿Cuáles son algunos de esos espinos? Podrían ser los placeres del mundo—¡quizás incluso placeres inocentes, como jugar al tenis, por ejemplo! Algo que en sí mismo es bueno se convierte en un espino cuando desplaza a la buena semilla. Otro tipo de maleza podrían ser los cuidados, las preocupaciones y las tristezas de la vida.

Hay muchos de estos para exigir nuestra atención, sin importar quién seamos. El problema de sostener cuerpo y alma puede requerir mucho tiempo y energía. El pobre teme la escasez, y el rico teme la pérdida. Ambos pueden quedar atrapados por los afanes de esta vida.

Los espinos pueden tomar la forma del dolor y la angustia. Estas cosas son comunes a toda la humanidad, pero algunos de nosotros permitimos que el diablo las convierta en espinos—espinos que nos impiden ver a Jesús. También están las faltas de los demás. ¿Cuántas veces la gente tropieza por las fallas ajenas? Todos lo hemos experimentado en cierto grado. Las fallas de los demás pueden volverse espinos si permitimos que nos distraigan de Jesús y las cosas celestiales. Y nuestras propias fallas e imperfecciones pueden lograr lo mismo.

¿Qué se puede hacer con los espinos—las malezas y cardos que impiden el crecimiento de la semilla del evangelio? Hay muchos espinos ahí fuera—y las perspectivas no son buenas para el corazón con suelo espinoso.

La Buena Tierra

¿Qué es la buena tierra? Son aquellos que reciben la semilla con un corazón honesto y bueno. Suena atractivo,

¿verdad? ¿Tenés un corazón honesto, un buen corazón?
¿Cuántos corazones de ese tipo existen?

A menudo oímos orar por los “honestos de corazón”.
¿Alguna vez escuchaste a alguien orar por los deshonestos de corazón? Un día, de hecho, oí a alguien decir: “¡Señor, bendecí a todos los deshonestos de corazón!” Seguramente ellos también necesitan oración.

Una vez, en un campamento, oí al predicador preguntar: “¿Cuántos de ustedes han estado orando por Krushev?” No se levantó ni una sola mano. Entonces él dijo: “Yo he estado orando por Krushev últimamente. Parece que necesita oración. Creo que sería un predicador maravilloso, ¿no creen?”

¿Qué hay del apóstol Pablo? Antes de su experiencia en el camino a Damasco, ciertamente no parecía un buen candidato para el liderazgo en la iglesia primitiva. Frecuentemente se lo representa sosteniendo los mantos de los hombres que estaban apedreando a Esteban. Pero eso fue solo el comienzo. De allí pasó a ser directamente responsable de la muerte y el encarcelamiento de muchos cristianos. Él mismo nos lo dice.

Pero Dios podía ver dentro de su corazón, y vio buena tierra allí.

Un día intervino y detuvo a Saulo en seco, y Saulo se convirtió en Pablo, el poderoso predicador, evangelista, autor y misionero.

¿Cómo podemos juzgar lo que hay en el corazón de alguien? No conocemos las raíces, el trasfondo de quienes nos rodean. Solo Dios sabe qué constituye un corazón honesto. Solo Él sabe dónde se encuentra la buena tierra—y algunos de los lugares donde hay buena tierra nos sorprenden a muchos de nosotros.

¿Qué es la buena tierra? Acá van algunas pistas. Es la tierra que cede a la convicción del Espíritu Santo, que reconoce su necesidad y mantiene una recepción continua y personal de la vida del Jardín Celestial.

Es en este tipo de suelo donde madura el fruto perfecto de la fe, la mansedumbre y el amor.

¿Está una persona simplemente predestinada a ser buena tierra? ¿O camino endurecido? ¿O tierra rocosa? ¿O espinosa? Y si uno no está predestinado a ser un tipo particular de suelo, ¿cómo se convierte en buena tierra?

Jesús nunca enseñó la predestinación. La Biblia no la enseña.

Esta parábola está diciendo que cada corazón contiene los cuatro tipos de suelo.

TODOS LOS TIPOS DE SUELO

¿No has notado que tu corazón contiene algo de cada tipo de suelo? Todos sabemos lo que es ser camino endurecido en algunas cosas, si no en todas. Si alguien se levanta y habla contra un pecado que yo desapruuebo, soy buena tierra. Mis padres, por ejemplo, me criaron con ciertas inhibiciones. Algunas cosas no me atraen simplemente por mi temperamento, mis inclinaciones y mi personalidad. Así que cuando oigo condenar esas cosas, soy buena tierra. Pero si alguien se levanta y habla contra uno de mis pecados favoritos, de repente soy camino endurecido.

Así que nuestros corazones pueden tener camino endurecido o tierra rocosa o espinosa para una cosa, y buena tierra para otra. Todos lo hemos experimentado y vemos que incluso cuando se trata del evangelio mismo y de responder al llamado de Jesús al corazón humano, damos respuestas mixtas. Pero hay buena tierra en cada corazón. Y el gran Sembrador, el sembrador de la semilla, Jesús mismo, está ansioso por alcanzar esa buena tierra con la semilla del evangelio. Intentará todos los medios

posibles para alcanzar la buena tierra de tu corazón y sembrar la semilla de Su Palabra, para que produzca una cosecha para Su gloria.

Ojalá no tuviera tierra espinosa. No me gusta la dureza que a veces siento en mi corazón. A veces me cuesta cambiar algunas de mis ideas. Pero ¿puedo hacer algo al respecto? ¿Alguna vez trataste de arrancar las malezas del suelo de tu alma? ¿Qué puedo hacer para ayudar al Jardinero a librar mi vida de espinas, piedras y tierra endurecida? Aquí hay una parábola que puede ayudarte a pensar en esto.

¿QUÉ PUEDE HACER LA TIERRA?

Había una vez un terreno que quería ser un jardín.

El Agricultor compró este terreno a un gran precio. Luego obtuvo una semilla de excelente calidad y vino al terreno y sembró la semilla.

Pues bien, el terreno se alegró. Siempre había querido ser un jardín. Y comenzó de inmediato a intentar hacer su parte para convertirse en un jardín de belleza y fruto. Comenzó a examinarse a sí mismo, y descubrió con desagrado que estaba cubierto de malezas desagradables—espinas, cardos, zarzas y abrojos. El

terreno se sintió preocupado y avergonzado. Antes de la llegada del Agricultor, no había prestado mucha atención a esas cosas, así que las malezas habían invadido terriblemente. Sus raíces estaban profundamente incrustadas en el suelo.

“¿Cómo puedo recibir algún beneficio de la semilla mientras todas estas malezas siguen creciendo sin control?” se preguntaba el terreno.

“Todo el mundo sabe que un jardín debe ser desmalezado para que la semilla crezca.”

Así que comenzó inmediatamente a esforzarse por eliminar las malezas. Quería cooperar con el Agricultor para que, lo antes posible, dejara de ser solo un feo matorral y se convirtiera en un hermoso jardín.

El terreno luchaba y se angustiaba. Sinceramente quería librarse de sus malezas, pero el problema era cómo hacerlo. Todas las instrucciones sobre cómo arrancar malezas parecían vagas y contradictorias. El terreno oyó de una fuente que si lograba deshacerse de las hojas y los tallos, entonces el Agricultor estaría dispuesto a arrancar las raíces. Pero descubrió que era demasiado débil para quitar siquiera las hojas y los tallos.

Le dijeron que si un terreno hacía su parte, entonces el Agricultor haría la suya. Pero el terreno parecía incapaz de hacer ninguna parte del trabajo de desmalezado por sí mismo. A menudo se le decía que debía esforzarse al máximo por superar las malezas, pero tampoco sabía cómo hacerlo.

Entonces, cuando las malezas seguían siendo visibles semana tras semana, quienes rodeaban al terreno e incluso el terreno mismo comenzaron a preguntarse si realmente era sincero en su deseo de deshacerse de las malezas.

Alguien le sugirió al terreno que el trabajo sería más fácil si no trataba de eliminar todas las malezas del jardín de una vez, sino que se concentrara en arrancar solo una a la vez.

Pero el terreno descubrió que no podía eliminar ni una sola maleza.

A veces, el terreno casi se rendía, desanimado por la falta de progreso, pero luego volvía a imaginar el jardín en el que anhelaba convertirse, y una vez más se esforzaba con ahínco por tratar de deshacerse de las malezas. Pero todos los esfuerzos del terreno para librarse de espinas y abrojos terminaban en nada.

Un día, el terreno se vio obligado a admitir que nunca se convertiría en un hermoso jardín por sus propios medios. Ese mismo día, el Agricultor vino al terreno con una noticia maravillosa. (El Agricultor había venido muchas veces antes, pero el terreno había estado tan ocupado luchando con las malezas que no se había tomado tiempo para escucharlo).

El Agricultor le dijo al terreno algo que era casi imposible de creer. Parecía contradecir todo lo que el terreno había oído alguna vez sobre jardinería. Esto fue lo que dijo el Agricultor:

“No es responsabilidad del jardín deshacerse de las malezas. Esa es tarea del Jardinero.”

Bueno, enseguida podés ver por qué el terreno tuvo problemas para aceptar este anuncio del Agricultor. Pero, a menos que el terreno aceptara la oferta del Agricultor, tendría que renunciar a toda esperanza de convertirse en un hermoso jardín. Así que el terreno se rindió al Agricultor y le permitió arrancar las malezas. Y, antes de que te des cuenta, las malezas estaban siendo eliminadas—y no solo las hojas y los tallos, sino las plantas completas estaban siendo desarraigadas y llevadas lejos del terreno. Entonces,

en su lugar, las buenas semillas que habían sido sembradas en el jardín comenzaron a crecer y desarrollarse.

Con el paso del tiempo, el terreno, que ahora era un hermoso jardín, continuó permitiendo que el Agricultor hiciera Su obra. Y el jardín continuó haciendo su parte—seguía recibiendo la semilla que el Agricultor sembraba, bebía profundamente del agua que el Agricultor le derramaba, y se deleitaba en la luz del sol que el Agricultor le proporcionaba.

Las plantas en el jardín crecieron y crecieron y produjeron fruto—al ciento por uno, al sesenta, y al treinta.

CAPÍTULO 5: EL TRIGO Y LA CIZAÑA

Un día entré en una tienda de alimentos y semillas en Rogers, Arkansas, para pedir ayuda. El dependiente me dijo: “¿Puedo ayudarlo?”

Le dije: “Sí. Quiero que me vendan festuca. Quiero comprar festuca para plantar en el césped”.

No pedí cardos morados. No pedí malezas ni pasto Bermuda. Ni siquiera pedí césped San Agustín, con el que algunos de nosotros hemos luchado durante años en el sur de California. Yo quería festuca pura, de calidad profesional.

Ni siquiera tenían cardos morados en la tienda. Tampoco malezas ni cizaña. Solo tenían festuca pura. Pero en algún momento, alguien logró que crecieran los cardos morados, las malezas, el pasto Bermuda y el San Agustín. Y me dije a mí mismo: “Un enemigo ha hecho esto”.

Esta experiencia me recuerda una de las grandes historias que contó Jesús: la historia de la cizaña en el campo. En esta historia, Él aborda la pregunta de por qué un Dios bueno permite que el mal continúe, una pregunta que ha inquietado a la humanidad durante mucho tiempo.

Ahora bien, supongo que podríamos ir directamente a la versión breve de la respuesta, la que muchos conocen, que se encuentra en Filipenses 2:10. Allí la Biblia predice que llegará el día en que toda rodilla se doblará y toda lengua confesará que Jesucristo es el Señor y que Dios es bueno. Eso no está ocurriendo ahora. Muchas personas mencionan el nombre de Jesús solo para maldecir. Pero pronto llegará el día en que toda rodilla se doblará. Aparentemente, esta es una de las razones por las que Dios permite que el mal siga su curso: para que no vuelva a surgir jamás. La historia del trigo y la cizaña revela esto:

Jesús les contó otra parábola: “El reino de los cielos es como un hombre que sembró buena semilla en su campo. Pero mientras todos dormían, vino su enemigo y sembró cizaña entre el trigo, y se fue. Cuando brotó el trigo y echó espigas, entonces también apareció la cizaña.

Los siervos del dueño fueron y le dijeron: ‘Señor, ¿no sembraste buena semilla en tu campo? ¿Cómo es que tiene cizaña?’

‘Un enemigo ha hecho esto’, les respondió.

Los siervos le preguntaron: ‘¿Quieres que vayamos y la arranquemos?’

‘No’, les contestó, ‘no sea que al arrancar la cizaña arranquen con ella el trigo. Dejen que ambos crezcan juntos hasta la cosecha. En ese momento les diré a los segadores: Recojan primero la cizaña y átenla en manojos para quemarla; luego recojan el trigo y guárdenlo en mi granero’” (Mateo 13:24–30).

Sin duda, Jesús contaba historias porque ama a los niños y los niños aman las historias. Pero también las contaba por otras razones.

Las contaba para revelar la verdad a quienes estaban dispuestos a escuchar y para ocultarla de quienes no querían oír de todas formas.

Mateo 13 contiene varias parábolas que Jesús contó a la multitud.

Los discípulos sabían que luego podían pedirle una explicación. Así que la historia continúa en el versículo 36, después de que se despidiera a la multitud:

Luego Jesús dejó a la multitud y entró en la casa. Sus discípulos se acercaron y le dijeron: “Explícanos la parábola de la cizaña del campo”.

Él respondió: “El que siembra la buena semilla es el Hijo del Hombre. El campo es el mundo, y la buena semilla

representa a los hijos del reino. La cizaña representa a los hijos del maligno, y el enemigo que la siembra es el diablo. La cosecha es el fin del mundo, y los segadores son los ángeles.

Así como se arranca la cizaña y se quema en el fuego, así será al fin del mundo. El Hijo del Hombre enviará a sus ángeles, y ellos arrancarán de su reino todo lo que cause pecado y a todos los que hacen el mal. Los arrojarán al horno de fuego, donde habrá llanto y crujir de dientes. Entonces los justos brillarán como el sol en el reino de su Padre. El que tenga oídos, que oiga" (Mateo 13:36–43).

¿Qué nos quiere decir Jesús aquí? Veamos esta parábola desde tres perspectivas: primero, el campo como el mundo; segundo, el campo como la iglesia; y tercero, el campo como tu corazón y el mío.

EL CAMPO ES EL MUNDO

Primero, el campo como el mundo, en el que un enemigo ha estado obrando y ha logrado sus propósitos con éxito. ¿Quién va a negar que un enemigo ha estado activo en nuestro mundo?

¿Quién puede explicar el pecado y su origen en el cielo, con Lucifer, el hijo de la mañana, que cayó? ¿Cómo

explicar que brote cizaña sin que nadie la haya sembrado? Es un misterio. Pero sucedió.

Entonces el enemigo se convirtió en esa persona con cuarenta nombres, llamados de muchas formas diferentes en la Biblia, que ha causado estragos y destrucción desde entonces.

Hay dos grandes poderes en el universo: el bien y el mal.

No hace falta ir a la Biblia para oír hablar de eso. Basta con ver el teatro, el cine, el entretenimiento. Star Wars, la popular saga de películas, representa el conflicto entre estos dos poderes: el bien y el mal. Está en todas partes: los buenos y los malos, los sombreros blancos y los sombreros negros. Un enemigo ha hecho esto: dolor y lágrimas, sufrimiento y tristeza, lápidas y monumentos a corazones rotos, cortejos fúnebres y hospitales; los problemas, golpes y moretones del planeta Tierra. Jesús dijo: "Un enemigo ha hecho esto". Sabemos quién es. Ha sido prisionero de Dios desde su caída.

¿Prisionero de Dios?

Sí. Porque si la paga del pecado es muerte, el diablo debería haber muerto hace mucho tiempo, ¿no es así?

Debería haber muerto de aneurismas, cáncer, trombosis, endurecimiento de arterias, colapsos nerviosos, ¡lo que fuera! Tendría que estar muerto desde hace siglos. Pero sigue y sigue. Si yo fuera el diablo, creo que me suicidaría. Pero ni siquiera puede hacer eso. Y está miserable.

¿Cómo sé que está miserable? Porque leo a los columnistas de consejos. No hace falta ir a la Biblia para descubrir que el diablo es infeliz. Las personas cuya vida gira en torno a sí mismas están llenas de miseria. Y quien desea ser feliz tiene que convertirse en miembro activo de la sociedad. Las personas más felices son las que dirigen su vida hacia los demás. Y si el diablo es tan malvado y desagradable como decimos, y es el pecador número uno y el autor de todo esto, entonces sabemos que es miserable. Pero está atrapado. Sigue adelante. La vida continúa. Es prisionero de Dios, mientras Dios, en Su sabiduría, permite que todo el problema del mal se desarrolle hasta su fin final y espera a que todos los datos salgan a la luz y que todo el río corra hasta el final.

Hemos visto el trigo y la cizaña en el ámbito de la tecnología.

Algunos dicen que las personas que vivieron antes del Diluvio quizá tenían algún tipo de tecnología avanzada.

Pero miremos lo que ha pasado en los últimos cien años. Abuelos y abuelas, si pudieran volver, se asombrarían ante el avance de la ciencia y la invención. Hemos logrado acceder a recursos inauditos, y la energía disponible es impresionante. ¿Pero qué hemos hecho con eso? Hemos librado grandes guerras mundiales y desarrollado la capacidad de autodestruirnos. Aquello que debería haber sido trigo y bueno nos ha dejado con miedo. Estadistas y científicos viven asustados porque tenemos un problema. El trigo y la cizaña crecen juntos, y la cizaña ha provocado pánico en el corazón de muchos al preguntarse qué pasará después.

Alguien le preguntó a Einstein: "¿Qué clase de armas se usarán en la Tercera Guerra Mundial?"

Él respondió: "No puedo decirte. Pero te diré cuáles se usarán en la Cuarta Guerra Mundial: piedras". Eso será todo lo que quede: piedras.

Así que el trigo y la cizaña crecen juntos en un mundo que se ha descarrilado. Los justos y los malvados viven juntos hasta el final.

Así es como sucede en la historia. Y no será hasta entonces, según Malaquías 3, que podremos discernir, realmente discernir, entre los justos y los impíos.

En esta historia, los siervos vienen y preguntan: "Señor, ¿arrancamos la cizaña?"

Él dice: "No. Déjenla. Que crezcan juntos hasta la cosecha".

¿Alguna vez deseaste poder arrancar la cizaña? ¿Deberíamos encargarnos de eso, o deberíamos seguir lo que Jesús dijo y esperar?

Tal vez podamos notar tres razones principales por las que no podemos tratar con la cizaña en este momento. Primero, el mal es más grande que nosotros. Si pudiéramos resolver el problema del mal con programas sociales y marchas sobre Washington, ya habríamos terminado con él. Pero los programas sociales y las marchas en Washington no tratan con el corazón humano. Agitar pancartas y gritar desde los tejados acerca de la igualdad, la raza, las culturas y los géneros no cambia el corazón de las personas.

Segundo, tenemos cizaña en nuestros propios corazones. Todos luchamos con la cizaña. No somos todo trigo. ¿Lo eres tú? Por otro lado, ¿alguna vez te sentaste a decir: "Mira, aquí hay una cizaña total"?

No me refiero a los hijos del vecino. Hablo de una persona que es totalmente cizaña. No, incluso en lo peor de nosotros hay alguna evidencia de trigo. Así que nos descubrimos como víctimas de la combinación de trigo y cizaña. Y aquellos que estamos desesperados por salir a eliminar toda la cizaña allá afuera, caemos en el viejo dicho: “Se necesita un ladrón para conocer a otro ladrón”. Lo aprendimos en la secundaria: aquellos que tenían una cruzada —una sola cuerda en su violín— y querían erradicar este o aquel mal, en realidad estaban revelando su propio problema, porque era lo único en lo que podían pensar.

Un consejero le dice al paciente: “Dime a qué te recuerdan estos dibujos”. Luego el consejero dibuja un cuadrado y se lo muestra al paciente, y este dice: “¡Sexo!”

El consejero dibuja un círculo. “¿A qué te recuerda esto?”

“¡Sexo!”

Luego un triángulo. “¿Y esto?”

“¡Sexo!”

El consejero dice: “Tienes un problema”.

Y el paciente responde: “¿Yo tengo un problema!? ¡Usted es el que está dibujando todas esas imágenes indecentes!”

Esto ilustra algo que la gente ha discutido y reflexionado a menudo: que nos obsesionamos con el mal en nuestro propio corazón y luego queremos erradicarlo en otros. Pero se necesita un ladrón para reconocer a otro ladrón, y somos incapaces de percibir el mal o de erradicarlo, porque nosotros mismos somos víctimas del mismo problema.

La tercera razón por la que no podemos tratar con la cizaña ahora es que la misión principal de Jesús en este momento no es destruir la cizaña, sino cosechar el trigo. Él dejó en claro una y otra vez a sus discípulos que no vino a destruir personas. Vino a salvarlas. No importa si somos trigo o cizaña. Jesús vino a salvarnos.

Tuve un tropiezo con esta parábola porque uno de los comentarios decía: “La cizaña nunca se convierte en trigo”. Tal vez sea cierto a nivel botánico. Pero ¡un momento! Jesús habló del milagro del nuevo nacimiento. Las personas pueden nacer de nuevo. Entonces, ¿podría existir el milagro de que la cizaña se convierta en trigo? ¿O al menos algo que parece cizaña se convierta en trigo? Jesús

vino no para destruir la vida de las personas, incluyendo a los samaritanos que fueron inhóspitos con Él, a quienes los discípulos querían castigar con fuego del cielo. Él dijo: “No entienden. No vine a destruir. Vine a salvar”. Eso es lo que Él quiere hacer. Si descubro tanto trigo como cizaña en mi corazón, puedo tener esperanza. Jesús vino a salvar a personas como yo. ¿No es eso una buena noticia?

EL CAMPO ES LA IGLESIA

¡La iglesia! Ahora nos estamos acercando un poco más a casa.

¿Ha habido cizaña en la iglesia? ¿Ha estado un enemigo obrando allí?

¿Ha habido un evangelista del enemigo, por así decirlo, que ha conseguido que personas se conviertan a la iglesia en lugar de a Cristo?

¿Incluye la iglesia a personas que son víctimas del dogma y de los puntos doctrinales, pero que no conocen el poder regenerador del Espíritu Santo?

Sí, la iglesia tiene cizaña.

La iglesia sí experimenta el obstáculo de la cizaña—personas que causan divisiones, que quieren ser las primeras, que aman la alabanza de los demás.

Y el enemigo que ha hecho esto sabe que el mayor golpe a la iglesia proviene del sabotaje: agentes enemigos dentro de ella, los que parecen trigo, pero no lo son, y solo causan problemas.

Entonces, ¿quiénes son? ¿Quiénes son las cizañas? ¿Por qué no hacemos una campaña para deshacernos de ellas?

Tenemos un problema. No sabemos quiénes son. Nos cuesta mucho identificarlas.

Se han realizado encuestas en campus de escuelas cristianas de diversas denominaciones para averiguar cuántos de los estudiantes realmente han sido convertidos y están comprometidos con Cristo.

Estos estudios indican que aproximadamente un 20 % del alumnado son cristianos comprometidos. Y que en cualquier año determinado hay otro 20 % que son hostiles hacia Dios, la fe y la religión. Están en el campus por otras razones. El 60 % restante está en el medio, dispuesto a dejarse guiar.

Y ese tira y afloja se repite cada año escolar.

Cuando escuché eso, mientras era pastor en un campus cristiano, dije:

“Bueno, encarguémonos del 20 % hostil allá en la oficina de admisiones. Saquémoslos antes de que siquiera lleguen al campus”.

Pero cuando la escuela tiene problemas financieros y lo único que los estudiantes necesitan para ser admitidos es oír truenos, ver relámpagos y tener una chequera en el bolsillo, la cizaña entra.

Pero entonces comienzan a llegar las grandes sorpresas.

Descubrimos que, con los jóvenes, muchas veces los buenos con sombreros blancos luego cambian lugares con los malos con sombreros negros.

Y es difícil discernir.

Algunos de nuestros grandes misioneros provienen de los que antes eran hostiles. Así que, cuando nos sentamos a tratar de identificar quiénes son cizaña, decimos: “¡Auch!”.

Nos equivocamos una y otra vez.

Después de observar este fenómeno un tiempo, estuve un verano en una antigua reunión campestre hablando con los jóvenes en la carpa juvenil.

De repente, en medio de la reunión, hubo una gran explosión.

Debieron haber sido varios paquetes de petardos explotando en el borde de la carpa.

Y, debido a estos estudios, impulsivamente dije:

“No se preocupen por ellos. Algún día serán grandes misioneros”.

Sí, probablemente. Tenemos dificultades para tratar de decidir quién es trigo y quién es cizaña.

Estaba leyendo sobre esta parábola en un librito llamado Palabras de Vida del Gran Maestro y encontré este comentario interesante:

“Cristo ha enseñado claramente que los que perseveran en pecado abierto deben ser separados de la iglesia; pero no nos ha encomendado la obra de juzgar el carácter y los motivos. Él conoce demasiado bien nuestra naturaleza para confiar en nosotros esta obra. Si tratáramos de arrancar de la iglesia a los que suponemos ser cristianos falsos, ciertamente cometeríamos errores. Con frecuencia consideramos como irremediablemente perdidos a aquellos que Cristo está atrayendo hacia Sí”.

No juicio y condenación hacia otros, sino humildad y desconfianza de uno mismo. Ese es el mensaje de esta parábola.

No trates de arrancar la cizaña. Esa es responsabilidad de Dios.

Y solo Él sabe cuándo y cómo hacerlo causando el menor daño posible.

Jesús vino de un país celestial donde surgió el problema.

¿Cuánto tiempo esperó antes de expulsar a Lucifer? No se nos dice.

Pero Él obró, suplicó, y esperó que los ángeles escucharan.

Y entonces llegó el día en que intervino en el problema, y un tercio del trigo—que ahora se había convertido en cizaña—se fue.

Jesús vino de un país donde conocían el dolor y la angustia de ver cómo el trigo se convierte en cizaña.

Así que más vale que confiemos en el Dios que todo lo sabe cuando se trata de arrancar la cizaña.

Hay almas dentro de la fe cristiana que están creciendo más lentamente que otras, y sería lamentable derribar a esas almas de crecimiento lento solo porque, según nuestro juicio, no avanzan a buen ritmo.

¿Y qué decir de Jesús, que tuvo consideración por aquel que habría de ser Su traidor?

¿Cómo se explica eso? Año tras año permitió que una cizaña creciera junto al trigo entre los doce discípulos.

Mira esta versión moderna de una agencia de asesoría en Jordania:

A: Jesús, hijo de José

Taller de carpintería

Nazaret 25922

Estimado Señor:

Gracias por enviarnos los currículums de los doce hombres que ha escogido para ocupar puestos de dirección en su nueva organización.

Todos ellos han pasado nuestras baterías de pruebas, y no solo hemos procesado los resultados por computadora, sino que también hemos concertado entrevistas personales con cada uno de ellos con nuestro

psicólogo y consultores de aptitud vocacional. Se incluyen los perfiles de todas las pruebas, y usted querrá estudiar cada uno con detenimiento.

Como parte de nuestro servicio y para su orientación, ofrecemos algunos comentarios generales, al igual que un auditor incluiría observaciones generales. Esto se entrega como resultado de una consulta entre nuestro personal, y se le ofrece sin cargo adicional.

La opinión de nuestro equipo es que la mayoría de sus candidatos carecen de antecedentes, educación y aptitudes vocacionales para el tipo de empresa que usted está emprendiendo. No tienen sentido de trabajo en equipo. Le recomendamos que continúe su búsqueda de personas con experiencia, capacidad de gestión y habilidades comprobadas.

Simón Pedro es emocionalmente inestable y propenso a arrebatos de ira. Andrés no tiene absolutamente ninguna cualidad de liderazgo.

Los dos hermanos, Santiago y Juan, hijos de Zebedeo, anteponen los intereses personales a la lealtad a la compañía.

Tomás demuestra una actitud cuestionadora que podría minar la moral.

Creemos nuestro deber informarle que Mateo está en la lista negra de la Oficina de Buenas Prácticas Comerciales de Jerusalén.

Santiago, hijo de Alfeo, y Tadeo definitivamente tienen inclinaciones radicales, y ambos obtuvieron una alta puntuación en la escala maníaco-depresiva.

Sin embargo, uno de los candidatos muestra gran potencial.

Es un hombre capaz y con recursos, se relaciona bien con la gente, tiene una mente aguda para los negocios y contactos en lugares influyentes.

Está altamente motivado, es ambicioso y responsable.

Recomendamos a Judas Iscariote como su controlador y mano derecha.

Todos los demás perfiles presentan serias dudas.

Le deseamos mucho éxito en su nuevo emprendimiento.

Atentamente,

Consultores de Gestión de Jordania

—Fuente desconocida

Sí, sí. Eso es lo mejor que podemos hacer cuando se trata de diferenciar entre el trigo y la cizaña.

¿Podría ser que Jesús estuviera siguiendo Su propia historia al permitir que el mal llegara a su desenlace natural, y al mantener cerca a Judas para contrarrestar su influencia?

¿Podríamos llegar al punto de decir que Jesús mantuvo a Judas cerca para tratar de ganarlo?

Tenemos razones para pensar que Jesús casi logra ganar a Judas la noche en que le lavó los pies en el aposento alto.

EL CAMPO ES NUESTRO CORAZÓN

Ver esta parábola desde una tercera perspectiva es verla como el campo de nuestro corazón.

Un enemigo ha estado obrando en nuestra herencia y nuestro entorno.

¿Quién va a negar que luchamos con genes y cromosomas, con temperamentos heredados, con luchas que vienen desde el mismo Adán y Eva?

Un enemigo ha estado obrando, y tenemos cizaña en nuestros propios corazones.

¿Has reconocido cizaña en tu propio corazón?

Yo sé que sí lo he hecho. Esto es real.

Por eso, los padres y madres que traen a sus hijos a la iglesia para la presentación miran con cariño la cuna o la cuna portátil y esperan contra toda esperanza que las decisiones que sus pequeños tomen sean para el reino de los cielos.

Pero Hitler también estuvo una vez en una cuna.

Nerón, uno de los grandes déspotas de la historia, también estuvo una vez en una cuna.

Nadie cambia de ser un inocente bebé a un tirano de la noche a la mañana.

Sí, luchamos con los genes, los cromosomas y los factores ambientales que siguen mostrando que hay una influencia siniestra obrando.

La oscuridad nos desconcierta.

Nos preocupamos; nos inquietamos.

En nuestra planificación familiar, mi esposa y yo decidimos que tendríamos dos familias. Tendríamos dos

hijos, y luego esperaríamos diez años y tendríamos otros dos. Ese era el plan maestro.

Tuvimos nuestros dos primeros hijos, y esperamos diez años, pero el “equipo” ya no funcionaba tan bien la segunda vez.

Entonces, mi esposa empezó a hablar de adopción.

¿Adopción?

¡Oh, podríamos recibir un criminal!

Y comencé a resistirme.

“¡De ninguna manera! ¿Y qué hay de esos genes y cromosomas? ¡Uno no sabe...!”

Pero ella siguió insistiendo.

No quería pasar tantos años sentada del otro lado de la mesa solamente conmigo.

Un día dije:

“Bueno, avísame cuando el presidente de la Universidad de Harvard y Miss América tengan un hijo por accidente”.

Y ella respondió:

“Tú no eres el presidente de Harvard”.

Yo le dije:

“Ni tú eres Miss América”.

Bueno, no se hablaba de otra cosa que no fuera “pásame la sal” durante varios días después de eso.

Hasta que un día, me hizo una trampa.

Trajo un pequeño bulto y lo colocó bajo el árbol de Navidad en una caja, con una cinta.

La pequeña venía de un hogar de acogida donde cuidan a estos bebés, prematuros.

¡Fue un shock al principio!

Pero luego fue como amor a primera vista, y no pasó mucho tiempo antes de que tuviéramos a la pequeña, una hijita.

Empezó a crecer, y fue una verdadera sorpresa darnos cuenta de que, quizás, ella tenía menos problemas hereditarios que los otros.

Sin embargo, los factores hereditarios siguen ahí.

Lo sabemos, lo vemos y luchamos con eso en nuestros propios corazones.

Nos angustiamos, y a veces decidimos que vamos a erradicar el problema nosotros mismos.

Olvidamos que es Dios quien se encarga de la cizaña.

Es Dios quien maneja la cizaña en el mundo, en la iglesia y en nuestro propio corazón.

A veces intentamos hacerlo por nuestra cuenta.

Pero eso no funciona. Nuestra vida se complica y se confunde.

Olvidamos que Dios tiene el poder. Él tiene la sabiduría.

Tiene el momento perfecto para revelar la verdadera naturaleza de la cizaña, o del problema.

Decimos que Santiago y Juan eran iracundos. No, ese no era el problema.

Decimos que Pedro era impulsivo. No, ese tampoco era el problema.

Esos son solo síntomas del problema. ¿Cuál era el problema?

Es uno muy antiguo llamado autosuficiencia.

Jesús permitió que la cizaña en el corazón de Pedro siguiera su curso, y permitió que cayera.

Llevó tiempo. Pedro había sido convertido, pero aún seguía con esos comportamientos que habrían hecho que

los consultores de la agencia de Jordania lo sacaran del pueblo.

Jesús permitió que el tiempo hiciera su obra en la vida de Pedro hasta que llegara el momento de descubrirse a sí mismo a través de una experiencia de shock.

Se encontró postrado en tierra en el Jardín de Getsemaní, donde Jesús había derramado gotas de sangre por él, y deseaba morir porque había negado a Jesús.

Pero no murió esa noche, aunque Judas sí.

En cambio, su vida fue transformada porque Jesús le permitió descubrir el verdadero problema en su vida.

Y tal vez esté permitiendo que tú y yo descubramos el problema en la nuestra.

¿Estás en shock por haber descubierto el verdadero problema de tu vida?

No lo veas como un enemigo. Puede que sea un amigo.

Ese descubrimiento no es fácil.

No fue fácil para Pedro, que se aferraba al suelo deseando morir porque había negado a su Mejor Amigo.

Pero el poder suave de lo alto nos permite descubrir los verdaderos problemas de nuestro propio corazón.

Y a lo largo del camino, mientras luchamos con los tropiezos y moretones de la vida, y mientras luchamos con la cizaña en nuestro propio corazón, tenemos las promesas de perdón, de misericordia y de paciencia.

Los discípulos tenían la seguridad del perdón antes de abandonar a Jesús esa noche.

Pedro tenía la seguridad del perdón antes de negar a su Señor.

Jesús les dijo que sus nombres estaban escritos en el cielo.

Les dijo en el aposento alto, antes de que lo dejaran y antes de que Pedro maldijera:

“Ya están limpios” (Juan 13:10).

La atmósfera de perdón, amor y paciencia continúa tanto para el trigo como para la cizaña.

Sí, Dios permite que tanto el trigo como la cizaña crezcan juntos hasta el momento de la cosecha.

Lo hace no porque sea demasiado débil para intervenir, sino porque es demasiado sabio para hacerlo prematuramente.

C. S. Lewis lo dijo de manera interesante en su libro Mero cristianismo.

Primero describe cómo Dios parece estar operando una especie de sociedad secreta en un mundo enemigo.

Luego hace estas preguntas:

¿Por qué Dios está aterrizando en este mundo ocupado por el enemigo disfrazado y comenzando una especie de sociedad secreta para socavar al diablo? ¿Por qué no aterriza con fuerza e invade? ¿Es que no es lo suficientemente fuerte? Bueno, los cristianos creemos que sí va a aterrizar con fuerza; no sabemos cuándo. Pero podemos suponer por qué se está demorando. Quiere darnos la oportunidad de unirnos a su bando libremente.

No creo que pensaríamos muy bien de un francés que hubiera esperado hasta que los Aliados estuvieran marchando por Alemania para entonces anunciar que estaba de nuestro lado.

Dios va a invadir. Pero me pregunto si las personas que piden que Dios intervenga directamente y abiertamente en

nuestro mundo realmente se dan cuenta de cómo será cuando lo haga.

Cuando eso suceda, será el fin del mundo.

Cuando el autor entra al escenario, la obra ha terminado.

Dios va a invadir, claro que sí. Pero, ¿de qué sirve decir que estás de su lado en ese momento, cuando ves todo el universo natural desvaneciéndose como un sueño, y algo más—algo que jamás se te había ocurrido imaginar—entra con estrépito; algo tan bello para algunos de nosotros y tan terrible para otros que ninguno de nosotros tendrá ya opción?

Porque esta vez será Dios sin disfraz; algo tan abrumador que provocará o un amor irresistible o un horror irresistible en cada criatura.

Ya no será tiempo de elegir.

No sirve de nada decir que eliges tumbarte cuando ya es imposible mantenerse en pie.

Ese no será el momento de elegir: será el momento en que descubramos de qué lado realmente estábamos, lo supiéramos antes o no.

Ahora, hoy, en este momento, es nuestra oportunidad de elegir el bando correcto.

Dios está reteniendo la intervención para darnos esa oportunidad.

Pero no durará para siempre.

Tenemos que aceptarla o rechazarla.²

Amigo, te invito a que hoy te unas a mí en la decisión de seguir confiando en Aquel que sabe cómo tratar con el trigo y la cizaña en el mundo, en la iglesia y en tu corazón.

Entonces, un día cercano, estarás de pie con el grupo de personas junto al mar como de cristal, y cantarás una canción desde tu corazón que dice algo así:

“Grandes y maravillosas son tus obras,

Señor Dios Todopoderoso.

Justos y verdaderos son tus caminos,

Rey de las naciones.

¿Quién no te temerá, oh Señor,

y glorificará tu nombre?

Porque solo tú eres santo.

Todas las naciones vendrán

y te adorarán,
porque tus juicios han sido manifestados”
(Apocalipsis 15:3–4).

Mientras tanto, ¿no te da alegría saber que Él se queda
con todos nosotros hasta la cosecha?

CAPÍTULO 6: NO PUEDES SER PERDONADO A MENOS QUE PERDONES

Doy una clase llamada La Dinámica de la Vida Cristiana. Un día un estudiante preguntó:

—¿Sería posible reprobando esta clase y aun así ir al cielo?

Otro estudiante invirtió la pregunta y dijo:

—¿Sería posible sacar un diez en esta clase e ir al otro lugar?

Tuve oportunidad de reflexionar sobre estas preguntas un día. Un estudiante que había tomado la clase y había sacado un diez fue a vivir con algunos feligreses míos. No parecía considerar necesario pagar su alquiler. Cuando los miembros de mi iglesia decidieron que ya era hora de que el estudiante buscara otro alojamiento, este tomó varios objetos caros de la casa y se mudó a otro estado.

Cuando escuché la historia, pregunté a las personas qué estaban haciendo para llevar al estudiante ante la justicia. Dijeron:

—Nada. ¿Qué se puede hacer cuando alguien se ha mudado de estado?

Estaba tan molesto con la situación que pensé que tal vez podría escribirle a este estudiante y decirle que, a menos que reparara la situación, cambiaría su calificación de diez a cero. ¡Tal vez eso ayudaría!

Jesús contó una historia sobre el reino que es similar a este episodio:

“Por eso el reino de los cielos se parece a un rey que quiso arreglar cuentas con sus siervos. Al comenzar a hacerlo, se le presentó uno que le debía diez mil talentos. Como no tenía con qué pagar, el señor mandó que él, su esposa, sus hijos y todo lo que tenía fueran vendidos para saldar la deuda.

El siervo se postró ante él. ‘Ten paciencia conmigo’, le rogó, ‘¡y te lo pagaré todo!’

El señor se compadeció de su siervo, le perdonó la deuda y lo dejó en libertad.

Pero al salir, aquel siervo se encontró con uno de sus compañeros que le debía cien denarios. Lo agarró y comenzó a ahogarlo. ‘¡Págame lo que me debes!’, le exigió.

Su compañero se postró ante él. 'Ten paciencia conmigo', le rogó, '¡y te lo pagaré!'

Pero él se negó. Más bien, fue y lo hizo encarcelar hasta que pagara la deuda.

Cuando los demás siervos vieron lo ocurrido, se entristecieron mucho y fueron a contarle a su señor todo lo que había sucedido.

Entonces el señor mandó llamar al siervo. '¡Siervo malvado!', le increpó. 'Te perdoné toda aquella deuda porque me lo suplicaste. ¿No debías tú también haberte compadecido de tu compañero, así como yo me compadecí de ti?'

Y enojado, su señor lo entregó a los carceleros para que lo torturaran hasta que pagara todo lo que debía.

Así también mi Padre celestial los tratará a ustedes, a menos que cada uno perdone de corazón a su hermano" (Mateo 18:23-35).

¿ES CONFIABLE ESTE REY?

¿Estarías dispuesto a confiar en este rey? ¿Crees que es un buen rey? Puede que digas:

—Depende de quién soy yo en la historia.

Está bien. ¿Quién eres tú en la historia?

Si eres el que fue al rey a contarle sobre el siervo sin compasión, entonces eres una persona de acción, como el rey. Él resolvió el problema de inmediato.

Si eres el hombre que debía los cien denarios, también eres como el rey. Te alegra ver a tu agresor tras las rejas. Piensas que el rey es justo y equitativo.

Pero si eres el que debía los diez mil talentos y pensabas que habías escapado de la prisión, probablemente no estás muy contento con el rey, ¿verdad?

Y luego Jesús dice: "Así hará mi Padre celestial con ustedes". Suena como un Dios bastante severo, con fuego y azufre, ¿no es así? ¿Te gustaría que un rey así te entregara a los verdugos?

Esta es una parábola difícil. El significado no está en la superficie. Pero al intentar comprenderla, retrocedamos dos versículos para ver lo que precede. Pedro y Jesús estaban hablando:

"Pedro se acercó a Jesús y le preguntó:

'Señor, ¿cuántas veces debo perdonar a mi hermano que peca contra mí? ¿Hasta siete veces?'"

¿No te cae bien Pedro? Siempre estaba al frente, ¡abriendo la boca antes de saber qué iba a decir! Pensó que esta vez había tenido una buena idea. Los fariseos limitaban el perdón a tres veces, como un juego de pelota: tres strikes y estás fuera. Pedro duplicó ese número y le sumó uno por si acaso: siete, el número perfecto. Y estaba listo para que Jesús le respondiera:

—¡Qué bendición, Pedro, qué hermoso pensamiento!

Pero en cambio, Jesús le sugirió multiplicar siete por setenta.

Obviamente, estaba recomendando un perdón ilimitado. Entonces Jesús cuenta la historia de un hombre que debía el equivalente a 20 millones de dólares.

Se le perdonó, pero se negó a perdonar a otro hombre que le debía unos 30 dólares. Así que el rey encarcela al deudor perdonado. Y Jesús dice: “Así es mi Padre”.

Parece incongruente, ¿no? Pero examinémoslo más de cerca y tratemos de encontrar la verdad que Jesús quería presentar.

EL DRAMA EN TRES PARTES

Esta historia se desarrolla en tres actos. Veamos cada uno por separado:

Parte I – La Deuda de 20 Millones

Este hombre debía 20 millones de dólares, y Jesús dijo que no tenía con qué pagar. ¡Por supuesto que no! ¿Cuántos de nosotros podríamos pagar tal suma?

Pero el hombre no se daba cuenta de su condición desesperada. Cayó de rodillas ante el rey, suplicando:

—Ten paciencia conmigo, ¡y te lo pagaré todo!

Ahora bien, o era un necio, o intentaba engañar al rey. Finge rendir culto al rey, pero en realidad se adoraba a sí mismo. Creía que, de algún modo, era lo suficientemente grande como para pagar su deuda. Y en esta parábola, que en realidad trata sobre la salvación, el hombre no reconoce ni la magnitud de su deuda ni su incapacidad para saldarla.

¿Estás endeudado? No hablo de la hipoteca, el auto o las facturas. El apóstol Pablo lo expresó así en Romanos 1: “Soy deudor”. Hablaba de la deuda que tenemos con Jesús, una deuda que nunca podremos pagar.

Cuando nos presentamos ante el Rey, ¡qué tontos seríamos si dijéramos: “Ten paciencia y te lo pagaré”! No podemos pagar. Estamos en deuda con Jesús y no tenemos ni un centavo para aportar a nuestra cuenta.

Al hombre en la parábola se le ofrece el perdón. El rey lo perdona. Pero hay algo importante que debemos notar: el perdón es una calle de doble sentido. Para ser perdonados, debemos aceptar el perdón ofrecido. El ofrecimiento no es suficiente.

En la historia legal, ha habido ocasiones en que a una persona se le otorgó un indulto y esta lo rechazó. La primera vez que ocurrió, las autoridades tuvieron que deliberar cómo proceder. Concluyeron que si alguien rechaza un perdón, entonces no ha sido perdonado. ¡Así de simple!

¿Cómo sabemos que el hombre de la parábola no aceptó el perdón? Por su reacción. ¿Cómo reaccionarías si alguien viniera hoy y te dijera: "Todas tus deudas han sido canceladas desde ahora mismo. Ya no debes nada"? ¿Te marcharías sin siquiera dar las gracias? La historia muestra que el hombre ni siquiera hizo eso. Simplemente se fue.

Parte II – La Deuda de 30 Dólares

Lo primero que hizo el deudor perdonado, en lugar de caer a los pies del rey en gratitud, fue salir y atrapar a un compañero que le debía 30 dólares. Lo amenazó, y aunque este compañero le hizo la misma súplica que él había

hecho al rey, su corazón no se enterneció. Lo hizo encarcelar.

¿Por qué hizo esto? Tal vez por simple codicia: aunque se alegraba de que le hubieran perdonado 20 millones, pensó que podría conseguir unos pesos para celebrarlo. Pero hay otra posibilidad: si no había aceptado realmente el perdón del rey, quizá planeaba reunir dinero para saldar la deuda por su cuenta. Tal vez no le gustaba la caridad. Tal vez no quería deberle nada al rey. Tal vez no quería vivir con la sensación de deberle algo a nadie.

¡Le esperaba un invierno largo si planeaba pagar una deuda de 20 millones en cuotas de 30! La proporción de las deudas era de varios cientos de miles a uno.

Pero sea cual fuere su motivo, una cosa es clara:

No trató a su compañero como el rey lo había tratado a él.

Parte III – ¡Ahora Está en la Cárcel!

En muchas escuelas, y quizá en el mundo entero, existe un código de no delatar. Los jóvenes tienen un fuerte código ético: no chismear, no soplar, no “buchonear”, como sea que lo llamen. ¡Y todos esos términos tienen

connotación negativa! Acusar a otro se considera casi un pecado imperdonable.

Pero el código de ética en el tribunal de este rey era distinto. O tal vez hay cosas tan graves que no se pueden callar. Algunos siervos fueron y contaron al rey lo que pasó, y el rey se enojó. Llamó al hombre, lo sentenció a prisión y lo entregó a los verdugos (el diablo y sus ángeles) hasta que pagara su deuda.

Hoy hay personas que no quieren un Dios que se enoje.

Pero este rey se enojó. No quieren un Dios que actúe en juicio. Pero este rey lo hizo. No solo permitió que el hombre sufriera las consecuencias: se aseguró de que las enfrentara. Y dice que estaría en prisión hasta pagar toda su deuda. Eso iba a tomar un buen tiempo, ¿no?

¡Qué historia tan extraña!

CONTRASTE ENTRE LOS DOS REINOS

Algo que podemos aprender es que existen dos reinos: el de los cielos y el de este mundo. Y su funcionamiento es radicalmente distinto.

En el reino de este mundo, obtienes lo que mereces, y mereces lo que obtienes. Todo es por mérito. Poco

sabemos de perdón, regalos y misericordia en este mundo en que vivimos.

Y cuando las personas descubren que el reino de los cielos funciona por gracia, sin mérito, sin crédito, les cuesta comprenderlo.

En el reino de los cielos, somos perdonados libremente, y, a la vez, debemos perdonar libremente. No hay perdón para el que no perdona a otros.

Pero eso plantea una pregunta:

¿Es nuestra disposición a perdonar lo que hace que Dios nos perdone?

En el Padre Nuestro leemos: "Perdona nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores". No dice: "Perdónanos porque perdonamos".

¿Te ayuda eso a entender la historia? ¿O te cuesta la diferencia entre "porque" y "así como"?

Veamos dos posibles interpretaciones. Parece haber dos opciones para explicar cómo alguien que fue perdonado luego se vuelve implacable.

Nunca aceptó el perdón en primer lugar. El perdón requiere dos partes. Si una relación está rota (con otros o

con Dios), ambas partes deben querer reconciliarse. Si no, no hay reconciliación.

¿Has ofrecido perdón alguna vez y te lo han rechazado? Aunque tengas razón, la relación muere.

Jesús, al morir, hizo posible ofrecer perdón a todos, sin importar quiénes somos. Podemos ser perdonados. No importa si debemos 20 millones o 30 dólares. Pero eso no vale nada si no lo aceptamos. Si no aceptamos el perdón del Rey, el juicio y la prisión son inevitables.

No creo que este hombre haya aceptado el perdón del rey. No mostró agradecimiento, parecía querer seguir pagando la deuda, y no entendía lo que era el perdón, como lo demostró con su compañero.

Es posible que haya sido perdonado, pero luego se volvió implacable.

Quizá recibió el perdón, pero después se apartó del amor perdonador de Dios. Se desconectó de Dios y volvió a su antigua condición.

Si bastara con aceptar el perdón una vez para ser perdonador para siempre, no haría falta la advertencia de esta historia (y del Padre Nuestro).

A esto lo llamamos el principio de “mientras tanto”. Mientras estemos conectados a Dios, el pecado no tiene poder sobre nosotros. Pero si nos desconectamos, volvemos a estar como antes.

La religión de Cristo se basa en relación, no comportamiento. Si venimos a Él, perdona todos nuestros pecados. Pero si nos alejamos, todo nuestro buen comportamiento pasado pierde valor (Ezequiel 3:20 lo dice).

La verdad es simple:

Si estamos en Cristo, seremos perdonadores.

Si no, no lo seremos.

El espíritu implacable no es la causa, sino el resultado de habernos apartado de Dios.

Esto está implícito en el pasaje:

No basta con actuar como si perdonamos. ¿Qué dice el texto?

“Esto hará mi Padre con ustedes, a menos que perdonen de corazón a su hermano”.

La única manera de perdonar de corazón es si nuestro corazón ha sido quebrantado y transformado por el

Espíritu de Dios. No es algo que podamos producir. No es algo que le ofrecemos a Dios, sino algo que Él nos ofrece a nosotros.

Y lo tenemos, mientras lo aceptemos.

¿Todavía te incomoda el rey airado?

Recuerda: no dice con quién estaba enojado, solo que estaba enojado, presumiblemente con el siervo sin compasión.

Pero hay otra forma de ver su ira:

Dios siempre ha estado airado contra el pecado. Lo odia, ¿verdad?

Está siempre enojado con el engaño que lleva a sus criaturas a separarse de Él y morir. ¿No quieres que Dios se enoje con eso?

Pero aún puedes ver a un Dios que se ahoga en lágrimas al considerar a quien se ha alejado. Está eternamente comprometido con darnos libertad para elegir. Pero nunca comprenderemos el dolor que siente cada vez que uno de Sus hijos rechaza Su perdón y reconciliación.

No podemos pagar la deuda que le debemos a Dios.

No podemos pagar ni un centavo.

Solo podemos postrarnos y decir:

“Jesús lo pagó todo; todo a Él le debo”.

Y la deuda de amor que tenemos con Él es tan grande como la eternidad misma.

CAPÍTULO 7: LA LUZ QUE CIEGA

¿Alguna vez cerraste los ojos y te preguntaste cómo sería ser ciego? ¿Alguna vez te preguntaste cómo sería haber nacido ciego? Tal vez eso sería más fácil. Y luego, si te dieran la vista, ¿cómo te orientarías si eso ocurriera? Te estarías preguntando de qué se trata todo eso.

Por alguna razón, cuando era niño, tenía miedo de las personas ciegas. He tratado de entender por qué. ¿Hubo alguna experiencia dramática que me programó para temer a los ciegos?

Mi padre solía invitar a Pierce Knox, un músico ciego muy talentoso, para que diera conciertos en sus campañas evangelísticas. Y yo le tenía un miedo terrible a Pierce Knox.

Cuando Jesús estuvo aquí, en ocasiones su corazón se desbordaba, y sanaba incluso sin que se lo pidieran. Vemos esto en la historia de hoy, que en cierto sentido es una parábola de la vida real, una parábola real sobre algo que va más allá de la mera ceguera física. Los verdaderos temas en Juan 9 son dos tipos de personas que pasan por el camino. Un tipo va descendiendo, y el otro va ascendiendo.

Un grupo recibe la vista, mientras que el otro se vuelve ciego, espiritualmente.

Vamos a observar esta historia en su totalidad. Comencemos desde el principio, y nos detendremos aquí y allá para considerar algunos textos clave. Es interesante notar que Juan es el único que registra esta historia. Lo hace por el profundo significado espiritual.

Mientras caminaba, [Jesús] vio a un hombre ciego de nacimiento. Sus discípulos le preguntaron: "Rabí, ¿quién pecó, este o sus padres, para que haya nacido ciego?" [¡Pregunta equivocada!]

"Ni él pecó ni sus padres," respondió Jesús, "sino que esto sucedió para que las obras de Dios se manifestaran en su vida" (Juan 9:1).

A primera vista, parece que estas fueran las primeras personas que nunca pecaron. Pero, la última vez que lo verifiqué, tanto este hombre como sus padres eran pecadores y habían pecado. Jesús no explicó, pero estaba diciendo que la ceguera de este hombre no fue causada por el pecado de alguien, aunque él estaba ciego porque alguien pecó "mucho tiempo atrás", como sabemos.

Necesitamos hacer una pausa aquí, al inicio de la historia, porque esta es una pregunta común. Todavía persiste hoy. Las personas que atraviesan una terrible aflicción o discapacidad o enfermedad a menudo encuentran fácil hacer la misma pregunta: ¿Quién metió la pata? Y sería fácil para nosotros mostrar esta historia y decir que el sufrimiento de las personas nunca resulta de sus pecados. Pero sí, sí lo hace. Jesús no está haciendo una declaración general aquí de que la ley de la cosecha nunca se cumple. Sabemos que si alguien elige fumar, probablemente enfrente la muerte por cáncer de pulmón. Sabemos que esto es el resultado del pecado. ¿Qué pecado? El pecado de no aceptar la declaración bíblica de que nuestros cuerpos son templo del Espíritu Santo (ver 1 Corintios 6:19). Así que sabemos que hay consecuencias por nuestras malas decisiones. Una de las enfermedades más terribles que se propaga hoy en día es, por regla general, resultado de los pecados de las personas. Debemos darnos cuenta de que la historia del ciego es la excepción a la regla. La ley de la cosecha es muy real.

Siempre he admirado al Anciano A. G. Daniels, quien, creo, fue presidente de la Asociación General por tanto tiempo como —si no más— que cualquier otro. Fue convencido por la pluma de la inspiración de que debía

animar a nuestro pueblo a dejar de comer carne. ¿De verdad? ¡Sí! ¿Para ir al cielo? ¡No, no! —sino porque se le había revelado a la mensajera inspirada que el cáncer era causado en gran medida por el consumo de carne.¹ Su propósito al tratar de que nuestro líder mundial abordara este asunto de comer carne, y alentar a las personas a hacer lo mismo, era por su salud, su larga vida y su felicidad, no para que se ganaran el cielo. Pero A. G. Daniels se negó a hacerlo. Finalmente, cuando se estaba muriendo de cáncer, los hermanos se reunieron e intentaron persuadirlo de permitirles hacer una oración especial y ungirlo. Él dijo: “No, no lo haré. Tomé mi propia decisión, y asumiré las consecuencias de mi elección.” ¡Muy interesante! A menudo hay una relación directa entre lo que hacemos y lo que experimentamos como resultado.

Sin embargo, en esta parábola, este hombre nació ciego, y me alegra mucho no tener que unirle a los discípulos en preguntar: “¿Quién metió la pata?” Nunca olvidaré el alivio que sentí al descubrir, después de saber que teníamos un hijo con discapacidad, que esto no era el salario del pecado de alguien. Esto era el resultado de un mundo echado a perder, un mundo de pecado, y la paga del pecado es la segunda muerte, punto. Todos experimentamos las consecuencias de un mundo caído;

como dice el dicho popular, “A cada vida le debe llover algo” —y a algunas más que a otras. Todos experimentamos el resultado de haber nacido en el planeta equivocado. Así que nuestras malas experiencias no siempre son resultado inmediato del pecado de alguien, aunque a veces lo son.

VERDAD PERVERTIDA

El clásico libro sobre la vida de Cristo, *El Deseado de Todas las Gentes*, ofrece una verdadera ayuda sobre este tema. Aquí dice:

“Era creencia común entre los judíos que el pecado se castiga en esta vida. Toda aflicción era considerada como el pago por algún pecado, ya fuera del afligido mismo o de sus padres. Es cierto que todo sufrimiento resulta de la transgresión de la ley de Dios, pero esta verdad se había pervertido. Satanás, autor del pecado y de todos sus resultados, había inducido a los hombres a considerar la enfermedad y la muerte como procedentes de Dios, como castigos arbitrarios infligidos por causa del pecado.

De ahí que aquel sobre quien caía alguna gran aflicción o calamidad tenía además la carga de ser considerado gran pecador.

Así se preparó el terreno para que los judíos rechazaran a Jesús.

El que 'llevó nuestras enfermedades, y cargó nuestros dolores' fue considerado por los judíos como 'herido de Dios, y abatido', y escondieron de él el rostro (Isaías 53:4, 3).

Dios había dado una lección destinada a prevenir esto. La historia de Job había mostrado que el sufrimiento es infligido por Satanás, y que Dios lo permite con propósitos misericordiosos. Pero Israel no comprendió la lección. El mismo error por el cual Dios había reprendido a los amigos de Job fue repetido por los judíos al rechazar a Cristo.²

La creencia de los judíos sobre la relación entre el pecado y el sufrimiento también era sostenida por los discípulos de Cristo. Mientras Jesús corrigió su error, no explicó la causa de la aflicción del hombre, sino que les dijo cuál sería el resultado.

Aquí hay una buena razón para hacer una pausa. Vemos aflicción por todas partes, y sabemos cuál será el resultado un día no muy lejano. Cuando Jesús regrese y cantemos "Cara a cara con Cristo, mi Salvador" de verdad, qué maravilloso tributo será al poder y la bondad de Dios cuando el pecado, el dolor, la enfermedad y la muerte sean

historia. No necesitaremos perder tiempo tratando de averiguar quién metió la pata.

Podremos pasar tiempo significativo regocijándonos cuando todo se haya dado vuelta y haya terminado.

En esencia, Jesús les dijo a sus discípulos: “Ahora verán el poder de Dios manifestarse en la vida de este hombre”. Su corazón y sus sentimientos se desbordaron, y se acercó al ciego sin que éste siquiera se lo pidiera. Las Escrituras nos dicen que Él dijo:

“Mientras sea de día, tenemos que llevar a cabo la obra del que me envió. Viene la noche, cuando nadie puede trabajar. Mientras estoy en el mundo, soy la luz del mundo”.

Luego dice:

“Dicho esto, escupió en el suelo, hizo barro con la saliva y se lo untó en los ojos al ciego” (versículos 4-6).

¿Eh? ¡Eso es algo un poco rudo! Estoy tentado a detenerme un momento en eso. Si hubieras sido el ciego, ¿habrías dicho: “No, gracias. No quiero nada de eso”? He oído gente especular al respecto. De la misma fuente inspirada leemos:

“Era evidente que no había virtud sanadora en el barro, ni en el estanque al que fue enviado el ciego a lavarse, sino que la virtud estaba en Cristo”.³

Así que no estamos hablando de alguna clase de saliva celestial. No hay ningún lugar mágico al que las personas puedan ir para recibir sanidad. Jesús tenía un propósito con lo que hizo que algún día tal vez entendamos mejor.

“‘Ve,’ le dijo, ‘a lavarte en el estanque de Siloé’ (que significa: Enviado). Así que el hombre fue, se lavó y volvió viendo” (Juan 9:7).

Un hombre ciego que nunca había visto ahora puede ver. ¿Qué se siente eso?

“Sus vecinos y los que lo habían visto pedir limosna decían: ‘¿No es este el mismo que se sentaba a mendigar?’ Unos afirmaban que sí era. Otros decían: ‘No, sólo se le parece.’” (versículos 8-9).

Evidentemente, su semblante cambió al poder ver.

“Él mismo insistía: ‘Soy yo.’ ‘¿Cómo se te abrieron los ojos?’, le preguntaron. Él respondió: ‘El hombre llamado Jesús hizo un poco de barro, me lo untó en los ojos y me dijo que fuera a Siloé y me lavara. Así que fui, me lavé y entonces pude ver’” (versículos 9-11).

“El hombre llamado Jesús...” Esta es la primera indicación que tenemos del reconocimiento de Jesús por parte del pobre ciego. “Es un hombre. Hizo tal cosa, y ahora puedo ver.”

“¿Dónde está ese hombre?”, le preguntaron. ‘No lo sé’, respondió él” (versículo 12).

¡Interesante! ¿Alguna vez has tenido a Jesús haciendo algo por ti y sabías que lo hizo, pero luego te desanimaste y sentiste que ni siquiera sabías dónde estaba? Tal vez hayas pasado por momentos en tu vida en los que te has preguntado dónde está Jesús, pero sabes que Él hizo algo especial por ti, sin embargo.

¿VIOLADORES DEL SÁBADO?

En la siguiente parte de la historia, el hombre ciego es llevado ante los fariseos (versículo 13). El día en que Jesús hizo el barro y abrió los ojos del ciego era sábado. Esta es la quinta vez que Jesús comete el “error” de sanar a alguien en sábado. Mala jugada, Señor. Deberías ser más astuto políticamente. Pero Jesús lo hizo a propósito. De hecho, podría haber hecho el escupitajo, la mezcla, el barro, hacer que el ciego caminara hasta Siloé y todo lo demás, precisamente porque era sábado. Quería llamar su atención y mostrarles que, aunque corría el riesgo de ser

acusado de violar el sábado, las personas eran más importantes que las reglas mezquinas que algunos habían inventado.

Cuando el ciego fue llevado ante los fariseos, ellos también le preguntaron cómo había sido sanado:

“Por eso los fariseos le volvieron a preguntar cómo había recibido la vista. ‘Me puso barro sobre los ojos,’ respondió el hombre, ‘me lavé, y ahora veo.’

Algunos de los fariseos decían: ‘Este hombre no viene de parte de Dios, porque no guarda el sábado.’ Pero otros preguntaban: ‘¿Cómo puede un pecador hacer semejantes señales milagrosas?’ Así que estaban divididos.

Finalmente volvieron al ciego: ‘¿Qué tienes que decir tú de él? Fue a ti a quien te abrió los ojos.’

El hombre respondió: ‘Es un profeta’” (versículos 15-17).

Primer discernimiento del ciego: Jesús es un hombre.

Segundo discernimiento: es un profeta. Este hombre empieza a creer. Sería difícil no creer si te pasara algo así.

“Los judíos no creían que aquel hombre había sido ciego y había recibido la vista, hasta que llamaron a sus padres. ‘¿Es este su hijo?’, les preguntaron. ‘¿El que ustedes

dicen que nació ciego? ¿Cómo es que ahora puede ver?" (versículo 19).

Tres preguntas. Los padres respondieron dos:

"‘Sabemos que es nuestro hijo,’ respondieron, ‘y que nació ciego. Pero cómo puede ver ahora, o quién le abrió los ojos, no lo sabemos. Pregúntenselo a él. Ya es mayor de edad y puede hablar por sí mismo.’

Sus padres dijeron esto por miedo a los judíos, porque ya éstos habían acordado que si alguien reconocía que Jesús era el Cristo, sería expulsado de la sinagoga. Por eso dijeron: ‘Ya es mayor de edad; pregúntenselo a él’" (versículos 20-22).

Ahora vemos a este pobre hombre aislado y totalmente abandonado. No sabemos cuántos amigos tenía antes, pero ahora incluso su familia, en cierto sentido, lo abandona. Y lo llaman de nuevo. Se presenta ante los líderes religiosos.

"‘Da gloria a Dios,’ le dijeron. ‘Sabemos que ese hombre es un pecador.’

Él respondió: ‘Si es un pecador o no, no lo sé. Lo único que sé es que yo era ciego y ahora veo’" (versículo 25).

¡Nada mal! Siempre me ha intrigado esa respuesta. ¿Y a ti? “Si quieren una discusión teológica, adelante,” les dice, “pasen un buen rato. Mientras tanto, yo estoy disfrutando. Estoy viendo. Antes era ciego; ahora veo.”

Me recuerda a una vez que enfrentamos una joven poseída por el demonio en Pacific Union College, y el decano me dijo: “¿Puedes hacer algo?”

Yo dije: “Bueno, ¿qué pasa? ¿Es esto drogas? ¿Es enfermedad mental? ¿Sabes algo sobre ella? ¿Sabes distinguir entre enfermedad mental y posesión demoníaca?”

Él dijo: “¿Quieres una discusión teológica?”

Y yo dije: “¡Uff!”

“Entonces le preguntaron: ‘¿Qué te hizo? ¿Cómo te abrió los ojos?’

Él les contestó: ‘Ya se los dije y no me escucharon. ¿Por qué quieren oírlo otra vez? ¿Acaso quieren hacerse sus discípulos también?’” (versículos 26-27).

Tercer discernimiento: este hombre se está convirtiendo en discípulo de Jesús. “¿Ustedes también quieren ser discípulos suyos?”, les pregunta.

Bueno, eso fue lo peor que pudo decirles a esos orgullosos líderes religiosos.

“Entonces lo insultaron y le dijeron: ‘¡Tú eres discípulo de ese hombre! ¡Nosotros somos discípulos de Moisés! Sabemos que a Moisés le habló Dios, pero a este, ni siquiera sabemos de dónde viene’” (versículos 28-29).

Ahora observa la respuesta de este pobre hombre ciego, iletrado, sin educación, que solo podía sentarse al borde del camino a vender lápices o cruzar una intersección con su bastón blanco haciendo: “¡tap, tap, tap!”:

“El hombre respondió: ‘¡Qué cosa tan rara! Ustedes no saben de dónde viene, y sin embargo me abrió los ojos. Sabemos que Dios no escucha a los pecadores, sino que escucha al que lo honra y hace su voluntad. Jamás se ha sabido que alguien haya abierto los ojos a uno que nació ciego. Si este hombre no viniera de parte de Dios, no podría hacer nada’” (versículos 30-33).

Cuarto discernimiento: ahora está reconociendo que Jesús viene de Dios. Eso fue demasiado para los líderes religiosos.

“Ante esto le respondieron: ‘¡Tú naciste lleno de pecado! ¿Y pretendes darnos lecciones?’ Y lo expulsaron” (versículo 34).

NUESTRA FUENTE DE SABIDURÍA

Hay que admitir que la sabiduría que Jesús tenía desde lo alto fue demostrada en la vida de un pobre, ciego e iletrado. Y nosotros tenemos la misma fuente de sabiduría. Cuando seamos llamados a comparecer ante autoridades religiosas, ya sea ahora o en el futuro, podremos dar el mismo tipo de respuestas profundas, porque el Dios que fue responsable de la sanación del ciego también fue responsable de sus palabras. Fue capaz de poner en su lugar a esos líderes religiosos orgullosos porque Dios estaba actuando.

“Jesús se enteró de que lo habían expulsado; y al encontrarlo, le dijo: ‘¿Crees en el Hijo del Hombre?’

‘¿Quién es, Señor?’, preguntó el hombre. ‘Dímelo, para que crea en él.’

‘Pues ya lo has visto,’ le contestó Jesús; ‘es el que está hablando contigo.’

‘¡Creo, Señor!’, declaró el hombre. Y lo adoró” (versículos 35-38, énfasis añadido).

Observa cómo este hombre pasa de la oscuridad a la luz. Mira cómo le llegan las percepciones:

Jesús es un hombre.

Es un profeta.

Soy uno de sus discípulos.

Él viene de Dios.

Él es Dios.

Señor, confío en ti —y lo adora.

Al mismo tiempo, los líderes religiosos iban cayendo en la oscuridad, en la ceguera. Se cruzaron en el camino, yendo en direcciones opuestas. ¡Trágico!

Me pregunto qué vio el ciego cuando vio a Jesús. ¿Vio a un Cristo medieval que parecía más un fantasma? ¿O algo feo, como lo retratan las esculturas medievales? Cuando leemos que Jesús fue “varón de dolores, experimentado en quebranto”, que “no había parecer en él ni hermosura”, ¿significa eso que no era nada atractivo? Sea lo que sea que haya visto el ciego, debe haber sido la Persona más hermosa que jamás haya visto. Y dijo: “Señor, creo”, y lo adoró.

Ahora viene el golpe final:

“Dijo Jesús: ‘Yo he venido a este mundo para juicio, para que los ciegos vean y los que ven se vuelvan ciegos’” (versículo 39).

El mensaje principal de Juan 9 es la diferencia entre la luz y la oscuridad. Algunas personas van hacia la luz; otras entran en oscuridad espiritual.

Una vez me encontré con una idea que me sorprendió: básicamente, era el pensamiento de que todo lo que tenemos que hacer para caer bajo el control de Satanás es rechazar deliberadamente un solo punto de verdad. Eso es todo. Ser convencidos por el Espíritu sobre un punto de verdad y luego rechazarlo deliberadamente nos hace vulnerables al control del enemigo. Si eso no nos lleva de rodillas y nos hace orar las palabras del himno: “Abre mis ojos, oh Cristo”, ¿qué lo haría?

“Algunos fariseos que estaban con él oyeron esto y le preguntaron: ‘¿Acaso también nosotros somos ciegos?’

Jesús les respondió: ‘Si fueran ciegos, no serían culpables de pecado; pero como afirman que ven, su pecado permanece’” (versículos 40-41).

¿Tienes luz por la cual estás agradecido? ¿Tienes luz que has considerado y reflexionado? ¿Qué estás haciendo

con ella? ¿Estás caminando hacia mayor luz y mayor entendimiento, como el pobre ciego? ¿O te estás uniendo a los líderes religiosos, yendo hacia la oscuridad? Es una pregunta que vale la pena hacerse.

Es una cosa terrible hacerle esto a un hombre que ha sido ciego toda su vida—sanarlo. ¿Te imaginas a qué se enfrenta ahora? No tiene educación. Ya no puede sentarse junto a la calle a vender lápices. ¿De qué va a vivir? Su familia lo ha abandonado, básicamente. Está solo.

Tal vez tú también te has sentido solo. Pero Dios tiene un plan para la vida de cada persona, incluida la tuya. El mismo Dios que sanó a este pobre ciego demostró ante los líderes religiosos que estaría con él el resto de sus días. Y podemos tener la seguridad de que el Jesús hacia cuya luz caminamos estará con nosotros todos los días de nuestra vida.

CAPÍTULO 8: JESÚS, EL BUEN SAMARITANO

Soy un apostador. Oh, no me refiero al tipo que pasa los domingos en el salón de apuestas local. Pero me resulta todo un desafío intentar llegar al próximo pueblo con el indicador de gasolina del auto marcando vacío. ¡Mi familia no aprecia particularmente mi instinto apostador, así que cuando viajan conmigo tienen una manera de controlar esta inclinación! Pero, aunque no lo creas, gracias a esta forma «vegetariana» de apostar he conocido a muchas personas amables. ¡Tal vez incluso se podría considerar una forma de testificar!

Un día estaba descansando al costado de una rampa de salida en una autopista de California. Pasaron las personas en sus Lincoln Continentals, también los que vestían trajes de negocios. Pasaron los de las camionetas elegantes, y también los Winnebagos. Entonces llegó un joven con el cabello largo y barba, conduciendo una camioneta destartalada. Se detuvo, y no solo me llevó a buscar gasolina, sino que también me trajo de regreso y se aseguró de que mi auto estuviera en marcha antes de continuar su camino. He pensado mucho en esa

experiencia desde entonces. Los buenos samaritanos a veces son personas sorprendentes, ¿verdad?

La historia del buen samaritano original es muy, muy antigua, pero vamos a mirarla. Tal vez encontremos algo nuevo. Jesús dio una mini-parábola en Mateo 13:52, sobre cosas nuevas y viejas:

“Él les dijo: Por eso, todo maestro de la ley que ha sido instruido acerca del reino de los cielos es como el dueño de una casa que saca de su tesoro cosas nuevas y cosas viejas.”

Esa es una de las cosas emocionantes acerca del reino de los cielos.

No es posible agotar el suministro de tesoros. Entendemos que incluso durante la eternidad estaremos estudiando cosas nuevas y viejas. Y a veces es ese giro novedoso lo que produce un avance en las personas, que ven verdades que antes no habían notado. Cada nueva revelación del amor del Salvador inclina la balanza para alguna alma, en una dirección o en otra. Así que busquemos lo nuevo y lo viejo en la historia del buen samaritano.

UNA TRAMPA PARA JESÚS

Los líderes judíos estaban decididos a atrapar a Jesús, así que enviaron a uno de sus campeones, un abogado astuto, para intentar hacerlo tropezar. Tenían la esperanza de que, con su mente aguda y argumentativa, pudiera llevar a Jesús a terreno resbaladizo y hacerlo caer. Lo único que no anticiparon fue que este abogado que enviaron para atrapar a Jesús era, en realidad, un sincero buscador de la verdad. Había estado observando a Jesús, y se alegró de tener una excusa para iniciar un contacto personal, por su propio bien.

Así que, este “experto en la ley se levantó para poner a prueba a Jesús. —Maestro —le preguntó—, ¿qué debo hacer para heredar la vida eterna?” (Lucas 10:25).

Esta pregunta era típica de la religión de su tiempo, y aún lo es hoy.

La naturaleza humana no ha cambiado. Incluso la mayoría de los cristianos piensan en la vida cristiana en términos de hacer, más que en términos de conocer.

Una de las verdades que Jesús vino a presentar fue que la vida cristiana y la vida eterna no se basan en lo que hacemos; se basan en a quién conocemos.

Jesús dijo:

“Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado” (Juan 17:3).

La vida cristiana, entonces, no se basa en el comportamiento, sino en la relación.

Uno podría esperar que Jesús fuera directamente a un discurso sobre nuestra relación con Dios. En cambio, le preguntó al abogado:

“¿Qué está escrito en la ley?... ¿Cómo la interpretas tú?”

Parece una respuesta legalista, ¿no?

El abogado respondió con una cita similar:

“Ama al Señor tu Dios con todo tu corazón, con todo tu ser, con todas tus fuerzas y con toda tu mente”, y “Ama a tu prójimo como a ti mismo”.

“Has respondido correctamente —le dijo Jesús—. Haz eso y vivirás” (versículos 27, 28).

Como sabrás, si has estudiado el método de enseñanza de Jesús, Él no acostumbraba dar respuestas simples. Como Maestro por excelencia, sabía que la forma de enseñar es conducir al alumno a un ambiente donde pueda descubrir la verdad por sí mismo. Jesús respondió a la primera pregunta del abogado haciéndole otra

pregunta. Se mantuvo firme. Estaba llevando a este hombre a descubrir la verdad por sí mismo, de una manera nueva, de una manera que recordaría.

El abogado terminó recitando la respuesta como un niño escolar, y aparentemente se sintió avergonzado. Esto no estaba saliendo como había anticipado. Así que trató nuevamente de llevar la conversación a un plano intelectual donde pudiera competir. Formuló otra pregunta:

“Pero él quería justificarse, así que le preguntó a Jesús: —¿Y quién es mi prójimo?” (versículo 29).

Esta pregunta era común en aquellos días. Los judíos no eran precisamente conocidos por ser amigables. De hecho, eran bastante exclusivos. Tenían largas discusiones sobre con quién debían asociarse y a quién debían evitar, y la lista de los que debían evitar siempre era la más larga.

Jesús respondió a la pregunta del abogado contando una historia:

EL BUEN SAMARITANO

“Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó, y cayó en manos de unos ladrones. Le quitaron la ropa, lo golpearon y se fueron, dejándolo medio muerto. Por casualidad, un

sacerdote bajaba por ese mismo camino, pero cuando vio al hombre, se desvió y siguió de largo. Así también llegó un levita; al verlo, se desvió y siguió de largo. Pero un samaritano, que iba de viaje, llegó a donde estaba el hombre; y al verlo, se compadeció de él. Se acercó, le curó las heridas con vino y aceite, y se las vendó. Luego lo montó sobre su propio burro, lo llevó a un alojamiento y lo cuidó. Al día siguiente, sacó dos monedas de plata y se las dio al dueño del alojamiento. ‘Cuídemelo —le dijo—, y lo que gaste usted de más, se lo pagaré cuando yo vuelva.’”

Entonces Jesús le preguntó al abogado:

“¿Cuál de estos tres te parece que fue el prójimo del que cayó en manos de los ladrones?”

“El que tuvo compasión de él” —contestó el experto en la ley. [No quiso usar la palabra “samaritano”.]

“Ve entonces y haz tú lo mismo” —le dijo Jesús. Fin de la historia.

¿Fue realmente el final de la historia? ¿Puedes escuchar una historia como la del buen samaritano y simplemente irte a hacer lo mismo? ¿O estaba Jesús llevando a este abogado de rodillas?

Los buenos samaritanos no se hacen fundando un Club del Buen Samaritano y decidiendo deliberadamente ser compasivos. Son buenos samaritanos porque no pueden evitarlo. Este abogado, que ni siquiera podía pronunciar la palabra «samaritano», solo podría llegar a ser amoroso y compasivo arrodillándose y conociendo a Aquel a quien Jesús representaba.

PONTE EN LA HISTORIA

La mejor forma de personalizar una historia bíblica como esta es ponerte a ti mismo en la historia. Cuando lees sobre el ladrón en la cruz, tú eres el ladrón. Cuando lees sobre el ciego Bartimeo al costado del camino, tú eres el ciego clamando: “¡Jesús, Hijo de David, ten misericordia de mí!”. Así que cuando estudias la historia del buen samaritano, tú eres el buen samaritano...

¡No! ¡Tú no eres! ¡Y yo tampoco! En el peor de los casos, somos los que lo golpearon. En el mejor, somos el que fue golpeado.

Tú eres el hombre que bajaba de Jerusalén a Jericó. Es un trayecto de unos treinta kilómetros. Jerusalén está en una elevación más alta, así que caminas cuesta abajo. Caminas rápido, porque no es un lugar seguro para

quedarse. Hay huecos y cuevas donde ladrones acechan, como bien sabes.

Bajas por un estrecho barranco conocido como el Valle de Sangre, y lo inevitable ocurre. Un grupo de hombres armados te ataca por la espalda. Ni siquiera tienes oportunidad de defenderte.

Te quitan el dinero, el reloj y hasta la ropa. Y luego, como si no fuera suficiente, te golpean y te dejan inconsciente, sangrando.

Pasas mucho tiempo ahí tirado. Finalmente, vuelves en ti. El sol quema. Intentas moverte, pero no puedes levantarte. Gimes, luchas, pero no sirve. Sin embargo, ¡buenas noticias! Ves venir al predicador. Seguro él te ayudará. Pero ni siquiera reduce la velocidad. Pasa por el otro lado del camino y apenas te mira.

No seas demasiado duro con él. Tal vez tenía que predicar en Jericó y llegaba tarde. Quizá incluso planeaba hablar del amor fraternal. Si se quedaba en el Valle de Sangre, podría pasarle lo mismo. Tal vez pensó que era preferible dejarte y seguir su camino. Seguro razonó algo así mientras se alejaba.

Ahora estás con frío. El sol se ha ocultado tras las rocas, y estás a la sombra. Temes que todo haya terminado. Pero buenas noticias: ¡ahí viene el tesorero de la iglesia! Tal vez te ayude, pague tus gastos médicos y te consiga ropa. Sientes esperanza al verlo acercarse.

Intentas hablar, pero solo emites un gemido. Tus labios están resecos. Él te mira y luego mira a su alrededor, buscando ladrones. Luego se apura rumbo a la ciudad.

Claro, lleva el dinero de las ofrendas. No puede arriesgarse. Además, su familia lo espera. Correr el riesgo de ser golpeado no sería lo más sabio como padre.

Debe haberlo pensado bien mientras se alejaba, mirando hacia atrás de vez en cuando.

Todo parece perdido. Intentas moverte, pero estás muy débil. El intento te deja sin aliento. Cae la noche. Sientes que vas a morir. Pero entonces oyes pasos. Fuerzas la vista... y tu corazón se hunde. ¡Es un samaritano! Sabes cómo se llevan judíos y samaritanos. Sabes cómo has tratado tú a los samaritanos. Si los roles estuvieran invertidos, no solo no lo ayudarías: probablemente le escupirías en la cara.

Pero el samaritano se detiene. Te ve. Y te preparas para lo peor. Pero te habla con dulzura: “¿Qué te pasó? ¡Estás herido! Déjame ayudarte”. ¡No lo puedes creer! Te toca con cuidado, sin causarte más dolor.

Empieza a vendar tus heridas, aplicando aceite y vino. Nota que estás helado, y se quita su propio abrigo para abrigarte. Luego te ayuda a subir a su burro y te lleva a una posada, animándote a tener esperanza de recuperación.

Mientras te recuestas en la cama provista por el buen samaritano, no puedes creer tu suerte. Él te cuida toda la noche. Por la mañana, cuando te sientes más fuerte, lo oyes hacer los arreglos para que te quedes el tiempo que necesites... ¡a su cargo!

Piensas en tu familia y amigos. No te van a creer, pero no puedes esperar para contarles las buenas nuevas de lo que te pasó camino a Jericó.

REDESCUBRE LA HISTORIA

Ahora rehagamos la historia, con la parte más emocionante, porque esta es la historia de Jesús.

Hace mucho, el padre de nuestra raza descendió—descendió mucho. Bajó desde un jardín con dos árboles, y su esposa lo acompañó. La raza humana ha ido bajando

desde entonces: en fuerza física, poder mental y valor moral. El ladrón que los despojó de sus vestiduras de luz también había descendido antes, desde los atrios celestiales. Los hirió y los dejó medio muertos.

Las víctimas trataron de coser hojas de higuera para cubrirse, pero no funcionó. Y la humanidad sigue descendiendo.

Entonces vino el Buen Samaritano. ¿Por casualidad? No. Él lo planeó. Vino a propósito. Nos vio y tuvo compasión. Dejó su hermoso hogar para venir a este mundo de problemas.

Sintió nuestras dolencias. Puso su manto sobre nosotros, sacrificando su vida para salvarnos. Vertió aceite y vino sobre nuestras heridas: el aceite del Espíritu Santo y el vino de su propia sangre derramada.

Por sus heridas fuimos sanados.

Y luego nos llevó a la posada. ¿Sabes dónde está? ¡Hay una en tu ciudad! Puede ser un edificio simple o con vitrales y campanario. Pero está allí. Y Él dio instrucciones a los posaderos.

Si aún no te encontraste en la historia, ¡mejor hazlo ahora! Porque Él le dice al posadero:

“Cuida de esta persona, y cuando regrese, te lo pagaré.”

Y ahora tú eres uno de los posaderos.

El Buen Samaritano no solo pasa una vez y desaparece.
¡Él regresará!

Y ha prometido:

“Cuando yo vuelva, te lo pagaré.”

CAPÍTULO 9: LOS HIJOS PRÓDIGOS

Vivió en la casa de su padre durante los años de su crecimiento.

Ahora todo eso parecía muy lejano. Una vez fue un niño confiado que se aferraba de la mano de su padre mientras caminaban juntos para hacer las tareas; miraba a su padre con amor y respeto, y encontraba alegría en su compañía. Pero lentamente, casi imperceptiblemente, había cambiado. Ahora resentía las restricciones de su padre, se irritaba con sus consejos y detestaba sus instrucciones. Pensaba que su padre era severo, exigente, irrazonable. Por un tiempo vivió como un pródigo en casa, pero ahora quería irse. Finalmente, un día ideó un plan.

Fue a su padre y le pidió audazmente su parte de la herencia. Sabía que necesitaría esas bendiciones para poder arreglárselas cómodamente por su cuenta. No era tan tonto como para simplemente huir, pero en esencia le dijo: «Muérete, papá». No quería más relación con su padre, excepto el dinero de su padre para gastar.

Según la parábola, se fue poco después de recibir el dinero:

“Pocos días después, el hijo menor, juntándolo todo, se fue lejos a una provincia apartada; y allí desperdició sus bienes viviendo perdidamente” (Lucas 15:13).

Así que su primer paso de independencia de su padre, ese distanciamiento que tomó incluso estando aún en la casa de su padre, y el segundo paso de dejar la casa paterna para ir a una tierra lejana, no estuvieron muy separados.

Allí, en la tierra lejana, el hijo abandonó todo juicio, toda razón y todo control. No hizo un presupuesto de su dinero. No lo invirtió. Ciertamente no trabajó para ganar más. Simplemente lo gastó sin pensar.

Ocasionalmente alguno de sus amigos le preguntaba por su familia:

—¿Cómo es tu padre?

—Oh, es severo, inflexible, exigente. Muy estricto. Nunca se le puede complacer.

—¿Y tu hermano mayor?

—Es un plomo. Siempre en el campo antes del amanecer. Siempre tratando de complacer al viejo. Hablemos de otra cosa.

Este joven pródigo tenía demasiados amigos—del tipo equivocado.

Y cuando se quedó sin dinero, sus amigos se fueron y las cosas se pusieron difíciles allí en la tierra lejana.

“Y cuando todo lo hubo malgastado, vino una gran hambre en aquella provincia, y comenzó a faltarle” (verso 14).

Fue una experiencia nueva. Tenía hambre por primera vez en su vida. Estaba andrajoso y harapiento. Y los amigos que creía tener ya no lo conocían. Así que hizo lo que los pródigos han hecho durante siglos: comenzó a tratar de salvarse a sí mismo del desastre en el que se había metido. Se puso a trabajar, esperando poder recomponer su vida y satisfacer sus necesidades inmediatas y urgentes.

Poco a poco llegó al fin de sus escasos recursos. El dinero se había acabado. Había empeñado su abrigo hacía tiempo. Había vendido su traje, su chaleco, e incluso su camisa. Finalmente, dice la Escritura, “volviendo en sí”. No solo se dio cuenta de sus necesidades, sino que se dio cuenta de su propia impotencia. Eso fue lo que le sucedió allí, en el chiquero. Y cuando eso ocurrió, su actitud hacia su padre empezó a cambiar.

Comenzó a recordar cómo trataba su padre a sus sirvientes. Su padre era un amo mucho más bondadoso que aquel para el que ahora trabajaba.

Los sirvientes en la casa de su padre tenían comida en abundancia, ropa decente y un lugar donde vivir. Miró a su alrededor en el chiquero con disgusto. "Los sirvientes de mi padre están mejor que esto", se dijo, y un plan empezó a formarse en su mente.

Al volver en sí, también empezó a volverse hacia su padre.

Todavía subestimaba el amor y la aceptación de su padre, pero ya no lo veía como un tirano. Así que preparó un discurso. Volvería a casa y pediría ser aceptado como uno de los sirvientes. ¿Quién sabe? Tal vez su padre incluso le diera un trato especial.

Entonces dejó de intentar arreglar su propia vida. No esperó reunir dinero para ropa nueva ni para un burro para el viaje. Inmediatamente se levantó y se encaminó hacia la casa de su padre. Y maravilla de maravillas, antes incluso de llegar al portón, su padre salió corriendo a su encuentro. Su padre, con el corazón dolido, había estado anhelando su regreso, y cuando lo vio a lo lejos, corrió a recibirlo. El amor tiene vista aguda.

El hijo empezó su cuidadosamente ensayado discurso, pero no tuvo oportunidad de terminarlo. Dijo: “He pecado”, y su padre puso sobre él su propio manto para cubrir su vergüenza. Dijo: “Ya no soy digno”, y su padre puso un anillo en su dedo, reintegrándolo en la familia. Había planeado pedir un lugar como sirviente, pero nunca tuvo la oportunidad, porque su padre puso zapatos en sus pies—los sirvientes no usaban zapatos en esos días. Fue aceptado y restaurado plenamente como hijo de su padre. Y en lugar de las algarrobas que comían los cerdos, ahora se deleitaba con las delicias de la mesa de su padre.

EL SEGUNDO PRÓDIGO

Mientras tanto, el hijo mayor estaba en el campo. Cuando se acercó a la casa, oyó música y danzas. Entonces llamó a uno de los criados y le preguntó qué pasaba.

—Tu hermano ha vuelto —respondió—, y tu padre ha matado el becerro gordo porque lo ha recobrado sano y salvo.

El hermano mayor se enojó y no quiso entrar.

Así que su padre salió y le rogó que lo hiciera. Pero él le contestó:

—¡Mira! Todos estos años he trabajado como un esclavo para ti y jamás desobedecí tus órdenes. Y ni siquiera me has dado un cabrito para gozarme con mis amigos.

Pero cuando viene ese hijo tuyo, que ha malgastado tu hacienda con prostitutas, ¡matas para él el becerro gordo!

—Hijo —le dijo el padre—, tú siempre estás conmigo, y todas mis cosas son tuyas. Pero era necesario hacer fiesta y alegrarse, porque este tu hermano estaba muerto y ha revivido; se había perdido y ha sido hallado (Lucas 15:25-32).

¿Con cuál hijo pródigo te identificas? Este padre no tenía uno, sino dos hijos pródigos, ¿verdad? El segundo pródigo pensaba que lo había hecho bien al guardar los mandamientos, porque dice: “Jamás desobedecí tus órdenes”. Pero su obediencia era solo legal, y como tal no valía nada. Quien intenta guardar los mandamientos de Dios por obligación, simplemente porque se le exige, jamás experimentará el gozo de la obediencia. No está obedeciendo. La obediencia es asunto del corazón, no solo de las acciones externas. El hermano mayor mostró con claridad que era un pródigo en el corazón, aunque

exteriormente seguía en la casa de su padre. Estaba en una tierra lejana por dentro, ¡y ni siquiera había llegado tan lejos como el chiquero!

El hermano mayor era un “buen muchacho”. Pero no es nada divertido ser bueno de la manera en que él lo era. Ese tipo de vida “buena” te provoca úlceras en el estómago y arrugas en la cara, porque la maldad reprimida no es bondad, y nunca lo será. Sentarse sobre un barril de dinamita a punto de explotar es una experiencia terrible—más terrible cuanto más tiempo se permanece allí. Y todo finalmente explotó el día del banquete. Toda la hostilidad que el hermano mayor había contenido salió a la superficie.

Había observado en silencio durante años mientras su padre pasaba tiempo mirando por el camino con binoculares, en lugar de observar el buen trabajo que él estaba haciendo en el campo. Quería que su padre se olvidara de su hermano menor. En su mente, su hermano ya estaba muerto—aun cuando su padre salió de la fiesta para razonar con él, se refirió a su hermano con desprecio como “ese hijo tuyo” en lugar de “mi hermano”.

¿Pero estaba el padre más preocupado por uno de sus hijos pródigos que por el otro? No. Tan pronto como se dio cuenta de la distancia que el hijo mayor había puesto

entre ellos, también salió a su encuentro. No se dio por vencido con el hijo mayor, aunque estuviera siendo irrazonable. El padre amaba a sus dos hijos e hizo todo lo posible para alcanzar a ambos.

En el manto, los zapatos, el anillo y la fiesta, el padre había hecho provisión para el hijo menor. Y también hizo provisión para el hijo mayor. ¿Has sido un pródigo como el hijo menor? Hay perdón y aceptación y el manto de la justicia de Cristo esperándote, y un lugar de comunión en Su mesa.

¿Has sido un pródigo como el hijo mayor? Escucha la voz del padre que dice: "Todo lo mío es tuyo". Su perdón, su aceptación, el manto de su justicia y la comunión con Él en su mesa son también para ti.

¿No te unirás a la fiesta que ha sido provista? No importa con cuál de los hijos pródigos te hayas identificado. Todo lo que el Padre tiene es tuyo, si estás dispuesto a aceptarlo. El Padre ha salido a tu encuentro. Te invita hoy a entrar en Su familia.

CAPÍTULO 10: EL RICO Y LÁZARO

Jesús contó algunas historias extrañas. Recientemente descubrí que ya usé todas las buenas, así que he estado tratando de entender las difíciles. Es emocionante encontrar cosas valiosas en las historias difíciles y descubrir que Jesús realmente no desperdició palabras, ni siquiera en la historia del rico y Lázaro.

A primera vista, uno se pregunta por qué tuvo que soltarnos esta historia. ¡Quiero decir, quién necesita la historia del rico y Lázaro, que hace que las condiciones en la otra vida sean aún más complejas! ¿Acaso Jesús no se dio cuenta de lo confusa que iba a ser esta historia? ¿Qué está diciendo en Lucas 16? Realmente no quería sacar este tema, pero hay algo en esa voz interior que sigue insistiendo: “Adelante, debe haber alguien allá afuera que necesite esto.”

Algunas personas dicen que esta historia es una parábola. La Biblia no dice que lo sea. La mayoría de las parábolas comienzan con las palabras: “Les habló una parábola...” Esta no empieza así. Pero eso en realidad no marca mucha diferencia: casi todos están de acuerdo en que la historia del hijo pródigo es una parábola, y comienza

de la misma manera que esta. Cuando Jesús comenzó la parábola del hijo pródigo, dijo: “Un hombre tenía dos hijos” (Lucas 15:11), y fue directo al relato. Y al comenzar la historia del rico y Lázaro, dijo: “Había un hombre rico...” (Lucas 16:19).

¡Qué forma de comenzar! ¿Te gustaría que eso dijera tu epitafio? “Era rico.” ¡Qué gran mérito! La mayoría de las veces, cuando escribimos un obituario o una lápida, decimos: “Fue bondadoso” o “Fue generosa”, o algo por el estilo. Pero “Era rico”... ese es un obituario bastante triste. Eso es casi todo lo que se podía decir de este hombre, porque, al parecer, eso era todo lo que le importaba en la vida.

La historia dice así:

“Había un hombre rico que se vestía de púrpura y lino fino, y hacía cada día banquete con esplendidez. Había también un mendigo llamado Lázaro, que estaba echado a su puerta, lleno de llagas, y deseando saciarse con las migajas que caían de la mesa del rico; y aun los perros venían y le lamían las llagas.

Aconteció que murió el mendigo, y fue llevado por los ángeles al seno de Abraham; y murió también el rico, y fue

sepultado. Y en el Hades alzó sus ojos, estando en tormentos, y vio de lejos a Abraham, y a Lázaro en su seno.

Entonces él, dando voces, dijo: 'Padre Abraham, ten misericordia de mí, y envía a Lázaro para que moje la punta de su dedo en agua, y refresque mi lengua; porque estoy atormentado en esta llama'.

Pero Abraham le dijo: 'Hijo, acuérdate que recibiste tus bienes en tu vida, y Lázaro también males; pero ahora éste es consolado aquí, y tú atormentado. Además de todo esto, una gran sima está puesta entre nosotros y vosotros, de manera que los que quieran pasar de aquí a vosotros no pueden, ni de allá pasar acá.'

Entonces le dijo: 'Te ruego, pues, padre, que le envíes a la casa de mi padre (porque tengo cinco hermanos), para que les testifique, a fin de que no vengan ellos también a este lugar de tormento.'

Y Abraham le dijo: 'A Moisés y a los profetas tienen; óiganlos.'

Él entonces dijo: 'No, padre Abraham; pero si alguno fuere a ellos de entre los muertos, se arrepentirán.'

Mas Abraham le dijo: 'Si no oyen a Moisés y a los profetas, tampoco se persuadirán aunque alguno se levantara de los muertos.'" (Lucas 16:19-31)

Bueno, ¿cuál es la lección? ¿Cuál es la clave de esta historia, de esta parábola? Aparentemente, Jesús estaba encontrando a los judíos en su propio terreno. Era, como hoy, una idea popular que las personas reciben su recompensa al morir. Los romanos, según algunos estudiosos, tenían una fábula muy parecida a esta historia. Jesús adaptó ese relato, aparentemente bien conocido, para enseñar otras verdades.

¿Cómo sabemos que no estaba enseñando sobre el estado de los muertos o las condiciones en el más allá? Bueno, no se necesita mucho pensamiento para llegar a una conclusión. Si esto no es una parábola—si Jesús estaba describiendo una experiencia real—entonces no cuadra en absoluto, porque esta historia muestra el cielo y el infierno a distancia de gritos. ¿Te gustaría que el cielo y el infierno estuvieran tan cerca que pudieras ver y hablar con los de allá?

Una madre cuyo hijo estuviera en el infierno podría verlo y oírlo en tormento, y él podría suplicarle un poco de agua, pero ella no podría dársela. Eso convertiría el cielo

en infierno para la madre. Así que las personas que piensan no usan esta historia como base para su creencia acerca del más allá. No tiene sentido.

El contexto de las enseñanzas de Jesús aquí revela varias cosas que aparentemente Él quería comunicar. Una es que las riquezas no garantizan la entrada al cielo—una idea que en esos días era impactante. Una segunda es que llega un momento en que una gran sima se fija. Aparentemente, Jesús estaba haciendo una declaración profética respecto a la nación judía, el pueblo escogido. Y una tercera gran lección es que no debemos buscar señales mágicas o espectaculares para que capten nuestra atención. Tenemos a los profetas, y eso basta—si eso no nos conmueve, nada lo hará. Esto fue comprobado entre la gente de su tiempo.

Ahora profundicemos en algunos de estos puntos...

LAS RIQUEZAS NO GARANTIZAN NADA

Primero, las riquezas no garantizan una entrada fácil al cielo. Los apóstoles eran víctimas de esa manera de pensar: que si uno era rico, tenía asegurada la entrada al país celestial. Incluso le preguntaron a Jesús al respecto. Jesús fue tan lejos como para sorprenderlos diciendo que un rico apenas puede entrar en el reino de los cielos. Dijo que es

más fácil que un camello pase por el pequeño portón en la muralla de la ciudad llamado “el ojo de la aguja”. Sorprendidos, los discípulos respondieron: “Entonces, ¿quién podrá ser salvo?” Se sorprendieron porque la idea popular era que si eras rico, estabas bendecido por Dios, y si eras pobre, eras maldecido por Dios. Entonces, si un rico no podía entrar, ¿cómo siquiera un pobre podía pensar en acercarse al cielo?

Jesús intentó corregir eso. Trató de corregirlo con su propia vida. Como recordarán, el apóstol Pablo dijo:

“Porque ya conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que por amor a vosotros se hizo pobre, siendo rico, para que vosotros con su pobreza fueseis enriquecidos”

(2 Corintios 8:9)

Jesús se hizo pobre. ¿Cuán pobre? El más pobre entre los pobres—con apenas un lugar donde recostar Su cabeza, apenas una manta con qué cubrirse al pie del Monte de los Olivos o en el jardín. Los zorros y las aves del cielo estaban mejor que Él.

Jesús vino a dar seguridad a los que luchan y esperan, a los que están en pobreza, porque si los pobres pueden

lograrlo, entonces cualquiera puede lograrlo. Jesús dijo: "Apacienta mis ovejas"; no dijo: "Apacienta mis jirafas." Alguien dijo: "Sí, apacienta las ovejas, porque todo lo que las ovejas puedan alcanzar, también las jirafas lo pueden alcanzar si se agachan lo suficiente." Salvar a los pobres: si puedes salvar a los pobres, entonces el resto puede ser salvo si se humilla lo suficiente.

Jesús también dijo:

"Bienaventurados los pobres en espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos"

(Mateo 5:3)

Él se identificó con los pobres y se hizo hermano de ellos, para dar esperanza a los pobres que pensaban que no tenían ninguna oportunidad. Revistió a los pobres de dignidad y sostuvo su cabeza en alto mientras demostraba que la puerta del cielo está abierta para todo hombre, mujer y niño.

Bueno, cuando leemos sobre el hombre rico, supongo que la mayoría de nosotros diría: "¿Cómo puede eso aplicarse a mí? El dinero habla, y lo último que me dijo fue: '¡Chau!'" Entonces, ¿cómo puede esta parte de la parábola aplicarse a mí? Olvidamos que cada uno de nosotros es

rico en algo, y hay un mendigo acostado a nuestra puerta. Tal vez no seas rico en dinero, pero tal vez seas rico en dones intelectuales. Tal vez seas del tipo de persona que pasa por la escuela y por una profesión casi sin abrir un libro. Y mientras tú estás esquiando durante las vacaciones, tus amigos están dándole a los libros. Ellos son los mendigos echados a tu puerta.

Puede que seas rico porque alguien te ama, y te olvidas de la anciana gruñona de la cuadra, de la que los niños huyen. No sabes nada de su vida ni por qué es así, y tu rechazo la hace aún más gruñona. Ella es la mendiga echada a tu puerta.

Tal vez seas rico en talento, como los que pueden cantar o tocar instrumentos musicales, y yo sería el mendigo echado a tu puerta.

Tal vez seas rico en habilidades sociales, extrovertido y carismático, mientras alguien más solo siente dolor en medio de la multitud.

Esa persona es el mendigo en tu puerta. O tal vez seas bello o bella y no sabes lo que es para otros luchar con su imagen porque no se sienten atractivos. Ellos son los mendigos en tu puerta. Cada uno de nosotros es rico en algo.

Y en algún momento de la vida, la mayoría de nosotros también ha experimentado lo que es ser el mendigo a la puerta. Los golpes y moretones de la vida nos han dejado frágiles, golpeados y abatidos. Hemos experimentado el fracaso y nos hemos preguntado si hay alguna esperanza. Hemos deseado algunas migajas que caigan de la mesa de los capaces. Así que, en algún punto de la historia, puedes encontrarte.

Jesús trataba de dejar en claro que el hecho de que seas rico y bendecido no significa que estarás en el cielo, y que si eres pobre no significa que no lo estarás. También es cierto a la inversa: que el hecho de ser rico no significa que irás al infierno, ni el ser pobre significa que irás al cielo.

La verdad es que el nombre Lázaro significa "Dios ha ayudado." Lázaro, al parecer, tenía algo de respeto y confianza en Dios. Por otro lado, el rico no necesitaba a Dios. Podía depender de sí mismo y de sus riquezas. La autosuficiencia era su problema, que también era el problema de los religiosos de su tiempo.

No digamos que el hombre rico era totalmente insensible. Seamos honestos: permitió que el mendigo estuviera en su puerta. No mandó a que lo sacaran de allí. No pidió al departamento de asistencia social que lo

llevaran lejos. De hecho, puede que incluso haya estado involucrado en actividades sociales y movimientos por la mejora del mundo. Tal vez hasta era presidente del comité de beneficencia, aunque probablemente mandaba a un empleado en su lugar. Puede que haya dado grandes sumas a la caridad. Pero cada vez que pasaba un cortejo fúnebre, cerraba las persianas porque no soportaba la idea de tener que decir algún día “adiós” a las cosas en las que confiaba.

Vivía con esplendidez. Se vestía con lino fino hasta que llegó el final.

YA NO SON LOS ESCOGIDOS

Supongo que algunos podrían decir: “Me gusta esta historia. Me recuerda a los cuentos de hadas antiguos donde el malo recibe su merecido y el bueno triunfa, donde se saldan las cuentas.” Si nos encontramos regodeándonos en eso, hemos perdido el sentido de la historia y quizás la hayamos distorsionado. La pregunta es: ¿Estoy dispuesto a unirme a Lázaro en esta hermosa descripción: “Dios ha ayudado”? Algo que va grabado en la lápida del pobre. Dios ha ayudado; Él es mi esperanza.

Jesús también estaba diciendo algo sobre el pueblo escogido, la nación escogida. Como sabemos, a Abraham

se le dio la promesa, y la promesa a los fieles descendió por las generaciones. Jesús vino de esa línea. Esta gente fue escogida y bendecida, no hay duda de eso. Sus habilidades, talentos y dones han sido admirados por las naciones por todas partes, incluso hasta el día de hoy. Pero se habían apartado de Dios, y Dios había sido paciente con ellos siglo tras siglo. Oscilaban entre la idolatría y el avivamiento, idolatría y avivamiento, Baal, Dios, Baal... una y otra vez. Esto continuó hasta el tiempo de Jesús.

Entonces vino Jesús—Jesús, que era Dios—y estaban demasiado ocupados banquetizando con esplendidez en su propia autosuficiencia como para notar que Dios estaba entre ellos. Ahora estaban al borde de intercambiar lugares con los gentiles. A medida que el ministerio de Jesús llegaba a su fin, estaba casi llegando el momento en que los ricos se encontrarían en tormento y los pobres mendigos a sus puertas estarían en el seno de Abraham. El apóstol Pablo tenía algo que decir al respecto. Recuerden que Pablo fue un ejemplo clásico de los nobles de esa raza, de esa cultura, de ese grupo de personas. Pero aceptó a Jesús en el camino a Damasco y comenzó a predicar la buena noticia que ha llegado hasta nuestro día: que si somos de Cristo, entonces “somos descendencia de Abraham y herederos según la promesa” (Gálatas 3:29). Si

perteneces a Cristo, entonces eres descendencia de Abraham.

Así que el seno de Abraham y el seno de Cristo son lo mismo en esta historia.

El hombre rico representaba a la nación judía, y Jesús aparentemente estaba enfatizando esto fuertemente, como también lo hizo en otras historias como la de la viña, donde el dueño de la viña envió a sus siervos a recoger el fruto, y fueron apedreados, perseguidos y maltratados. Esa historia concluye con el dueño enviando a su hijo, y los labradores diciendo: "Matemos al hijo."

Jesús contó este tipo de historias una y otra vez al pueblo escogido de Su tiempo para recordarles que estaban sobre hielo delgado, que estaban a punto de cometer el mayor error de sus vidas. Pero no escucharon.

Hoy en día hay muchas personas que se interesan mucho por los tiempos del fin y las profecías del Antiguo Testamento. Se han escrito muchos libros sobre este tema. Y muchos de esos libros dicen que la nación hebrea será muy significativa al final; que todos los eventos del mundo se centrarán en ella. Pero la gran pregunta es: ¿aceptará la nación hebrea a Jesús como Dios? ¿Lo aceptará como su Mesías? Porque la Biblia es clara en que solo los que

aceptan a Jesús estarán en el seno de Abraham. Y lo asombroso es que, aunque toda una nación se apartó de Dios en el pasado, cada individuo de esa nación tiene el mismo privilegio que cada individuo de cualquier parte del mundo, porque Dios no hace acepción de personas. No importa de qué cultura vengas—si aceptas a Jesús, estás en el seno de Abraham. Si eres de Cristo, eres descendencia de Abraham y heredero según la promesa.

¿No es eso una bendición maravillosa y un privilegio? Pablo fue un defensor de esta gran verdad.

¿Va a suceder? Bueno, uno de los problemas es que hay una gran sima establecida, en lo que respecta a las naciones. Esa es parte de la historia. ¿Qué ocurrió? Jesús vino. Hizo todo lo posible por ganar al pueblo que era el escogido como nación. Lo rechazaron. Y un día se paró en el Monte de los Olivos y miró hacia el Gólgota, donde estaría en unas pocas horas. Comenzó a llorar y dijo:

“¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que te son enviados!”

Y luego usó un lenguaje de madre gallina:

“¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina junta sus polluelos debajo de sus alas”—en la tormenta o el peligro, junto a su corazón—“y no quisiste!”

(Mateo 23:37, 38)

Jesús lloró y suplicó, y finalmente tuvo que decir, hablando como Dios: “He aquí vuestra casa os es dejada desierta” (Mateo 23:38).

El pueblo de la nación fue dispersado por todo el mundo, y comenzó el infierno. Los lugares se intercambiaron. Y hoy, el pueblo de esa cultura puede ver a los gentiles llevando el evangelio por todo el mundo, a toda nación, tribu, lengua y pueblo. Hoy aún resuenan las palabras que dijeron en el juicio ante Pilato. Recuerdan cómo Pilato se paró ante el pueblo después de intentar liberar a Jesús.

Tomó una palangana y se lavó las manos diciendo: “Yo soy inocente de la sangre de este justo.” Y ellos dijeron:

“¡Su sangre sea sobre nosotros y sobre nuestros hijos!”

(Mateo 27:24, 25)

¡Qué oración fue esa, y ha sido respondida! Pero aun así, cualquier individuo de cualquier raza y cultura es

bienvenido al seno de Abraham, el seno de Cristo. ¡Qué asombroso es el amor de Dios!

El mendigo pobre en la puerta del hombre rico representaba a los gentiles. Estaba con los perros. Los perros le lamían las llagas, y él esperaba algunas migajas de la mesa del rico.

Aquí está cómo Pablo describe las ventajas de la nación judía:

“De quienes son la adopción, la gloria, los pactos, la promulgación de la ley, el culto y las promesas; de quienes son los patriarcas, y de los cuales, según la carne, vino Cristo, el cual es Dios sobre todas las cosas, bendito por los siglos. Amén.”

(Romanos 9:4, 5)

Pablo describe las ventajas del pueblo escogido con grandes términos. Incluso indica que Jesús vino de esa línea.

Por otro lado, aquí está lo que dice con respecto a los gentiles en comparación—los gentiles representados por Lázaro a la puerta, viviendo entre los perros:

“En aquel tiempo estabais sin Cristo, alejados de la ciudadanía de Israel y ajenos a los pactos de la promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo.”

(Efesios 2:12)

Pero ahora los judíos y los gentiles estaban a punto de intercambiar lugares:

“Pero ahora en Cristo Jesús, vosotros que en otro tiempo estabais lejos, habéis sido hechos cercanos por la sangre de Cristo.”

(Efesios 2:13)

¿JESÚS LLAMÓ “PERROS” A LOS GENTILES?

Jesús usó el término “perros” para referirse a los gentiles.

¿Jesús lo hizo?

Sí. ¿Recuerdas Mateo 15? La mujer de Tiro y Sidón, allá en la región siro-fenicia. Jesús la visitó por una cita divina, porque vino a sanar a su hija. Y puso a prueba a los discípulos, quienes creían que los gentiles eran perros. Lo primero que hizo fue ignorar a la mujer que clamaba por ayuda. Los discípulos pensaron: “Bien, Él está de acuerdo con nosotros. Saquémosla de aquí.” Luego Él dijo: “No he sido enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel.”

Los discípulos pensaron: “Bueno, eso es exactamente lo que nosotros creemos también. Ella nos molesta.” Luego Jesús dijo:

“No está bien tomar el pan de los hijos y echarlo a los perrillos.”

¡A los perros!

Jesús estaba tratando de enseñarles una lección a los discípulos, lo cual se vuelve evidente más adelante en la historia por la forma en que trató a esta pobre mujer después de haber puesto a prueba a los discípulos. Más de una vez Jesús indicó a los discípulos y al pueblo de Su época lo erróneo de su visión sobre los gentiles. El pueblo escogido creía que los gentiles no valían mucho, pero Jesús contó la historia del samaritano que vertió aceite y vino en las heridas del hombre golpeado por ladrones. Fue un samaritano, un “perro”, quien ayudó al pobre con sus heridas. Y en esta historia del rico y Lázaro, también hay algo sobre los perros que vienen a lamer las heridas del pobre.

El otro día estaba rastrillando piedras, que parecen brotar del suelo en Arkansas. (Este es ahora mi nuevo oficio: rastrillador de piedras. Cuando construyes una casa en un prado, arruinas el prado, y terminas teniendo que

pasar el resto de tu vida rastrillando piedras). Bueno, al patio entró una perra rottweiler. Me sudaron las palmas. Recordé a la esposa del editor de Signs of the Times, que fue atacada por pitbulls en Texas. Casi la despedazan. Pensé que los rottweilers eran primos hermanos de los pitbulls.

Había visto a esta perra y a su compañero—enorme—merodeando por mi terreno esa misma mañana. Cuando les gritamos por la ventana que se fueran a casa, solo nos miraron. Así que cuando la vi acercarse, se me tensaron todos los músculos del estómago. Luego cometí el error de rascarle detrás de las orejas, y me adoptó. Se quedó el resto del día. Cuando encendí el cortacésped, lo atacó. Así que lo apagué; no quería que perdiera las patas. Nos hicimos amigos, y me trajo consuelo porque pensé que tal vez hablaría bien de mí ante su compañero. Los perros trajeron consuelo al pobre hombre en la puerta del rico.

JESÚS REIVINDICA EL VALOR HUMANO

Esta historia muestra que Jesús vino a darle valor al alma humana. En los días de Cristo no se valoraba mucho al ser humano. Era como hoy en los barrios marginales y entre la mafia, si se quiere. En los días de Cristo, la

esclavitud estaba por todas partes. Los historiadores dicen que un esclavo no valía ni la pena pensarlo dos veces.

Cuando los esclavos ya no podían trabajar, simplemente dejaban de alimentarlos.

Y cuando ya casi no podían moverse, los dueños los llevaban para que los recolectores de basura se los llevaran al Gehenna local. Jesús vino a un mundo así para mostrar que los esclavos y los pobres valen todo a los ojos del cielo.

Él vino a mostrar que, si tuviéramos una balanza gigante y pusiéramos al mundo—que pesa seis sextillones de toneladas—en un lado, y a un ser humano, el más débil de los débiles, en el otro, el ser humano inclinaría la balanza. Jesús vino a ser hermano de los pobres y a probar cuán alto estima el cielo a cada persona. Eso te incluye a ti y a mí.

Como sabes, en la historia, el hombre rico muere y va al infierno.

El mendigo muere y va al seno del padre Abraham. Esta expresión no es solo un lenguaje anticuado; también es actual.

Decimos: “Somos amigos del alma.” Bueno, esa expresión ya existía en los tiempos bíblicos. Significaba que

el mendigo, Lázaro, estaba cerca del padre Abraham, junto a su corazón. Y el pueblo de esa época daba gran valor a ser hijos de Abraham. El punto es que, en lugar de que el hombre rico terminara allí, fue el pobre mendigo quien terminó allí.

Cuando era niño, tenía un viejo libro llamado *Lecturas Sabáticas para el Círculo Familiar*. Ese libro contenía una historia sobre un hombre rico en París que salía todos los días en su carruaje al campo. Un día, mientras cabalgaba, escuchó que la gente decía que el hombre más rico de París iba a morir. Él creyó en la palabra del profeta que lo dijo. Así que, pensando que podría ser él, comenzó a preocuparse. Hizo venir a un médico para que estuviera a su lado las veinticuatro horas del día. Le tomaban la temperatura y controlaban sus signos vitales, pero no se enfermó. Ni siquiera tosía. Estaba perfectamente bien.

Unos días después, mientras paseaba en su carruaje por el campo, vio un alboroto entre los arbustos. Bajó del carruaje y apartó las ramas. Allí encontró a un campesino pobre orando. El rostro del campesino resplandecía mientras miraba al cielo, agradeciendo a Dios por Sus muchas bendiciones y Su gran bondad. Días después, el hombre rico se enteró de que el hombre más rico de París

había muerto. Para su sorpresa, era el campesino pobre quien había muerto. Él era el hombre más rico de París. Era rico en fe.

APRENDIENDO LA GEOGRAFÍA DEL INFIERNO

Bueno, ¿qué es el infierno? Creo que rastrillar piedras se le parece. Cuanto más profundo rastrillas, más piedras aparecen. Tuve la fantasía de cavar tan profundo que finalmente llegara al infierno. El diablo dijo: "Bienvenido." Y yo le respondí: "Lo siento, ¡ya he estado allí!"

La gente intenta entender la geografía del infierno. Algunos dicen que es un fuego ardiente en el centro de la tierra. Otros que leen la Biblia dicen: "No, es la tierra misma." Y otros dicen que está en otro lugar.

¿Qué es el infierno? Aquí se trata de algo más profundo que un fuego literal. Es un tipo diferente de tormento. El infierno es la puerta cerrada. El infierno es la conciencia de que todo se ha perdido para siempre. El infierno es finalmente entender que no hay una segunda oportunidad.

Olvídate de la reencarnación y de todas las demás maniobras que las religiones del mundo han creado.

Nuestro destino se decide en esta vida. Y esta es una gran enseñanza bíblica.

Alguien dijo: “El infierno es la separación de Dios.” No, los impíos desearían estar separados de Dios. Para ellos, eso sería el cielo. Es más que separación de Dios. Es la sensación de completa nada que llega, aparentemente, en la segunda muerte, en el momento en que los impíos se dan cuenta de que han perdido todo para siempre. Ese es el tormento del infierno.

Helmut Thielicke describió a un hombre rico que estaba en el infierno y desde allí observaba su propio funeral. Durante su vida, muchas veces se había permitido imaginar, en momentos agradables de vanidad, lo espléndido que sería: habría muchas organizaciones benéficas en el cortejo fúnebre. Y seguramente el mejor predicador de la ciudad lo alabaría, mientras los pobres a quienes había ayudado con miles de donaciones sollozarían en sus pañuelos, porque, después de todo, había estado involucrado en muchas reformas sociales.

Pero ahora estaba realmente viendo su funeral. Lo veía, sin embargo, desde el punto de vista del infierno. Y de repente, y misteriosamente, eso alteraba toda la

imagen. Todo era tan opresivamente distinto de como lo había imaginado en su fantasía.

Cierto, era un funeral magnífico, pero ya no le agradaba. Solo le causaba dolor porque era una contradicción escandalosa de su verdadero estado. Oía la pala de tierra caer con estrépito sobre su ataúd y a uno de sus mejores amigos decir: "Vivió la vida por sí misma." Y el rico interrumpía, aunque nadie lo oía: "¡Fracasé en vivir! ¡Estoy en angustia!" Luego caía otra palada de tierra, y otra voz decía: "Amaba a los pobres de la ciudad." Y el rico quería gritar: "¡Oh, si tan solo supieran la verdad! ¡Estoy en angustia!" Luego el ministro—el popular y querido pastor de la alta sociedad—arrojaba la tercera palada de tierra: "Era tan religioso que donó campanas, vitrales y el candelabro de siete brazos. Paz a sus cenizas." Y mientras los terrones de tierra caían sobre su ataúd—¿o era el estruendo del infierno lo que oía?—clamaba: "¡Estoy en angustia! ¡Estoy en angustia!"

Por otro lado, el hombre rico de la historia de Jesús tenía lo que parece ser un toque de amor en las llamas del infierno. Llama a través del abismo al pobre que está en el seno de Abraham y le dice: "Por favor, tengo cinco hermanos. Por favor, que alguien vaya desde los muertos

a ellos. Si alguien regresara de la muerte, tal vez crean y se les ahorre este tormento en el que estoy.” Y Abraham responde: “Tienen a Moisés y a los profetas.” Y el rico dice: “No, pero si alguien viniera de entre los muertos, entonces creerían.” Y Abraham contesta: “No, si no oyen a Moisés y a los profetas, no creerán aunque alguien resucite de los muertos.”

“Cinco hermanos.” Hay comentaristas bíblicos que dicen que aquí se representan los cinco colores de la raza humana. Solíamos cantarlo: “rojo y amarillo, negro y blanco.” Deberían haber agregado el marrón. Rojo, amarillo, negro, blanco y marrón: toda la raza humana. Y el hombre rico, con lo que parece amor, dice: “Sálvalos.”

EL DESAFÍO FINAL

Entonces, llega el desafío final de esta historia para vos y para mí: es posible que estemos banqueteeando espléndidamente cada día con Moisés y los profetas. ¿Lo estás haciendo? No tenemos que estar echados a la puerta del hombre rico. Podemos disfrutar abundantemente de lo que ha sido provisto. Eso también explica por qué Jesús se mostraba reacio a hacer lo espectacular; por qué mantenía un perfil bajo en muchos de sus milagros. Él sabía que lo espectacular no cambia a nadie.

¿Qué estoy esperando antes de comenzar a alimentarme a plenitud de Moisés y los profetas? ¿Estoy esperando fuegos artificiales en el cielo? ¿Estoy esperando algo espectacular, algún truco de magia? Lo irónico es que alguien fue resucitado de los muertos pocos días después de que Jesús contara esta historia. Su nombre era Lázaro, curiosamente. Y no solo no aceptaron la resurrección de Lázaro, sino que quisieron matar a Jesús, el que lo resucitó, y también a Lázaro, por probar que Jesús tenía razón. Si no obtengo mi religión de la Biblia, no la obtendré de ningún otro lugar. Y los fuegos artificiales del tiempo del fin no marcarán ninguna diferencia.

No existe tal cosa como la salvación solo por gracia. Siempre es salvación por gracia mediante la fe. Y la fe se encuentra en la mesa donde Jesús se reúne con nosotros cada mañana. Si cierro mi oído a Su llamado día tras día, con el tiempo se fija una gran sima, y me resulta difícil cruzarla. La nación judía finalmente cometió el pecado imperdonable y dejó de oír la voz del Espíritu Santo.

Hoy te ruego, y ruego a mi propio corazón, que nos unamos al pobre mendigo en la puerta del hombre rico y aceptemos el nombre "Dios ha ayudado" y todo lo que eso conlleva.

Yo quiero eso. ¿Y tú?

CAPÍTULO 11: LA ESCALA SALARIAL CELESTIAL

Esto ocurrió en una escuela patrocinada por la iglesia, ubicada en Brooklyn. Se animaba a los estudiantes a participar en lo que se llamaba «trabajo progresivo por clases», que consistía en completar ciertas listas de actividades y aprender ciertas habilidades para cada nivel de grado. Los que estábamos en primer grado habíamos estado estudiando mucho todo el año para obtener nuestros pañuelos y pines de Busy Bee y Sunbeam. Los estudiantes mayores habían trabajado para convertirse en Friends, Comrades y Master Comrades.

(¡Esto fue antes de que fuéramos sensibles al comunismo ruso!)

Y así llegó la noche de la investidura, cuando íbamos a recibir nuestros premios. Miré la mesa donde el director de jóvenes había dispuesto todos los certificados, pines y pañuelos, y vi que yo iba a recibir un pequeño pañuelo verde por mi esfuerzo. Los estudiantes mayores recibirían pañuelos más grandes con sujetadores de plástico

brillante, pero ¡los de primer grado teníamos que hacer un nudo en nuestros pañuelos para mantenerlos sujetos!

Había estudiado mucho para obtener mi premio y me sentí bastante decepcionado con lo que estaba recibiendo a cambio. Recuerdo que le sonreí desesperadamente al director de jóvenes, con la esperanza de que me notara, sintiera lástima por mí y tal vez me diera uno de esos sujetadores de plástico. Pero no funcionó. Esa noche descubrí una dolorosa verdad: en este mundo trabajas por lo que obtienes, y obtienes lo que trabajas. Y así son las cosas.

Cuando la reunión estaba por terminar, alguien tuvo una idea brillante.

Mi padre y mi tío eran evangelistas, y estaban llevando a cabo reuniones en el centro de la ciudad de Nueva York. Alguien dijo: “Bueno, estos predicadores deben haber aprendido todas estas cosas que saben los Master Comrades. ¿Por qué no los investimos ahora—y también a sus esposas?”

Así que mi padre, mi madre, mi tío y mi tía pasaron al frente y fueron investidos como Master Comrades. ¡Y yo sabía muy bien que ni siquiera habían cumplido los requisitos para Busy Bees o Sunbeams!

No me hizo la menor gracia el honor otorgado a mis padres esa noche. Aún amaba a mis padres, entendiéndanlo, pero no estaba para nada seguro del director de jóvenes. De hecho, me sentí tan afectado por la experiencia que me desinteresé del trabajo progresivo por clases durante al menos veinte años. No me di cuenta sino hasta muchos años después de que Jesús contó una historia muy similar a esa ceremonia de investidura.

“Porque el reino de los cielos es semejante a un propietario que salió por la mañana a contratar obreros para su viña. Convino con los obreros en pagarles un denario por día y los envió a su viña.

Alrededor de la hora tercera [9 a.m.] salió y vio a otros que estaban en la plaza sin hacer nada. Les dijo: ‘Vayan también ustedes a trabajar en mi viña, y les pagaré lo que sea justo’. Así que fueron.”

[Aparentemente confiaron en él, porque no les especificó cuánto les pagaría.]

“Salió de nuevo cerca de la hora sexta y de la hora novena [12 del mediodía y 3 p.m.] e hizo lo mismo. Y como a la hora undécima [5 p.m.] salió y encontró a otros que estaban por ahí parados. Les preguntó: ‘¿Por qué han estado aquí todo el día sin hacer nada?’

Ellos respondieron: 'Porque nadie nos ha contratado'.

Él les dijo: 'Vayan también ustedes a trabajar en mi viña'" (Mateo 20:1-7).

Bueno, una cosa es segura: no vas a ganar mucho si comienzas a trabajar a las cinco de la tarde, una hora antes de terminar la jornada. Pero tal vez al menos pudieran llenar sus bolsillos con algunas uvas para la cena. Así que fueron voluntariamente a la viña.

"Al anochecer, el dueño de la viña dijo a su mayordomo: 'Llama a los obreros y págales su salario, comenzando por los últimos contratados hasta llegar a los primeros'.

Se presentaron los que habían sido contratados a la hora undécima, y cada uno recibió un denario" (versículos 8, 9).

Puede que no nos impresione mucho el «denario», o "centavo" como lo traduce la versión Reina-Valera. La inflación ha hecho que los centavos sean tan inútiles que la mayoría ya ni se molesta en recogerlos del suelo. Pero en los tiempos de Jesús, un centavo era el salario de un día. Así que los obreros contratados a la hora undécima quedaron asombrados.

Los que habían estado todo el día también quedaron asombrados.

Sus esperanzas comenzaron a elevarse, y apenas podían esperar su turno para llegar a la mesa de pagos.

“Al llegar los que fueron contratados primero, pensaban que recibirían más, pero también ellos recibieron un denario.

Al recibirlo, comenzaron a murmurar contra el propietario.

‘Estos últimos trabajaron solo una hora’—decían—, ‘y los has hecho iguales a nosotros, que hemos soportado el peso del trabajo y el calor del día’.

Pero él respondió a uno de ellos: ‘Amigo, no te hago ninguna injusticia. ¿No conviniste conmigo en un denario?

Toma lo que es tuyo y vete. Quiero darle al que fue contratado último lo mismo que a ti. ¿Acaso no tengo derecho a hacer con mi dinero lo que quiero? ¿O tienes envidia porque soy generoso?’

Así, los últimos serán primeros, y los primeros, últimos” (versículos 10-16).

Bueno, esta es ciertamente una historia extraña, ¿no? Entendemos que el dueño de la viña representa a Dios, y eso la hace aún más extraña.

Sí, podemos estar de acuerdo en que Él tiene derecho a hacer lo que quiera con lo que es suyo. Como todo le pertenece, está bien que sea generoso. Pero ¿por qué discriminó a los que habían trabajado tantas horas? Si quería dar sus dones a quienes no los merecían, ¿por qué detenerse con los que trabajaron una hora? ¿Por qué no darle a todos diez denarios o cien? Parece que fue generoso con unos y no con otros. Y eso nos incomoda.

El Denario

El secreto para entender esta parábola se encuentra en lo que representa el denario. ¿Cuáles son los salarios que Dios paga a los obreros?

¿Se les dan ventajas y bendiciones en esta vida?

¿Se les da una mansión de oro, o estrellas en su corona, o un lugar especial en el reino de los cielos por venir? Y si ese fuera el caso, ¿no sería mejor esperar hasta el último minuto antes de unirse al servicio de Dios para así experimentar su generosidad en lugar de sentirse defraudado?

Es bastante obvio que Dios opera con un sistema de valores diferente al nuestro. Pero si eso es así, será mejor que aprovechemos la oportunidad que nos da esta parábola para entender un poco más sobre Su sistema. Si ahora estamos descontentos con Su método de pago, ciertamente lo estaremos también después.

Entonces, ¿cuál es la recompensa? ¿Qué es el denario? ¡Es Jesús mismo!

Él no puede darles más a los obreros de doce horas que a los de una hora, porque no puede dar ni más ni menos que a Sí mismo. ¿Por qué?

Porque al darse a Sí mismo, entrega todas las riquezas del universo.

Cuando entiendes eso, te das cuenta de que, en cierto sentido, los obreros de doce horas recibieron más que los de una hora, porque mientras estos últimos estaban ociosos en la plaza, los primeros disfrutaban del privilegio de un día entero de comunión y compañerismo con el dueño de la viña.

Si piensas que la recompensa es el cielo, o tal vez más estrellas en tu corona o una mansión más grande, te sentirás decepcionado.

Pero cuando entiendes que la recompensa es Jesús, y que el cielo en sí mismo no puede ofrecer nada más, nada más grande, entonces tu recompensa comienza cuando entras en Su servicio.

Por medio de Jesús entramos en Su reposo; así que, para quienes trabajan con Él, el cielo comienza aquí.

Respondemos a la invitación de Jesús: “Venid, aprended de Mí”, y al hacerlo comenzamos la vida eterna. El cielo es un acercamiento incesante a Dios por medio de Cristo. Cuanto más tiempo estemos en el cielo de bienaventuranza, más y más gloria se nos revelará; y cuanto más conozcamos a Dios, más intensa será nuestra felicidad.

En Mateo 19 se nos dice que un día Jesús se encontró con un joven rico, quien vino corriendo tras Él, queriendo saber qué hacer para entrar en la vida. Jesús le dijo: “Guarda los mandamientos”. Estaba tratando de hacerlo salir de su escondite. “Guarda los mandamientos.”

“Ya lo he hecho.”

“¿Y este?”

“Uy. Estoy en problemas.” Y el hombre se fue triste.

Los discípulos, que estaban cerca observando, pensaron: Aquí hay un hombre rico que se rehúsa a seguir a Jesús. Se va triste. Qué pena.

Pero nosotros hemos elegido seguir a Jesús. Por lo tanto, estamos en lo correcto, y él está equivocado.

Pedro, que solía ser el portavoz, habló primero y soltó: "Qué lástima por él, Señor. Se fue. Pero, ¿y nosotros? Nosotros te seguimos. ¿Qué ganamos con eso?"

Pedro estaba operando bajo nuestro sistema de valores, ¿no es así? "¿Qué ganamos?" Creo que, si yo hubiera sido Jesús, habría dicho: "Ustedes discípulos, ¡fuera de mi vista! Denme otros doce y empiezo de nuevo. Después de tres años, todavía no han captado el mensaje."

En cambio, Jesús los encontró donde estaban. "Jesús les dijo: 'Les aseguro que en la renovación de todas las cosas, cuando el Hijo del Hombre se sienta en su trono glorioso, ustedes que me han seguido también se sentarán en doce tronos, para juzgar a las doce tribus de Israel'" (Mateo 19:28).

¡Imagínense cuán emocionados debieron haberse puesto los discípulos al oír esa buena noticia sobre la recompensa por seguir a Jesús!

Pero luego Jesús añadió algo más: “Y todo el que haya dejado casa, hermanos, hermanas, padre, madre, hijos o tierras por mi causa, recibirá cien veces más” (versículo 29). Marcos añade: “...en esta vida presente... y en la venidera, la vida eterna” (Marcos 10:30).

Ya que la recompensa es Jesús mismo, la recompensa comienza aquí y ahora, multiplicada cien veces. Y la recompensa al final del día es simplemente la continuación de una experiencia que ya comenzó.

Las recompensas en el servicio son tan significativas como las recompensas por el servicio.

El compañerismo con Jesús es la mayor recompensa que se puede dar.

Aquellos que no están dispuestos a quedarse ociosos todo el día y que están más interesados en el servicio y el compañerismo con Jesús que en las recompensas que puedan recibir, descubrirán al final que la recompensa será suficiente—más que suficiente.

CAPÍTULO 12: LA ÚLTIMA CONFRONTACIÓN DE JESÚS

El General Custer les dijo a sus hombres:

«Tengo buenas y malas noticias para ustedes».

Ellos preguntaron:

«¿Cuál es la mala noticia?»

Él respondió:

«Estamos rodeados de indios».

«¿Y la buena?»

«No volveremos a Dakota del Sur».

Bueno, a la gente que disfruta contar historias de Dakota del Sur le causa gracia y sigue contándolas. Pero ese día nadie contaba chistes. De hecho, lo único que quedó de la última resistencia de Custer fue un monumento y los recuerdos.

Hoy hay toda clase de monumentos, monumentos vivientes, para Jesús. Eso es porque aunque murió, fue resucitado y regresó al cielo. Y prometió:

«Volveré y los llevaré conmigo para que ustedes estén donde yo esté» (Juan 14:3).

Con eso en mente, echemos un vistazo a Mateo 23, uno de los capítulos más duros de toda la Biblia. (Me pregunto qué harías tú con este capítulo si lo encontraras durante tu devocional).

Queremos captar el espíritu completo de la última confrontación de Jesús:

Jesús dijo a la multitud y a sus discípulos:

«Los maestros de la ley y los fariseos tienen la responsabilidad de interpretar a Moisés. Así que ustedes deben obedecerlos y hacer todo lo que digan. Pero no hagan lo que ellos hacen, porque no practican lo que predicán. Atan cargas pesadas y las ponen sobre los hombros de los demás, pero ellos mismos no están dispuestos a mover ni un dedo para ayudarlos.

Todo lo que hacen es para que la gente los vea: agrandan las filacterias y alargan los flecos de sus mantos. Les gusta ocupar los lugares de honor en los banquetes y los primeros asientos en las sinagogas; les encanta que los saluden en las plazas y que la gente los llame ‘Rabí’»

(Mateo 23:1-7).

Entonces Jesús dio esta instrucción:

«El más grande entre ustedes será su servidor. Porque el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido.

¡Ay de ustedes, maestros de la ley y fariseos, hipócritas! Ustedes cierran el reino de los cielos en la cara de los demás. Ni entran ustedes ni dejan entrar a los que intentan hacerlo.

¡Ay de ustedes, maestros de la ley y fariseos, hipócritas! Recorren mar y tierra para ganar un solo convertido, y cuando lo logran, lo hacen el doble de hijo del infierno que ustedes...

¡Ay de ustedes, maestros de la ley y fariseos, hipócritas! Dan el diezmo de la menta, el eneldo y el comino, pero han descuidado los asuntos más importantes de la ley: la justicia, la misericordia y la fidelidad. Esto debían haber practicado, sin descuidar aquello. ¡Guías ciegos! Cuelan el mosquito pero se tragan el camello.

¡Ay de ustedes, maestros de la ley y fariseos, hipócritas! Limpian por fuera el vaso y el plato, pero por dentro están llenos de robo y desenfreno. ¡Fariseo ciego! Limpia primero por dentro el vaso, y así también quedará limpio por fuera.

¡Ay de ustedes, maestros de la ley y fariseos, hipócritas! Son como sepulcros blanqueados, hermosos por fuera, pero por dentro están llenos de huesos de muertos y de podredumbre. Así también ustedes, por fuera parecen justos ante la gente, pero por dentro están llenos de hipocresía y maldad.

¡Ay de ustedes, maestros de la ley y fariseos, hipócritas! Construyen sepulcros para los profetas y decoran las tumbas de los justos. Y dicen: 'Si hubiéramos vivido en tiempos de nuestros antepasados, no habríamos participado con ellos en derramar la sangre de los profetas'. Con eso dan testimonio de que son descendientes de los que mataron a los profetas. ¡Entonces terminen lo que ellos comenzaron!

¡Serpientes! ¡Camada de víboras! ¿Cómo escaparán del juicio del infierno?»

(versículos 11-33).

Y luego, ¿nos arrodillamos para un tiempo de oración gozosa tras leer nuestro capítulo del día? Suena casi como los sacerdotes de Israel que sacrificaban corderos todo el día y luego tenían culto familiar esa noche.

¿Qué está haciendo Jesús aquí? —“¡Hipócritas!”, “¡guías ciegos!”, “¡necios!”, “¡serpientes e hijos de serpientes!” Si yo leyera esto en voz alta, probablemente escucharías una voz áspera, porque eso es lo único que puedo producir al leer cosas como “serpientes” y “necios”. Pero lo interesante es que Jesús, según entendemos, tenía lágrimas en la voz al pronunciar estas reprensiones. Inténtalo. Te desafío a que mañana en el espejo digas “serpientes e hijos de serpientes” con lágrimas en la voz.

¿Hay algo en este pasaje para nosotros? Lo interesante es que esta historia ocurrió justo antes de la muerte de Jesús, en su última semana en la tierra. Este fue su último momento, justo antes de abandonar el templo para siempre, cuando dijo:

«Su casa les será dejada desierta» (Mateo 23:38).

Esta fue su última confrontación.

Pero no fue derrotado. Se marchó como vencedor, aunque estaba llorando y diciendo:

«¡Jerusalén, Jerusalén...» (Mateo 23:37).

¿Por qué hizo esto Jesús? ¿Perdió la paciencia? ¿Fue simplemente una explosión emocional? ¿O si hubiésemos estado allí, habríamos visto otra dimensión en su lenguaje

corporal, en sus ojos llenos de lágrimas? ¿Y qué podemos aprender de esto hoy?

UN MONTÓN DE ENFERMOS

La verdad es que Él estaba viendo a un montón de «enfermitos». Supongo que así lo diríamos hoy. Esa gente estaba enferma.

Sus líderes estaban enfermos. Tenían una enfermedad conocida como «mera moralidad». Y hoy se nos dice que muchos que se llaman cristianos son meros moralistas, lo cual significa que muchos cristianos no son más que conformistas externos. Hacen todas las cosas correctas, pero por todas las razones equivocadas. Una religión externa, como Jesús lo señaló una y otra vez, no es suficiente. Y la naturaleza del problema se retrata claramente en estos versículos, donde Él dice:

«¡Hipócritas! ¡Ustedes limpian el exterior de la copa...»

Eso no va a funcionar.

«Limpiesen primero el interior de la copa..., y así el exterior quedará limpio también.»

Cuando mi hermano y yo éramos chicos, teníamos una economía doméstica bastante curiosa al lavar los platos. Nos turnábamos: él lavaba y yo secaba, y luego al revés.

Cada vez que le tocaba secar, se deleitaba en encontrar una pequeña manchita en un plato o una taza y la arrojaba de nuevo al fregadero. Pero yo me vengaba la siguiente vez. Descubrimos algo seguro: cuando fregábamos y restregábamos bien el interior de las ollas y sartenes, el exterior quedaba limpio automáticamente.

Y Jesús se basó en esa sencilla ilustración.

¿Podemos ponernos en los zapatos de esa gente? Hace tiempo se le dijo algo muy interesante a nuestra iglesia:

«Las pruebas de los hijos de Israel y su actitud justo antes de la primera venida de Cristo me han sido presentadas una y otra vez para ilustrar la posición del pueblo de Dios en su experiencia antes de la segunda venida de Cristo.»¹

Así que, si queremos saber cómo era la gente en los días de Jesús, todo lo que tenemos que hacer es mirarnos al espejo. ¡Ay!

Aquí hay otra cita impactante, del libro *El Conflicto de los Siglos*:

«Existe una asombrosa semejanza entre la Iglesia de Roma y la Iglesia judía en el tiempo del primer

advenimiento de Cristo. Mientras que los judíos pisoteaban en secreto todos los principios de la ley de Dios, eran rigurosos externamente en la observancia de sus preceptos.»²

En matemáticas aprendemos que dos cosas iguales a una misma cosa son iguales entre sí. Así que si hay una gran semejanza entre Roma y los judíos en el tiempo del primer advenimiento, y también una gran semejanza entre esos judíos y nosotros en el tiempo del fin, entonces hay una gran semejanza entre nosotros y Roma.

¿Y cuál es la raíz del problema?

Es algo que ha plagado al cristianismo por mucho tiempo: confundir el buen comportamiento con el cristianismo.

Ahora bien, sucede que cuando nos enfocamos en el comportamiento—en nuestra vida, nuestra teología, nuestra evangelización o lo que sea—llenamos la iglesia de gente fuerte.

La gente fuerte puede resistir, porque puede conformarse externamente a las reglas, regulaciones y normas de la iglesia, y a lo que se espera de ellos. Pero la

gente débil pronto se va, y se convierten en “apartados” o “descarriados”.

El problema es que la gente fuerte en la iglesia también son candidatos para el fariseísmo, juzgando a todos los que están “por debajo” de ellos en cuanto a su desempeño. Y de eso hablaba Jesús.

Aparentemente era importante para Él quitar las máscaras de los rostros de los líderes religiosos ante la multitud. Aparentemente Él quería ayudar a la gente a entender, justo antes de morir, que esos líderes que se veían bien por fuera estaban podridos por dentro.

Y eso quedó demostrado solo unas horas más tarde, de hecho, cuando llevaron a Jesús a una cruz solitaria en una colina pública.

Así que cuando Jesús los llamó repetidamente hipócritas, necios, ciegos, serpientes, tenía un propósito en mente. No solo estaba desahogándose, como se suele decir.

Las masas estaban siendo guiadas por gente enferma.

Y Jesús, más de una vez, dijo:

“Ustedes necesitan ir al médico”.

«No son los sanos los que necesitan médico, sino los enfermos. Pero vayan y aprendan lo que significa esto...»

(Mateo 9:12, 13).

Ahora, en Apocalipsis 3, se nos dice que la iglesia que existirá poco antes del regreso de Jesús se llama Laodicea, y Laodicea es conocida por ser tibia.

¿Qué es lo «tibio»? Está hecho de calor y frío.

Pero no podemos entenderlo con el lavamanos de la cocina. No significa que estemos calientes a la izquierda y fríos a la derecha.

Ve a Mateo 23 y descubrirás que lo tibio está compuesto de estar caliente por fuera y frío por dentro. Eso es lo que hace tibio a alguien.

Gente que parece estar ardiente por fuera, pero está fría por dentro: hace todas las cosas correctas por todas las razones equivocadas.

Dios usa esa ilustración para explicar por qué está enfermo del estómago. Él dice:

«Por cuanto eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca» (Apocalipsis 3:16).

En otras palabras, Dios está diciendo:

“Lo tibio me da ganas de vomitar”.

Lo tibio no es aceptable para Dios. Nunca lo ha sido, y no lo fue ese día cuando Jesús salió del templo por última vez.

Así que tomó una posición y señaló los síntomas, y diagnosticó la enfermedad de esos enfermos que estaban frente a Él, los que habían llevado al pueblo al punto de rechazar al Mesías.

VEAMOS NUESTRO PROPIO CORAZÓN Y HAGAMOS UN DIAGNÓSTICO

¿Cómo podemos diagnosticar la enfermedad?

Bueno, primero que nada, necesitamos a alguien que no seamos nosotros mismos para hacer el diagnóstico.

Hace años, cuando era pastor en California, decidí que quería hacerle una prueba de tolerancia a la glucosa a un miembro de mi familia, porque había escuchado sobre el azúcar en la sangre y sus efectos. Así que llamé al centro médico y dije:

—“Quisiera pedir una prueba de tolerancia a la glucosa.”

Y me dijeron:

—“¿Quién es su médico?”

Yo respondí:

—“¿Cómo dice?”

—“¿Quién es su médico?”

—“¿Ah, necesito un médico?”

—“Sí.”

Rápidamente me recordaron que yo no podía hacer el diagnóstico por mí mismo, gracias. Pero yo pensaba que era lo suficientemente grande como para hacerlo.

¿Somos lo bastante grandes como para diagnosticarnos a nosotros mismos?

Bueno, Pablo dice:

“Examínense a ustedes mismos...” (2 Corintios 13:5).

Eso fue lo que dijo:

«Examínense a ustedes mismos.»

Y muchas veces lo hacemos. Observamos nuestro comportamiento, cómo fallamos o dónde tuvimos éxito, y comenzamos a evaluarnos en ese sentido: una religión centrada en el comportamiento.

Pero eso no fue lo que dijo Pablo.

Él dijo:

“Examínense para ver si están en la fe.”

Es decir: examínense para ver si están en una relación de confianza con Jesús.

La teología relacional involucra una persona y la experiencia que llamamos fe.

O, en este contexto de enfermedad y salud, examínense para ver si están en contacto con el médico, si están bajo tratamiento, porque están enfermos.

EL GRAN DIAGNOSTICADOR

Todos nacemos con una enfermedad llamada pecado.

Tiene como base el yo, y su gran síntoma es el egoísmo.

Y entonces está el Gran Diagnosticador.

Sus iniciales son E. S. — ¿Lo conocés, verdad? El Espíritu Santo.

Jesús dijo:

“Cuando Él venga, convencerá al mundo de su error en cuanto al pecado, a la justicia y al juicio: en cuanto al pecado...”

¿porque no hicieron las cosas correctas, o porque hicieron cosas malas?

No.

Jesús dijo:

“...convencerá al mundo en cuanto al pecado, porque no creen en mí” (Juan 16:8-10, énfasis añadido).

Jesús lo dijo: porque no confían en Mí.

Teología relacional.

Y esto es lo que Jesús estaba intentando señalar constantemente a los religiosos de su tiempo:

que el tema es conocer a Dios y dejar que Él se haga cargo de tu enfermedad y tus problemas.

Después de leer Mateo capítulo 23, podría emocionarme mucho con la idea de “darles con todo” a los líderes de nuestra iglesia.

Podría pensar en ciertos líderes a quienes me encantaría grabarles este mensaje en el corazón.

Pero, pensándolo bien, cuando señalo con un dedo, tengo varios dedos apuntando hacia mí.

Estoy en peligro de estar en el mismo grupo sin saberlo, porque los laodicensenses no lo saben.

Esa es la tragedia. Los tibios no lo saben.

Veamos algunos de los síntomas de la gente tibia.

Primero, esta clase de personas “no practican lo que predicán” (Mateo 23:3).

Jesús nos dice que hagamos lo que dicen, pero no lo que hacen.

También son una carga para los demás:

“Atan cargas pesadas y las ponen sobre los hombros de los demás” (verso 4).

Quizás hayas visto un fanático.

Un fanático, por supuesto, es cualquiera que sea más celoso que yo.

O un fanático es alguien que ha perdido su propósito pero ha duplicado sus esfuerzos.

Un fanático solo puede hablar de una cosa.

Y los fanáticos imponen su religión a los demás.

Son una carga.

Lo he visto. He acumulado casos.

Y si me miro en el espejo, debo reconocer que tengo el mismo potencial de hacer exactamente lo mismo.

Estas personas hacen sus obras para ser vistos por los hombres.

“Todo lo hacen para que los vea la gente” (verso 5).

Quieren ser notados.

Quieren estar en el centro de atención.

Podían pararse en las esquinas de las calles en aquellos días con las Escrituras envueltas en la cabeza y en las muñecas y orar en público.

Me cuesta imaginar al ciudadano promedio de esa época apoyado en la vidriera diciendo a sus amigos:

—“Miren a esos maravillosos fariseos en la esquina orando. ¿No son increíbles?”

Yo habría dicho:

—“¡Raros! Son unos raritos.”

Pero el pueblo había caído en este patrón de guías ciegos y seguidores ciegos.

De alguna manera, seguían venerando a esos líderes de los que hablaba Jesús ese día.

Jesús también dijo que estas personas impedían a otros entrar al reino.

“Cierran ustedes el reino de los cielos en la cara de los demás” (verso 13).

Esto es realmente trágico, porque el reino al que se refiere aquí no es el reino de gloria.

Como sabés, ellos tenían un gran malentendido.

Esperaban que el reino de gloria llegara cuando Jesús vino por primera vez.

Pero en ese momento Él vino a presentar el reino de gracia.

Hoy vivimos en los días previos al reino de gloria, cuando Él vendrá pronto con todo poder y majestad.

Pero jamás veremos el reino de gloria a menos que experimentemos primero el reino de gracia—lo que significa que nunca entraremos en la patria celestial a menos que primero entremos en una relación con Jesús y dejemos que Él, el Gran Médico, trate nuestra enfermedad y aplique Su remedio.

Es una cosa terrible impedir que otros comprendan el evangelio.

Otro síntoma, muy interesante:

Jesús menciona que estos religiosos externos hacían largas oraciones (ver verso 14).

Bueno, tengamos cuidado con ese.

La próxima vez que escuches a alguien haciendo una oración larga, podrías recordar Mateo 23.

Espero que ellos también lo recuerden.

Aparentemente, estas personas no estaban al día con sus oraciones en privado, así que tenían que ponerse al día en público.

Por eso, cuando un anciano en la iglesia de Charles H. Spurgeon oraba interminablemente, Spurgeon, el gran predicador, se levantó y dijo:

—“Bueno, mientras nuestro hermano termina su oración, vamos a cantar el himno número 356.”

Estos líderes también eran excelentes en crecimiento de iglesia.

Cruzaban tierra y mar para hacer un solo converso.

Y luego, Jesús dijo:

“Cuando logran uno, lo hacen el doble de hijo del infierno que ustedes” (verso 15).

Así que traían gente y los hacían iguales a ellos—lo que significa que si predicás una religión externa, vas a atraer personas fuertes que también serán víctimas de una religión externa.

Y Jesús fue implacable en arrancar esa máscara de estos líderes en su último día en la sinagoga.

En otra ocasión, Jesús dijo:

“Yo, cuando sea levantado de la tierra, atraeré a todos a mí” (Juan 12:32).

Él hablaba como Dios.

Si cualquier otra persona—otro ser humano—hubiera dicho eso, habríamos pensado que algo andaba mal con él.

Pero Jesús es Dios, y Él podía decirlo:

“Yo, si soy levantado... atraeré a todos a mí”.

Estos líderes religiosos tenían todo al revés.

Decían:

“Si logramos atraer a todos hacia nosotros, entonces seremos levantados”.

Y eso todavía puede hacerse hoy.

Podés ser bueno en crecimiento de iglesia, podés publicitar tus éxitos en términos de números y atraer a todos hacia vos.

Pero todo es una farsa.

Jesús se pronunció con fuerza contra esto.

Otro síntoma de estas personas tibias es la inconsistencia (ver versos 16–22).

Y también eran excelentes diezmadores (ver verso 23).

Pagaban el diezmo hasta de las cosas más pequeñas.

De hecho, eran excelentes en la observancia del sábado.

No levantarían siquiera un pañuelo si caía al suelo.

Eran estrictos en la reforma pro-salud.

No comerían un mosquito que cayera en la sopa.

Y eran rigurosos en el culto familiar.

Estaban ansiosos por volver de la cruz a tiempo para el culto vespertino del sábado, como recordarás.

Pero el verso 23 también dice que no tenían misericordia, ni fe, ni justicia.

Básicamente, no tenían amor.

Y nos enfrentamos al peligro de estar en la misma situación.

Así que es bueno que leamos palabras tan duras como estas.

No todo es malo.

¿CUÁL ES EL DESAFÍO?

Entonces, si estoy en peligro de estar tan enfermo como los líderes religiosos y tan enfermo como la gente que los seguía, más vale que descubra dónde está el tratamiento.

Y aquí es donde llegamos a la parte buena.

Jesús dijo que el trabajo debe comenzar desde adentro y luego ir hacia afuera:

“Limpia primero el interior del vaso y del plato, y entonces también el exterior quedará limpio” (verso 26).

Comenzar por fuera y tratar de cambiar el interior siempre ha fracasado y siempre fracasará.

¿Lo descubriste?

Yo lo descubrí.

Mi historial revela mucho tiempo y esfuerzo desperdiciado intentando cambiar desde afuera hacia adentro.

El enfoque moderno de modificar el comportamiento, la psicología del “finge hasta que lo logres” (“fake it till you make it”), no es más que aserrín frente al consejo de Jesús.

Comenzá por el interior, y eso se encargará del exterior.

SE NECESITA CIRUGÍA DE CORAZÓN

Antes de que podamos buscar un remedio, tenemos que admitir que estamos enfermos, admitir que necesitamos un médico (ver Mateo 9:12).

Luego debemos admitir que no podemos hacer nada respecto a nuestra condición (ver Juan 15:5).

No trates de parchear tus propias circunstancias ni tus propios problemas.

No trates de poner curitas sobre un cáncer.

Ve al médico.

David entendía esto.

En el Salmo 51, el gran salmo de arrepentimiento, dijo:

“Contra ti, contra ti solo he pecado”.

Y luego rogó a Dios:

“Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio, y renueva un espíritu recto dentro de mí” (Salmo 51:4, 10).

Lo que él necesitaba, y lo que nosotros necesitamos, es una cirugía de corazón.

Cuando vamos al Gran Médico y Él dice:

“Necesitás cirugía cardíaca. ¡Necesitás un nuevo corazón!”,

eso da miedo.

Hace algunos años era aún más aterrador.

Una vez fui a ver a un hombre en el hospital Stanford que iba a someterse a un trasplante de corazón.

Era un ateo de Inglaterra.

Uno de los médicos de mi iglesia estaba en el equipo médico.

Quería que fuera a visitarlo.

Charlamos un rato.

Le dije:

—“Supongo que entendés el riesgo, ¿no?”

—“Oh, sí.”

El riesgo era alto en aquellos primeros días.

Pero él dijo:

—“He decidido que si tengo que vivir un solo día más como me siento ahora, no me interesa vivir otro día más.

Acepto el riesgo.”

Lo aceptó. Y murió.

Pero fue un privilegio recordarle, justo antes de morir, que Dios también ama a los ateos.

Solo Dios sabía por qué era ateo.

Y Dios no solo mira lo que hacemos, sino también por qué lo hacemos.

La cirugía de corazón requiere que me rinda al cirujano.

Cuando aceptás pasar por el bisturí del cirujano, te estás rindiendo, ¿verdad?

Supongo que por eso siempre me asombran los cirujanos.

Voy al hospital y veo a los doctores entrando y saliendo, y digo:

—“¡Guau! ¡Esto debe ser impresionante!

¡Estar dispuesto a tener la vida de una persona bajo tu cuchillo!”

Pero las personas se rinden a eso.

Y la rendición es la esencia de las enseñanzas de Jesús.

El Gran Médico ha prometido:

“Les daré un corazón nuevo y pondré un espíritu nuevo dentro de ustedes” (Ezequiel 36:26).

¿Va a requerir una transfusión de sangre en el proceso?

Sí, la requerirá.

¿Hay suficiente sangre para todos?

Sí, la hay.

“Hay una fuente llena de sangre, extraída de las venas de Emanuel.”

¿Será necesario algún tipo de limpieza en el proceso?

Sí.

¿Ya fue provisto eso?

La Escritura dice:

“Si andamos en la luz, como él está en la luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesús, su Hijo, nos purifica de todo pecado” (1 Juan 1:7, énfasis añadido).

Y:

“Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonarnos nuestros pecados y limpiarnos de toda maldad” (1 Juan 1:9, énfasis añadido).

¿Podemos confiar en el Gran Médico?

¿Podemos confiar en el Cirujano?

¿Podemos admitir nuestra gran necesidad?

Solía querer ser un misionero médico.

Cuando fui a la universidad, quería ser vaquero, baterista de jazz o misionero médico.

No enseñaban las dos primeras, así que intenté con medicina.

Entonces vino el laboratorio de gatos y el laboratorio de ranas.

Una noche las enfermeras proyectaron una película de una cirugía.

El lugar estaba lleno. Hacía calor. Yo estaba de pie.

Y no estuve de pie por mucho tiempo.

Cuando te sentís mareado y apenas lográs regresar tambaleando al dormitorio, te decís:

“¿Y yo voy a ser médico?”

Así que me curé de eso.

Años después, el Dr. Wareham me invitó a presenciar una cirugía a corazón abierto en el Hospital White Memorial, en el sur de California.

Pensé que probablemente me desmayaría otra vez.

Pero me absorbí tanto en la cirugía que no tuve tiempo para desmayarme.

Observé mientras el equipo hacía su trabajo.

Abrieron al paciente—un joven de dieciocho años—y lo conectaron a la máquina corazón-pulmón.

Luego abrieron su corazón.

Y allí estaba la válvula que había estado restringida desde su nacimiento.

El Dr. Wareham simplemente se quedó allí mientras hacían todo eso.

Luego fue su turno.

Tomó el bisturí y comenzó a trabajar al ritmo del latido del corazón, como un mecánico ajustando las válvulas de un Chevy.

Entonces simplemente lo tocó, y se abrió un poco.

Lo tocó otra vez, y se abrió un poco más.

Lo tocó por tercera vez, y había terminado.

Dejó el bisturí. Ya había acabado.

Y todos estaban contentos de que él lo hubiera hecho.

¡Impresionante!

Me fascinó tanto la cirugía que me quedé el resto del día.

Vi una craneotomía.

Vi una mastectomía.

Vi a alguien más lleno de cáncer; todo lo que podían hacer era volver a coserlo.

Al día siguiente, fui a visitar al joven de dieciocho años.

Ahora tenía el rostro rojo y saludable.

Le dije que había visto partes de él que él mismo nunca había visto.

Y conversamos.

Impresionante — entrar al hospital y quedar bajo el bisturí del cirujano.

Estoy feliz de que Jesús sepa lo que hace, ¿y tú?

¿Puedo confiar en Él?

¿Me rendiré a sus manos expertas?

¿Y tú?

Ah, ¿y qué pasa con el costo?

Hoy en día me enferma el solo hecho de preocuparme por enfermarme.

¿Quién va a pagar por eso? ¿El seguro?

Ni siquiera puedo pagar el seguro.

Hace que uno quiera mudarse a Canadá o Inglaterra.

Pero cuando se trata del Gran Médico, ¿cuál es el costo?

Tengo noticias para ti. Buenas noticias. No cuesta nada.

Y tengo malas noticias para ti. Cuesta todo.

No cuesta nada en términos de dinero.

Pero cuesta todo en términos de rendición, al decir:

“Dios, te necesito.

No quiero ser como esos sepulcros blanqueados en los días de Jesús.

No quiero ser como los seguidores ciegos que seguían a líderes ciegos.

No quiero oír aquellas palabras que Jesús clamó en su última confrontación—las palabras que dijo justo antes de marcharse:

‘¡Jerusalén, Jerusalén... tu casa os es dejada desierta!’”

Sí, no cuesta nada. Pero cuesta todo.

También tengo más buenas noticias para ti: el pronóstico es asombroso.

El pronóstico es que, con el tratamiento, no solo sanaré, sino que seré más que sano.

Seré más que vencedor por medio de Jesús, que me ama.

Y hay una noticia más interesante:

No hay alta médica con este Doctor.

Tengo que mantenerme en contacto con Él el resto de mis días.

Y no hay alta del hospital.

Tengo que quedarme en el hospital el resto de mis días, yendo de paciente en paciente, contándoles las buenas noticias del Gran Cirujano, el Gran Médico.

Esta iglesia es el hospital.

En los días del buen samaritano se le llamaba la posada.

¿Recordás?

El samaritano llevó al hombre herido a la posada y dijo: "Cuídalo."

Se lo dijo al posadero.

Ahora tú eres el posadero.

"Cuídalo —dijo—, y cuando yo regrese" —aquí está la segunda venida de Cristo—

"cuando yo regrese, te reembolsaré cualquier gasto adicional que hayas tenido" (Lucas 10:35).

Esta es la clínica para pecadores, vecino.

Y nos quedamos en el hospital, y nos quedamos con el Médico.

Pero sin eso—sin el tratamiento, sin permanecer con el Doctor, sin permanecer en el hospital—el caso es irremediable.

Es terminal.

Se llama la segunda muerte.

Qué privilegio tan maravilloso hemos tenido, al mirar un capítulo fuerte, la última confrontación de Jesús, y de alguna manera presenciar—entre las lágrimas que lo ahogaban mientras pronunciaba su reprensión—su amistosa invitación a venir y encontrar ayuda.

¿No vendrás tú también?

¿No lo aceptarás en tu corazón y en tu vida?

¿No aceptarás su transformación, su sanidad, el bienestar que Él quiere darte, y la invitación a quedarte con Él, a permanecer en el hospital hasta que lo veamos cara a cara?

CAPÍTULO 13: LAS DIEZ DONCELLAS

¿Has oído hablar del anciano rico que vivía en la mansión en la colina? Tenía diez hijos, pero ninguno de ellos tenía tiempo para su padre. Ya no se acercaban; ni siquiera se presentaron al funeral de su madre. Estaban demasiado ocupados con sus propios asuntos.

Entonces el anciano rico tuvo un ataque al corazón. Estaba en el hospital a punto de morir, y todos aparecieron. Se aseguraron de que la cama estuviera en el ángulo correcto. Se aseguraron de que el oxígeno estuviera bien regulado. Se aseguraron de que la almohada estuviera bien esponjada. Le acariciaban la frente. Y mantenían libre de polvo el testamento sobre la mesa de noche.

¡Motivos corruptos! Si tú fueras el anciano y tuvieras suficiente sangre fluyendo por tu cerebro como para pensar, verías a través de eso. ¿Qué harías con esos diez hijos? Tal vez esperarías que al menos la mitad de ellos fueran sabios, aunque la mayoría pareciera necia.

Vamos a tener la oportunidad de examinar nuestros propios motivos y dónde estamos en nuestra relación con

Dios al considerar otra interesante historia que contó Jesús. Se encuentra en Mateo 25:1-13:

“Entonces el reino de los cielos será semejante a diez vírgenes que tomaron sus lámparas y salieron a recibir al esposo. Cinco de ellas eran insensatas y cinco prudentes. Las insensatas, tomando sus lámparas, no llevaron consigo aceite; pero las prudentes tomaron aceite en sus vasijas, juntamente con sus lámparas. Y tardándose el esposo, cabecearon todas y se durmieron.

Y a la medianoche se oyó un clamor: ‘¡Aquí viene el esposo! ¡Salid a recibirle!’

Entonces todas aquellas vírgenes se levantaron y arreglaron sus lámparas. Y las insensatas dijeron a las prudentes: ‘Dadnos de vuestro aceite, porque nuestras lámparas se apagan.’

Pero las prudentes respondieron diciendo: ‘Para que no nos falte a nosotras y a vosotras, id más bien a los que venden, y comprad para vosotras mismas.’

Pero mientras ellas iban a comprar, vino el esposo; y las que estaban preparadas entraron con él a las bodas; y se cerró la puerta.

Después vinieron también las otras vírgenes, diciendo: '¡Señor, señor, ábrenos!'

Mas él respondiendo, dijo: 'De cierto os digo, no os conozco.'

Velad, pues, porque no sabéis el día ni la hora en que el Hijo del Hombre ha de venir."

[Frase clave: "No os conozco."]

¿Qué nos está diciendo Jesús? Entendemos que esta parábola no sólo tiene significado para los días en que Él la contó, sino que también tiene una importancia particular para nosotros hoy. Los que estudiamos la historia nos damos cuenta de que estamos en la medianoche de la historia del mundo. Tenemos más tecnología, pero también más temor de lo que vamos a hacer con ella. El mundo está al borde de la aniquilación y la autodestrucción por desastres económicos, naturales y amenazas nucleares, y un día de estos, los ángeles que detienen los vientos y tienen sus pies firmes sobre la Falla de San Andrés van a soltar, y se desatará todo el infierno. Entonces descubriremos si fuimos sabios o insensatos. Entonces vendrá la gran revelación. Veremos si reaccionamos con pánico o con devoción, si corremos con fosas nasales dilatadas o si podemos relajarnos e incluso dormir.

Bueno, ¿cómo podemos entender la diferencia entre los sabios y los insensatos para saber dónde estamos? Por favor, noten la frase clave de la historia: "No os conozco."

Los sabios conocen a Dios. Los insensatos no conocen a Dios. Los sabios prestan atención a la teología relacional, a la experiencia relacional. Los insensatos escuchan pero no hacen nada al respecto. Están todos en la misma iglesia. Jesús no hablaba del mundo. Las personas que representan las vírgenes están todas en la misma iglesia. Se ven iguales, hasta cierto punto. Pero los sabios no sólo tienen una teoría de la justicia por la fe, también la experimentan. Los insensatos tienen la teoría del evangelio e incluso podrían regocijarse en ella, pero no la experimentan. Están demasiado ocupados con otras cosas.

Cuando Jesús vivió en la tierra, le habló a la mujer samaritana junto al pozo acerca del Espíritu y la verdad. Recuerdan que Él dijo que vendría el día en que los verdaderos adoradores adorarían al Padre en Espíritu y en verdad, no sólo en verdad. La verdad no es suficiente. Algunos de nosotros crecimos con ciertas frases usadas en nuestra subcultura que decían cosas como: "Tenemos la verdad", "Aceptamos la verdad", "Entramos en la verdad". Se convirtió en una frase desgastada y polillada porque

dejaba algo fuera. La pregunta es: ¿cuándo entramos en el Espíritu? La pregunta no es si tenemos la verdad; es si la verdad del evangelio nos tiene a nosotros y si nos ha llevado a una relación vital y personal con Jesús. Eso es lo que experimentan los sabios. Los insensatos sólo tenían una forma de religión y seguían las rutinas, pero estaban demasiado ocupados para pasar tiempo con el Padre—el anciano rico de la colina.

Estamos hablando de un Hombre que es realmente viejo. La última vez que supe, Dios ha vivido desde siempre. Eso es bastante viejo. Eso basta para retorcerme el cerebro. Alguien dijo que Dios creó criaturas con el poder de elección que lo amarían porque se sentía solo. Bueno, ya había estado solo por la eternidad, así que debió tener un cambio de personalidad; de repente se volvió gregario y extrovertido y quiso tener gente a su alrededor. Empecé a pensar en eso y me hice un nudo. No puedo entender todo esto.

Pero Él es viejo y es rico. Posee el ganado en mil colinas y activos mineros extensos. Si tuviera hambre, no te lo diría a ti ni a mí. Tiene mansiones en alguna cima. Pero hay algo que no tiene: gente. Quiere personas que reemplacen a los ángeles que cayeron. Quiere repoblar el cielo. Quiere que

haya gente que responda el día en que venga y transfiera la capital del universo a este mundo.

Él dijo: “‘Ellos serán míos’, dice el Señor Todopoderoso, ‘el día que yo actúe. Serán mi tesoro especial’” (Malaquías 3:17). Serán míos—aquellos que temieron al Señor y hablaron con frecuencia el uno al otro. Pero quiere gente que lo ame y responda por elección, no por pánico. No quiere personas que de repente se despierten a la medianoche y comiencen a golpearse el pecho. Así que Jesús cuenta esta historia.

LO QUE REPRESENTAN LOS SÍMBOLOS

En la historia, las lámparas representan la Palabra de Dios, las vírgenes representan una fe pura, el aceite representa al Espíritu Santo, y la luz que sale del aceite a través de las lámparas representa la luz que brilla a través del pueblo de Dios.

Cuando pensamos en esta historia, a menudo nos enfocamos en el Espíritu Santo. Alguien escribió un libro sobre esta parábola titulado *El Aceite Dorado*, un libro sobre el Espíritu Santo. El interés estaba en obtener el Espíritu. “¡Consigamos el Espíritu!”, dicen. Y hoy en día la gente usa diversas formas para intentar lograrlo.

Así que muchos se enfocan en el Espíritu, pero el Espíritu está incómodo, porque Él dedica Su tiempo a enfocarse en Jesús. El Espíritu nunca está más feliz que cuando nos enfocamos en Jesús. Cuando nos involucramos con Jesús, el Espíritu Santo se regocija. ¿Se supone que debemos conseguir al Espíritu, o se supone que el Espíritu debe conquistarnos a nosotros?

Quiero proponer que ni siquiera hace falta mencionar al Espíritu Santo. Cuando entramos en la experiencia del evangelio y de la salvación por fe, cuando nos involucramos en la teología relacional y la experimentamos, estamos hablando automáticamente del Espíritu Santo, porque Él es quien nos llevó hasta allí. Él es quien hace posible que tú y yo estemos en comunión con Jesús día tras día. El Espíritu Santo está en el centro de todo. Y es posible que una preocupación excesiva por el Espíritu Santo nos lleve por el camino equivocado, como ya les ha pasado a otros.

Por favor, enfoquémonos en Jesús, donde el Espíritu Santo mismo se enfoca. Después de todo, no es con ejército ni con fuerza, sino con el Espíritu Santo que se marca la diferencia—el Espíritu Santo que nos lleva a enfocarnos en Jesús. No es por mi propia fuerza que venzo

mis problemas. No es por mi disciplina o fuerza de voluntad que obedezco. No es por mi poder o habilidad que llego a ser victorioso en el tiempo del fin. Es solamente por el Espíritu, que nos lleva a mirar a Jesús.

Y no es por poder—ni político, ni denominacional, ni de ningún tipo—que podemos intentar terminar la obra del evangelio. Sólo es por el Espíritu Santo.

Otro síntoma que identifica a las doncellas insensatas: tenían la mirada puesta en el reloj, y se cansaron de esperar. Irónicamente, aquí hay un golpe a la propia Adventismo: fueron las doncellas insensatas las que creían que Jesús vendría enseguida. Son las personas insensatas las que dicen: “Él viene mañana. No necesito aceite extra.” Son las insensatas las que no se preparan para una larga demora.

¡Muy interesante!

Quizá tú, como yo, creciste en una subcultura en la que la gente hablaba de que todo iba a suceder “mañana”. Eso se repitió hace poco con el famoso año 2000, y luego con el 11 de septiembre y la guerra en Irak. Pero ya desde “muy atrás”, siglos atrás, la gente hablaba del fin del mundo. Madre Shipton, una especie de profetisa inglesa del siglo XV, escribió en forma poética sobre el fin del mundo.

Describió nuestro mundo con detalle y dijo que Jesús vendría y el mundo terminaría en 1991. Bueno, hasta donde sé, ya hemos pasado esa fecha.

Después vinieron los del jubileo y dijeron que sería para 1994. Ya pasamos esa fecha también. Y ha habido otros “marcadores de tiempos” que nos han seguido entusiasmando. Pero la verdad es que las personas sabias se preparan para una larga espera. Mientras los insensatos tienen la vista puesta en el reloj, los sabios tienen la vista puesta en el Esposo, sin importar cuándo venga. Los insensatos no conocen a Dios; los sabios sí. Los insensatos no tienen tiempo para estudiar el carácter de Cristo ni para tener comunión con el cielo. Los sabios sí.

De repente, mientras todas están dormidas—lo cual es otro enigma—se oye el clamor: “¡Aquí viene el esposo!”

¡Una crisis! Es medianoche. Es la hora más oscura. Se despiertan. Y justo aquí enfrentamos la dolorosa realización de que las crisis no nos cambian. Las crisis nunca cambian a nadie. Sólo revelan lo que ya somos. No importa si la crisis es cáncer, o la muerte, o un terremoto—todo lo que una crisis hace es revelar lo que ya somos.

Cuando la desgracia golpea a un grupo de personas, algunos dicen: “¿Dónde está Dios cuando lo necesitamos?”

¡Algo anda mal con Dios!” Culpando a Dios. Son los insensatos. Pero los sabios dicen: “Jehová dio, y Jehová quitó. Sea el nombre de Jehová bendito.”

Ellos lo descubren cuando llega la crisis. Si después de la crisis hay tiempo para cambiar, la gente puede cambiar, y muchas veces lo hace porque ha tenido tiempo para pensar. Pero no cambian durante la crisis.

De hecho, una crisis suele aumentar el impulso de una persona en la dirección que ya llevaba—como le pasó a Pedro, que huyó y dejó solo a Jesús en el jardín. Cuando finalmente apareció junto al fuego y los que estaban allí lo señalaron, añadió maldiciones al hecho de haber abandonado a Jesús, aumentando el impulso en la dirección que ya llevaba.

En esta historia sobre las vírgenes, Jesús evidentemente está tratando de ayudarnos a pensar seriamente. Está tratando de hacernos ver que mientras aún hay tiempo, mientras la puerta aún está abierta, mientras todavía podemos resolver las cosas, vale la pena descubrir si estamos entre los sabios o los insensatos.

A veces la gente entra en la crisis del amor. ¿Has oído hablar de eso? ¿Te ha pasado?

La gente se enamora y deja de pensar. Vienen a la oficina de la iglesia y dicen: "¿Qué debo hacer? Estoy enamorado de alguien que no es de mi fe, o que no tiene fe, ¡pero es una buena persona! Estoy enamorado." Y yo les digo: "¡Qué lástima! Ya es tarde para pensar, ¿no?"

Ya es demasiado tarde para pensar. Deberías haber pensado antes de enamorarte. Así que es mejor hacer los deberes antes de que llegue la crisis, sea amor o sea el fin del mundo. Y pensar con cuidado. Esto es lo que Jesús está tratando de que hagamos.

Entonces digamos que, de repente, sucede una tragedia y yo soy víctima de la teología de la desesperación:

Cada vez que alguien de mi familia se enferma, tenemos un gran avivamiento; cada vez que alguien de mi familia es atropellado por un auto, los demás se re-bautizan. Una teología de desesperación. Así es como funcionamos.

Ahora el diablo entra en escena, y sabes lo que hace el diablo cuando entramos en pánico y tratamos de unirnos a los sabios en un momento de crisis.

Lo ha hecho antes y lo seguirá haciendo.

Nos golpea en la cabeza con nuestros motivos corruptos. Es un maestro en eso.

Así que el diablo se acerca, nos golpea la conciencia y dice:

“Ja, mira tus motivos podridos. ¿Crees que Dios te va a aceptar ahora? ¿Por qué no miras lo podrido que eres? Todo lo que quieres es el testamento en la mesa de noche. Por eso le acaricias la frente a tu padre.”

Y trata de desanimar a las personas que vienen con motivos corruptos.

Me gustaría recordarte, vecino, que la mayoría de nosotros vinimos a Cristo con motivos corruptos desde el principio. Apenas somos capaces de otra cosa.

Con el enfoque del “cielo que ganar, infierno que evitar”, alguien capta nuestra atención. Pero Dios usará cualquier motivo que pueda para hacernos comenzar. Incluso usará motivos corruptos para impulsarnos desde el trampolín al estanque de Su amor. Lo ha hecho muchas veces.

Así que no permitas que el diablo te golpee con tus malos motivos.

Si venimos a Jesús, Él cambiará nuestros motivos.

Quizás esa sea la única forma en que alguna vez cambiarán.

Otro punto interesante en esta historia es que todas estas doncellas cabecearon y durmieron. ¿Cómo se explica eso?

Parece que las sabias deberían haberse mantenido bien despiertas, con sus lámparas encendidas y listas. Que habría sido insensato dormirse.

Aquí hay una pequeña explicación que algunos hemos llegado a apreciar.

Nunca olvidaré lo que significó para mí descubrir este tema: la comparación entre el pueblo del Éxodo y el pueblo del Advenimiento.

Recuerdan que el pueblo del Éxodo salió de Egipto rumbo a la Tierra Prometida. Se suponía que llegarían mucho antes de lo que lo hicieron. Pero se detuvieron en la frontera durante años debido a la falta de fe de los mayores de veinte años.

Los más jóvenes vagaron por el desierto junto con sus padres incrédulos durante cuarenta años. Dios respondió las oraciones de los mayores que habían dicho: “¡Ojalá hubiéramos muerto en el desierto!”

Los jóvenes vagaron en el desierto por razones que estaban fuera de su control.

La historia de la iglesia cristiana y la historia de nuestra propia subcultura revelan un patrón similar. Se nos ha dicho que nuestros antepasados llegaron a los bordes de la Tierra Prometida hace décadas. Luego, por sus decisiones, regresamos al desierto a vagar.

Historiadores dentro de nuestra propia subcultura han indicado que hemos vagado por el desierto. Luego escuchamos por la radio la voz de uno que clama en el desierto de estos días modernos: "Preparad el camino del Señor."

Pero hemos vagado.

Jesús ha sido exaltado en algunas ocasiones.

Pero hemos vagado.

Y ese vagar fue el resultado de una teología centrada en el comportamiento en lugar de una teología centrada en la relación.

Nos enfocamos en la ley en lugar de enfocarnos en el Señor.

Nos enfocamos en el tiempo del fin en lugar del Esposo.

Nos enfocamos en las señales de los tiempos en lugar de en el reino de los cielos.

Entonces llega un despertar, y los que habían dormido por razones fuera de su control experimentan el cumplimiento del Salmo 126, un salmo muy interesante:

Cuando Jehová hiciere volver la cautividad de Sion, seremos como los que sueñan.

Entonces nuestra boca se llenará de risa, y nuestra lengua de alabanza;

entonces dirán entre las naciones:

“Grandes cosas ha hecho Jehová con estos.”

Grandes cosas ha hecho Jehová con nosotros; estaremos alegres.

Haz volver nuestra cautividad, oh Jehová, como los arroyos del Neguev.

(Salmo 126:1-4)

Llega un momento en que despertamos como de un sueño.

“¡He aquí, el esposo viene!”

Despertamos y decimos:

“¿Por qué nadie nos dijo que Jesús siempre nos acepta tal como somos? No tenemos que cambiar nuestras vidas para venir a Jesús. Venimos tal como somos. Él nos cambia.

¿Por qué nadie nos dijo eso?”

Clamamos:

“¿Por qué nadie nos dijo que el pecado no es lo que normalmente describimos como pecado, sino vivir separados de Dios?

¿Por qué nadie nos dijo que cuando Hebreos 12:4 dice: ‘Porque aún no habéis resistido hasta la sangre combatiendo contra el pecado’, está hablando de nuestra lucha contra vivir separados de Dios?

¿Por qué nadie nos dijo: ‘El que venciere [el pecado de vivir separado de Dios] será vestido de vestiduras blancas’ (Apocalipsis 3:5)?”

“¿Por qué nadie nos dijo que las doncellas sabias son las que conocen a Dios, y que ese es el factor decisivo, y que todo nuestro trabajo y todo nuestro día debería girar en torno a ese punto?

¿Por qué nadie nos dijo que el evangelio es algo viable?

Dios no espera que nunca más pequemos; seguiremos cayendo y fallando.

Pero Dios nos pide que respondamos a Su llamado, que toquemos a la puerta de Su corazón, que tengamos comunión y relación con Él.

¿Por qué nadie nos dijo eso?”

Despertamos como de un sueño.

Según la historia, cuando todos despertaron, todos estaban sorprendidos.

Cuando se escuchó el clamor “¡He aquí, el esposo viene!”, todos estaban sorprendidos.

No importa si pienso que será en 1991 o en 1994 o en 2000; según la historia, cuando finalmente se escuche el clamor, todos estarán sorprendidos: los insensatos y los sabios.

La iglesia podría estar planeando su mayor avance misionero cuando ocurra.

Será una gran sorpresa.

NO HA HABIDO DEMORA

Algunos dicen que el Señor ha retrasado Su venida.

No, no lo ha hecho.

Leí una vez de alguien más inspirado que yo:

“Así como las estrellas en sus trayectorias asignadas en el espacio, los planes de Dios no conocen ni prisa ni demora.”

La última vez que supe, el plan para la venida de Jesús es uno de Sus planes más importantes.

No conocerá demora.

Llegará justo a tiempo.

¿Qué tiempo? No el del reloj, sino el tiempo en que el mundo llegue al punto de autodestrucción.

Ahí es cuando ocurrirá.

El Dios de amor, que no cerrará la historia de la tierra antes de eso porque quiere darte a ti y a mí una oportunidad más, finalmente dirá:

“Bueno, supongo que ya no tiene sentido esperar más.”

En ese punto de la historia, todos despiertan.

Los insensatos dicen: “Danos de vuestro aceite.”

Los sabios responden: “No.”

¿Egoístas?

Parece que si los sabios fueran cristianos, deberían decir: "Tómalo todo. Puedes tener el aceite."

Pero no pueden compartir su aceite.

¿Por qué?

Porque el aceite no es transferible.

La vida cristiana no es transferible.

De eso estamos hablando aquí.

Nadie puede tener una vida cristiana por otra persona.

Dios no tiene nietos—sólo hijos e hijas.

No puedo ir al cielo obteniendo aceite de mi padre o mi madre o mi pastor o mi vecino o mi maestro.

Todo es uno a uno con Dios.

Esto es esencial en la historia.

No comparten su aceite porque no se puede dar aceite a otro.

Un día, según Amós, la gente irá de mar a mar y de costa a costa golpeándose el pecho y clamando con miedo y golpeando las puertas de los justos, diciendo:

"¡Ayúdenme! ¡Necesito algo!"

Pero será demasiado tarde.

Actúan por pánico, no por devoción.

Miran el reloj en lugar del Esposo.

Están más interesados en el tiempo del fin que en la relación con Jesús.

Quiero recordarte, vecino, que la última vez que supe, la puerta de la gracia sigue abierta, que aún no hemos llegado a la medianoche, aunque estamos cerca.

Todavía podemos despertar y pasar de insensatos a sabios.

No es tan complicado.

Todo lo que tenemos que hacer es tomarnos el tiempo para conocer a Jesús.

De eso se trata todo.

Es hacer del tiempo con Jesús algo más importante que el fútbol, o la televisión, o el trabajo en la iglesia, o cualquier otra cosa, de modo que todo fluya desde esa relación con Jesús.

Así es como llegamos a ser contados entre los sabios.

"Oh," dice alguien, "pero me asustaste, y ahora voy a venir con un motivo podrido."

Está bien.

Bienvenido al club de los motivos podridos.

¿Puedo recordarte al hijo pródigo?

Él salió del chiquero y se dirigió a la casa del padre por su abrumador amor hacia su padre, ¿cierto?

No.

Salió del chiquero y fue a casa porque tenía hambre, porque estaba desnudo, porque no tenía techo.

Ahora, mira al padre en casa.

¿A quién representa?

A Dios—el hombre rico en la colina.

Y la última vez que supe, Él entiende nuestros motivos.

Él ve dentro del corazón.

Sabía lo que impulsaba a ese hijo pródigo.

¿Cómo trató el padre al hijo pródigo?

¿Bajó los binoculares y fue por el camino diciendo:

“Espera un momento. ¿Por qué estás regresando? Dímelo. Creo que sé por qué vuelves, hijo egoísta. Quieres unas sandalias. Quieres ropa nueva. ¿Por qué no regresas al chiquero?”?

No.

Este padre, con toda su perspicacia sobre el corazón de su hijo, dijo:

“¡Bienvenido a casa!

Traigan los zapatos.

Traigan el vestido.

¡Que suene la banda!

¡Prepárenlo todo!

¡Hagamos fiesta!

Este, mi hijo, estaba muerto y ha vuelto a la vida.”

El hijo volvió con motivos egoístas.

Pero la única forma de cambiar tus motivos es tener un Padre amoroso.

Y cuando eres tratado como hijo o hija, entonces comienzas a actuar como tal.

Sabes, ese hijo que había pensado que su padre era un terrible capataz debe haberse levantado la mañana siguiente después de la fiesta y haber dicho:

“Papá, ¿puedo ayudarte en el campo? ¿Necesitas que arregle alguna cerca? ¿Algo que pueda hacer en la granja?”

Sí, porque el amor engendra amor.

Ha sucedido una y otra vez.

¿Motivos malos?

Deja que Dios los transforme.

Volviendo al hombre con los diez hijos al lado de la cama del hospital, ¿qué hace?

Los mira y dice, sin importar sus motivos:

“Qué maravilloso tenerlos aquí.

Por favor, acérquense.

Déjenme darles un abrazo.

Los he extrañado tanto.”

Y los abraza.

Esto tiene que resultar en una de dos cosas:

o son tan miserables que dicen:

“¡Ja! Realmente lo engañamos. Ahora, vayamos al testamento y dividámoslo.”

O pueden caer al suelo, golpearse la cabeza y decir:

“¿Qué me pasa?

Todas las llamadas y cartas que no hice,

todas las fiestas en las que no vine,

todas las veces que pude haberle dado alegría a su corazón y no lo hice...

¡y aún así me ama!

Por favor, Padre, perdóname."

Me gustaría estar entre las sabias.

¿Y tú?

Llega un momento en que todo se acaba para los insensatos.

Eso también es parte de la historia.

Las palabras más tristes que jamás cayeron sobre el oído mortal

son esas palabras de condenación: "No os conozco."

La comunión del Espíritu, que tú menospreciaste, era lo único que podía hacerte uno con la alegre multitud en el banquete de bodas.

En esa escena no puedes participar.

Su luz caería sobre ojos ciegos, su melodía sobre oídos sordos.

Su amor y alegría no despertarían ningún acorde de gozo en el corazón insensible al cielo.

Tú estás excluido del cielo por tu propia incapacidad para disfrutar su compañía.

Dios deja afuera a los insensatos porque los ama.

Ellos no serían felices con Él.

En cambio, para los sabios, para Sus fieles seguidores, Cristo ha sido un compañero diario y un amigo íntimo.

Han vivido en constante comunión con Él, y el cielo será simplemente más—mucho más—de lo mismo.

Esa puede ser tu elección y la mía hoy.